

ÁLVARO DE LA IGLESIA



TIERRA
CACHONDA

se

Esta colección de breves relatos allana todo tipo de moradas: recorre desde los antros más sórdidos a los más exquisitos ambientes para penetrar en la idiosincrasia de numerosos personajes. De todos los temas extrae el autor su aspecto humorístico. Los entresijos de la política, las miserias y las grandezas del sexo son tratados cada vez con un margen más amplio de atrevimiento. Ofrece así Álvaro de Laiglesia un mayor caudal de matices. El sarcasmo crudo alterna con la fina ironía; el trazo cáustico deja paso en ocasiones a la nota emotiva. En todas las páginas de este libro abunda la sorpresa, unas veces como sucesión animada de ingeniosidades, otras como conclusión de un plan argumental hábilmente estudiado.

Con la maestría que lo caracteriza, Álvaro de Laiglesia sabe dar en esta obra profundidad y agudeza a su humor sin perder para nada la soltura y agilidad peculiares de su estilo.

OceanofPDF.com



Álvaro de Laiglesia

Tierra cachonda

ePub r1.0

Titivillus 05.07.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Tierra cachonda*
Álvaro de Laiglesia, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

¡«Sanfermines» para todos!

A TODOS LOS CERDOS les llega su San Martín, y a todos los pueblos su San Fermín. Con resultados totalmente opuestos, por supuesto, pues San Martín da muerte a los cerdos y San Fermín da vida a los pueblos.

Y al decir San Fermín, quiero referirme a todos los festejos patronales, populares, populacheros y típicos, que atraen forasteros a las poblaciones donde se celebran y contribuyen a llenar las arcas de sus Ayuntamientos. Pamplona se forra con sus «sanfermines»; como me imagino que se forrarán también, aunque a escala menor, todos los lugares donde se celebran las festividades de santos patronos más modestos y menos sonados.

Es evidente que en un país de tan alto nivel turístico, y precisamente porque en las últimas temporadas ese nivel va perdiendo peligrosamente estatura, debemos cuidar e incluso mimar esas fiestas para impedir que decaiga más aún la afluencia de turistas.

Sugiero a los alcaldes de la nueva España democrática, a punto de salir del horno de las urnas, que refuercen los programas festivos de sus localidades respectivas. Y que a la hora de reforzarlos se inspiren en las fiestas de este tipo que mayor éxito alcanzan: las del ya varias veces citado San Fermín.

Todo el mundo sabe que el aliciente máximo del programa pamplonés es el llamado encierro de los toros, nombre que no se ajusta a la realidad puesto que la emoción del número tiene lugar precisamente cuando los toros no han sido encerrados todavía. Soltar algunos cornúpetas en algunas calles es un espectáculo original, siempre emocionante y de hondo sabor ibérico.

(Nos quejamos de que los extranjeros crean que todos los españoles somos toreros, pero es lógico que lo crean si les damos la impresión de que vivimos en ciudades por cuyos cascos urbanos corren los toros bravos en libertad por algunas calles, del mismo modo que por otras corren autobuses y tranvías. Lo cual es verdad hasta cierto punto, ya que Pamplona no es la única ciudad que suelta toros de vez en cuando con trayectos tan fijos como los del transporte municipal.)

Abundan los pueblos que, inspirándose en la capital navarra, basan sus fiestas tradicionales en el mismo numerito. Pero por ser sus municipios más modestos, reducen el número y la edad de los toros sueltos de acuerdo con sus presupuestos. Hay por lo tanto pueblos que sueltan un par de toretes, y otros bastante más pobres que tienen que conformarse con soltar un solo becerro, o una vaquilla, o una simple vaca que tenga la suficiente mala leche como para embestir al vecindario.

Pero existen extensas zonas del país en las que ni becerro, ni vaquilla, ni nada, pues defienden malamente sus tierras de secano con una agricultura problemática y difícilísima, sin pastos en sus llanuras pedregosas y llenas de calvas. Y los pueblos de esas zonas pobres necesitan más que nadie, con la máxima urgencia, fiestas llenas de tipismo que atraigan turistas a sus fondas y mesones. Pero teniendo en cuenta que esas tierras peladas no dan para criar ganadería, ni siquiera para un solo ejemplar con más o menos cuernos, sugiero a continuación algunas fórmulas de «sanfermines» sin cornúpetas, para poblaciones agrícolas humildes que yo llamo «de pan llevar» (porque si no llevas tú mismo el pan puedes quedarte sin comer).

Teniendo en cuenta que la mecanización del campo se va consiguiendo con lentitud, pero se va consiguiendo, por árida que sea una zona rural siempre dispone de algún tractor. De manera que el número fuerte del festejo patronal no será «el encierro de los toros», sino «la suelta de los tractores».

El día del santo equivalente a San Fermín, que puede ser San Abdón o San Froilán, se iniciará el programa de las fiestas plagiando el clásico «chupinazo» pamplonica. En nuestro país abundan tanto los explosivos como los deseos de utilizarlos, de manera que una explosión siempre cae bien. Y mejor aún si no causa mucha mortandad.

Abierta así la fiesta y también posiblemente alguna cabeza, ya que el «chupinazo» debe ser fuerte caiga quien caiga y aquí la dinamita es muy barata, se dará suelta a los tractores. Como el objetivo de esta clase de números es atropellar a los mozos produciéndoles alguna contusión e incluso alguna rotura de huesos, tanto da que los atropelle un cornúpeto de cuatro patas como un vehículo de cuatro ruedas.

Los mozos, llenos de entusiasmo y de vino a partes iguales, correrán delante de los tractores por el itinerario urbano que trace el Ayuntamiento. Y a quien un tractor aplaste, que San Froilán le bendiga. Ya se sabe que en estos festejos típicos debe correr un poco de sangre para darles color. Pero con el fin de que los maricas extranjeros no puedan decir que gozamos con las fiestas sanguinarias, puede fijarse un límite moderado a la mortandad de mozos, límite cuyo rebasamiento sería sancionado con multas de quinientas pesetas y retirada temporal del carné de tractorista. Tampoco conviene ser demasiado cicatero al fijar ese límite de mortandad, pues bien pueden sacrificarse algunas vidas nacionales a cambio de incrementar un turismo extranjero que se nos está yendo de las manos y de las fondas.

Para pueblos más pobres todavía, que ni siquiera tengan tractores, el número fuerte de la fiesta patronal puede consistir en soltar unos perros más o menos rabiosos. Cuanto más rabiosos, claro está, mejor.

Teniendo en cuenta que la emoción del festejo radica en que los mozos corran para librarse de un peligro que puede costarles el pellejo, poco importa que ese peligro sea un toro, un tractor o un perro. Cualquier animal o máquina puede servir para lograr este objetivo turístico. De manera que vamos a tomar la cosa en serio, y a poner manos a la fiesta. Viendo la marcha de nuestra economía, una solución a nuestro alcance es ésta: que cada pueblo tenga sus «sanfermines», sus «sancojines» o sus «sanabdone».

Terminado el ensayo anterior sobre lo que podríamos llamar «el sanferminismo», o sea la fiesta típica a base de soltar animales o máquinas que ataquen o embistan, piensa uno que el tema de las diversiones populares tiene múltiples facetas. Y uno no es tan tontorrón como para dejar un tema tan amplio vivo y coleando.

Cierto que derribar mozos corriendo mediante embestidas o atropellos es una forma de diversión genuinamente ibérica, pues por algo somos una raza viril y a veces un poco bestia; pero no es ni mucho menos la única forma de divertirse que se utiliza en nuestros simpáticos y pintorescos pueblecitos.

Podemos presumir de tener una imaginación muy rica para divertirnos desde los tiempos más remotos, cuando nuestras actuales diversiones predilectas (la televisión, el fútbol, la política) no se habían inventado todavía. Y gracias a lo tradicionalistas que somos, en el buen sentido de la palabra, muchos de aquellos pasatiempos ancestrales han llegado intactos hasta nuestros días.

A muchos tipejos modernistas, que se la cogen con un papel de fumar y que reniegan de la reciedumbre de nuestras esencias vernáculas, todas estas costumbres y juegos tradicionales les parecen barbaridades que deberían prohibirse puesto que ya no somos bárbaros. Pero esos gazmoños y pusilánimes olvidan que nuestro folklore constituye una de nuestras atracciones turísticas más importantes, y que esas aparentes barbaridades son tan valiosas como admirables joyas folklóricas.

No es una barbaridad por lo tanto que en las fiestas de algunos pueblos las gentes caminen descalzas sobre alfombras de carbones encendidos.

No es una barbaridad por lo tanto que en otros lugares, con loables fines de festejo y regocijo, intercambien mamporros y cachiporrazos pintorescas bandas disfrazadas de moros y cristianos.

No es una barbaridad por lo tanto que en las festividades religiosas, con procesiones y otras manifestaciones callejeras, los penitentes arrastren pesadas cadenas y se martiricen con cilicios, coronas de espinas y otros tradicionales accesorios punzantes.

No es una barbaridad por lo tanto que en ciertas aldeas del sur se propinen soberanas e históricas palizas a un desgraciado que recibe el nombre de «cascamorros», llamado así sin duda por lo mucho que le cascan y le hinchon los morros.

No es una barbaridad por lo tanto ninguna de estas tradiciones tipiquísimas, herencia sagrada de nuestros ancestros, que otras razas más nuevas nos critican por cochina envidia.

No es una barbaridad por lo tanto, sino respeto a la Historia, que los recios palurdos ibéricos se peguen, se quemen, se flagelen y se pinchen, para dar colorido a las fiestas de sus pueblos. Y colorido no se puede negar que lo dan, aunque sólo sea por el color rojo de la sangre que derraman.

Teniendo en cuenta que esta impresionante riqueza folklórica constituye un incentivo primordial para la atracción turística, me parece necesario también extender su programación a todo el territorio nacional e islas adyacentes.

Si antes aporté algunas ideas para la extensión de los «sanfermines», permítaseme aportar ahora unas cuantas sugerencias para fiestas sin toros, en las que no participen más bestias que los propios lugareños del lugar donde el festejo se celebre:

QUEMA DE BRUJAS EN LA PLAZA PÚBLICA

Pocas cosas tan nuestras y tan ligadas a nuestra historia como aquel organismo tan colorista que se llamó la Inquisición. Parece mentira que habiendo por todo el país celebraciones religiosas tan majas, a ningún pueblo se le haya ocurrido dedicar sus fiestas anuales a una institución tan genuinamente folklórica, y, al decir de algunos, tan conservadora de nuestros valores eternos. Parece mentira, hombre, que tan aficionados como somos a los velones y los capirotos, a las túnicas y a los vergajos, nadie se haya acordado de esa Inquisición que se presta a hermosísimas celebraciones. Disponible está la idea para quien desee utilizarla. Allá va un esbozo:

Elíjase un día del año caluroso, seco y soleado, porque en invierno suele llover y la lluvia chafaría la fiesta. (Las piras, como las fallas, arden mal cuando se mojan.)

Móntese un montón de leña en la Plaza Mayor, o sea la pira, y colóquese en el centro del montón un poste para amarrar a la víctima del pintoresco festejo.

Estos preparativos han de hacerse muy alegremente, a los acordes de la banda municipal y entonando canciones alusivas con letrillas semejantes a

ésta:

*Entonemos la canción
de la Santa Inquisición,
que en el día del Patrón
por la gloria de Cotón
y los cuernos de un cabrón
conjura la maldición
y salva la religión.
¡Porrumpompón!
;¡Porrumpompón!...*

Hechos estos preparativos, cójase a la vecina que durante el año haya faltado más días a misa. Probadas sus faltas de asistencia por medio del correspondiente certificado extendido por el párroco, átesela por el cuello a una larga cuerda y cuélguesela un cartelón en el que pueda leerse la oprobiosa acusación:

BRUJA

Fórmese después el cortejo, encabezado por la banda y las primeras autoridades locales, y suéltense unos cohetes para enardecer al mocerío.

Déjese después que el mocerío enardecido tire de la larga cuerda, y que arrastre a la acusada por las calles céntricas hasta la Plaza Mayor. (Conviene que algún guardia se encargue de moderar los tirones, para impedir que el estrangulamiento prematuro de la presunta bruja chafe la fiesta apenas iniciada.)

Alcanzada la Plaza Mayor, al pie de la pira, unos concejales disfrazados de inquisidores con túnicas y capirotos, recibirán al cortejo. Se permitirá a la multitud que lance gritos *ad libitum* en desdoro de la víctima. Se permitirá también a la multitud que lance pequeñas piedras e incluso frutos podridos, siempre que la multitud afine la puntería y no casque a ninguna autoridad.

Hecho el silencio, que se hará cuando la multitud se haya desgañitado, iníciase el cogollo de la ceremonia. Cogollo que bien puede ser así:

A los acordes de un alegre pasodoble tocado por la banda y coreado por los fiesteros, amárrese a la bruja al poste con los pies apoyados en la pira.

Como entre pitos y flautas, entre vinos y palmas, habrá transcurrido el día, espérese a que anochezca del todo para pegarle fuego a la leña. Una pira de día, es una birria. Ya se sabe que de noche las llamas resultan mucho más vistosas, e incluso puede incrementarse su vistosidad reforzando la fogata con unos litrejos de gasolina.

Es aconsejable, e incluso conveniente, apagar la pira cuando los gritos de la bruja anuncien inequívocamente que ha empezado a chamuscarse. Si por cualquier circunstancia la bruja no grita y se carboniza, peor para ella. Pero pónganse los bomberos bien a la vista y cerca de las llamas, para que luego no digan los extranjeros que en España nos divertimos salvajemente y sin adoptar las necesarias medidas de seguridad. Si a cada bombero se le da un cubito con agua, para que se vea que no están allí por el qué dirán, miel sobre hojuelas.

La fiesta puede prolongarse o acortarse, según la resistencia de la presunta bruja a la chamusquina.

EL DÍA DE LOS INOCENTES

Parece mentira que en un país como el nuestro, tan recio y viril, se celebre el 28 de diciembre con unas cuantas mariconadas. Porque ¿qué es la inocentada, sino una bromita insulsa y feminoide?

Indigna de nuestra reciedumbre racial es la celebración de toda una señora matanza con pueriles chorradillas. ¡Con cuánto desprecio nos mira sin duda Herodes desde su tumba!

Pero aún estamos a tiempo de recobrar nuestra dignidad rectificando ese error y esa actitud de tímidos maricas. Alguna pequeña ciudad que carezca de fiesta típica, puede darle al Día de los Inocentes el colorido, el empaque y la intensidad dramática que semejante fiesta requiere.

Véase a continuación un programa sugestivo, bonito y barato, al alcance de cualquier municipio que desee celebrar dignamente el 28 de diciembre:

7 de la mañana: Toque de diana por tropa de mozos disfrazados de romanos. Estos disfraces pueden improvisarse a base de sábanas viejas, sandalias o alpargatas pintadas con purpurina. La tropa despertará al vecindario a clarinazos. Los clarines pueden pedirse prestados en ese cuartel que nunca falta en ninguna ciudad española.

Al oír estos toques vibrantes y prolongados, todas las madres de la localidad despertarán a sus hijos dándoles pescozones en las nalgas.

—¡Es el Día de los Inocentes, majetes! —gritarán alborozadas, mientras sus retoños abandonan sus lechos y sus cunas—. ¡Hoy tenéis una cita con Herodes!

La ventaja de este programa es que puede aplicarse indistintamente a un pueblo agrícola (del interior) o piscícola (de la costa).

Para que la fiesta sea un éxito, debe participar en ella toda la población niñícola. Vestidos y acicalados por sus madres, enjaezados como el que dice con sus mejores arreos, todos los niños que sepan andar serán conducidos a la Plaza Mayor y concentrados en una zona acotada con alambre de espino.

Terminada la concentración, los mozos disfrazados de romanos acudirán al Ayuntamiento, en cuyas oficinas les cambiarán los clarines por palmetas, vejigas y cachiporras de goma.

No es necesario decir, por obvio y reiterativo, que mientras se realizan estos preparativos la población adulta no estará ociosa: sumida desde el alba en el ambiente fiestero, puede empezar a divertirse bailando danzas típicas, bebiendo el consabido vino, tirando los consabidos cohetes, y engalanando las calles con banderolas o farolillos de papel. Esos complementos no están contraindicados en ningún festejo popular y siempre hacen mono.

Terminada la distribución de palmetas, vejigas y cachiporras entre los mozos disfrazados de romanos, se fraccionará esta tropa en piquetes. Los piquetes se distribuirán en todas las calles que desemboquen en la Plaza Mayor, punto crucial o meollo del festejo.

Se tirarán entonces varios cohetes de los más gruesos y sonoros, al tiempo que se abren las alambradas que retienen a los niños. El fragor de la cohetería hará que la concentración niñíscola se disperse despavorida, emprendiendo una desordenada estampida hacia todas las salidas de la plaza.

¡Pero allí estarán los piquetes de «romanos» que les cortarán el paso al grito de «¡Viva Herodes!», y que perseguirán a los nenes fugitivos atizándoles palmetazos, cachiporrazos y vejigazos! ¡Cuánto color y movimiento en este remedo de la matanza bíblica! ¡Cuánto pintoresquismo de buena ley!

Teniendo en cuenta que las armas empleadas por los atacantes no son mortales ni mucho menos, la simpática persecución puede prolongarse hasta que los perseguidores y los perseguidos caigan al suelo rendidos de cansancio.

Muchos niños sufrirán chichones y torceduras, aunque no hay que descartar la posibilidad de que alguno resulte ligeramente descalabrado. Pero algún riesgo hay que correr si se desea que una fiesta resulte hermosa. Y habrá pocas hermosuras comparables a este espectáculo de «romanos» persiguiendo «inocentes», que en su huida pueden gritar:

—¡Ay, Herodes, que me jodes!

O mucho me equivoco, o las madres católicas estarán orgullosas de que sus niños participen como pequeños actores en esta representación callejera y popular, basada en un entrañable episodio bíblico.

Ni que decir tiene que el turismo acudirá en masa a presenciar tan elevado derroche de tipismo, llenando las fondas de la localidad y las arcas del Ayuntamiento.

Las ideas expuestas en este enjundioso ensayo, bastarán para demostrar que con un poco de imaginación pueden enriquecerse nuestras fiestas folklóricas dentro de su línea habitual. Basta con saber mezclar los ingredientes normales de cualquier festejo pueblerino (pólvora, música y vino), con una pizca de la barbarie ancestral cuya impronta colea todavía desde los orígenes de nuestra raza.

¡Y a forrarse tocan, señores alcaldes!

OceanofPDF.com

La confianza en peligro

DETESTO TENER QUE DAR malas noticias, pero tengo una malísima para secretarios de ambos sexos y servidores en general. Que se preparen los gremios correspondientes: sus puestos de trabajo corren el riesgo de desaparecer. Y si no desaparecen del todo, sí van a perder su carácter de plazas estables para quienes las ocupan.

Cierto libro bastante reciente, en el que un secretario contó todas las confidencias que le hizo su jefe, ha puesto de escandalosa moda un ya vetusto género biográfico: el de las vidas de los hombres célebres, narradas por sus subalternos.

Ayudas de cámara, ayudantes de campo o de oficina, mecanógrafas e incluso cocineras gozan de observatorios privilegiados para observar muy de cerca a las celebridades. Y muy tontaina hay que ser, o muy generoso, para no caer en la tentación de ganar unos duros aireando estas observaciones íntimas mediante la correspondiente biografía; que por su enfoque a base de airear chismes y trapos sucios, más que una biografía suele ser una chismografía.

Y teniendo en cuenta lo chismosa que es la gente, lo aficionada que es a meter la cuchara en las vidas ajenas, a nadie puede extrañar el éxito fulminante de tal subgénero literario. Aunque calificarlo de literario es un honor excesivo que no se merece.

Es precisamente la magnitud y escándalo de este éxito, resucitado por un tomo de *Conversaciones* con un dictador muy conocido y muy padecido, el que pone en peligro la continuidad de estos puestos próximos a las grandes personalidades.

Porque a la vista del alboroto levantado por el mencionado chismógrafo, una ola de desconfianza ha inundado los domicilios y despachos de las celebridades.

No hay más defensa contra estas indiscreciones de secretarios y servidores que evitar su larga permanencia junto al personaje célebre. Por

pura lógica se llega a esta conclusión, y a través de las etapas siguientes:

Para reunir material suficiente con el que llenar de chismorreos un grueso volumen, es indispensable estar cerca del protagonista durante mucho tiempo. Cuanto más largo sea el período de convivencia con el biografiado, más extensa y jugosa será su biografía indiscreta.

Los años de servicio crean también lazos de confianza entre el servidor y el servido, lazos que son peligrosos pues proporcionan mayor número de confidencias al biógrafo inesperado.

No sé lo que harán las otras celebridades del país, que son muchas y de mucho fuste, pero me imagino que seguirán mi ejemplo. Porque yo, percatándome del inmenso peligro que corro, acabo de decirle a mi mayordomo:

—Querido Bautista.

—Mándeme el señor.

—Sintiéndolo mucho, eso voy a hacer: mandarle al cuerno.

—¿Qué quiere decir el señor?

—Que con harta dolor de mi corazón, me veo obligado a prescindir de sus servicios. Haga sus maletas y márchese inmediatamente.

—Pero ¿por qué, señor? —ha balbuceado mi fiel mayordomo, lleno de perplejidad—. ¿Acaso el señor ha descubierto que me fumo los cigarros del señor, y que me bebo el whisky del señor?

—Eso lo descubrí hace tiempo —le he explicado—, así como también que usa usted mis corbatas y mis gabanes de vicuña. Pero nada de eso ha influido en mi decisión, porque esos pequeños abusos los cometen todos los mayordomos del mundo. Y consentirlos es una prueba de confianza que dan los señores cuando están verdaderamente satisfechos de sus servidores.

—Pues si el señor está satisfecho...

—Tan satisfecho estoy de sus servicios, que de buena gana le mantendría en su puesto durante muchos años. Pero con el tiempo aumentaría nuestra confianza, y con ella la posibilidad de que usted acumulara un copioso material de intimidades mías que le permitirían escribir un bien documentado libro sobre mi vida privada. En cambio, si le echo ahora no podrá pergeñar ni un folleto delgaducho, pues sólo lleva tres meses a mi servicio. Y en tan breve tiempo, pocas son las observaciones

que habrá podido hacer y pocas también, por lo tanto, las indiscreciones que podría contar. De manera que, en vista de todo lo que acabo de decirle, me veo obligado a echarle.

—¿Por qué?

—Para impedir que pueda usted dañar mi reputación en el futuro. Los hombres célebres vivimos esculpiendo nuestra propia estatua, disimulando nuestros defectos y embelleciéndola todo lo posible para quedar bien ante el público y la posteridad. Pero si los que tienen acceso a nuestras intimidades nos sacan a la luz en paños menores, sin nuestras máscaras ni nuestros disfraces embellecedores, la estatua cae de su pedestal y se hace añicos.

—Pero yo —ha protestado mi mayordomo poniéndose una mano en el corazón— puedo jurarle al señor que jamás contaré lo que diga o haga el señor.

—¿Y quién puede garantizarme que no violará su juramento?

—¿Por qué habría de violarlo?

—Cuando un editor le ofrezca un montón de pasta por escribir mi chismografía.

—Por mucha pasta que me ofreciesen, jamás podría escribir ese libro puesto que no soy escritor.

—No me sirve esa garantía, ya que no es necesario saber escribir para publicar uno de esos libracos que tienen trapos sucios en lugar de páginas impresas. Hasta un analfabeto puede hacer uno de esos engendros, sin más trabajo que el de contarle los chismes a cualquier redactorzuelo. Y comprenda que no puedo correr el riesgo de que mi imagen, tan cuidadosamente elaborada por mí, pueda ser deteriorada e incluso destruida en el futuro por usted. O por cualquier otro subordinado de categoría similar a la suya. Porque debo decirle, por si le sirve de consuelo, que no es usted el único de mis servidores al que voy a poner de patitas en la calle: prescindiré también, por idénticas razones, de Adelaida.

—¿De la vieja cocinera? —se ha asombrado Bautista.

—De la vieja cocinera, en efecto —le he confirmado con cierta pena en la voz—, y de la joven doncella.

—¿El señor se refiere a Purita?

—Es la única joven doncella que sirve en mi casa. Tanto ella como Adelaida tienen las mismas oportunidades que usted para ir acumulando material chismográfico que podría reventarme en el futuro.

—¡Por Dios, señor! —se ha escandalizado el mayordomo—. ¿De veras cree el señor que dos incultas domésticas como Purita y Adelaida...?

—La incultura —he sentenciado—, lejos de ser un obstáculo para el chismorreó, es incluso un aliciente. ¿Quién puede asegurarme que tanto Purita como Adelaida no toman nota de todo lo que digo y hago cuando estoy en casa?

—Puedo asegurárselo yo, señor.

—Pues más de una vez, al abrir bruscamente la puerta de mi alcoba o de mi despacho, sorprendí a Purita escuchando detrás.

—La curiosidad —ha disculpado Bautista— es un vicio inocente de las mujeres en general y de las doncellas en particular. Mal está que el señor crea capaz a la inocentona Purita de sacarse de la cofia un libro que ponga a parir al señor. Pero lo que resulta absolutamente inconcebible es que el señor pueda sospechar también de la vieja cocinera.

—Pues para que usted lo sepa, más de una vez también he sorprendido a Adelaida tomando notas en la cocina. ¿Y quién me dice a mí que esas notas no son para criticarme en una biografía?

—Ella misma le habrá dicho que esas notas las toma para hacer la compra, y que en ellas apunta lo que tiene que comprar en el mercado: siete filetes, un manojo de espárragos, medio kilo de sardinas...

—Eso —he admitido— es lo que ella dice para justificarse. Pero yo no puedo fiarme. Ni de ella, ni de Purita, ni de usted. Como tampoco me fío de la señorita Clotilde.

—¿Cómo? —se ha asombrado el mayordomo—. ¿El señor desconfía también de su eficiente secretaria?

—También, Bautista —he suspirado compungido—. Y mi desconfianza se extiende más allá de mi eficiente secretaria: alcanza igualmente a mi anciano jardinero.

—¡Al venerable Venancio!

—Exactamente: a Venancio, mi anciano jardinero, y a Gervasio, mi experto chófer. A todos ellos voy a despedirles, lo mismo que a usted. A

partir de ahora, todos mis servidores y mis subalternos serán sustituidos inexorablemente cada quince días. De esta forma, nadie tendrá tiempo de acumular material suficiente para ponerme a parir.

—¡Pero señor! —ha exclamado Bautista, horrorizado—. Un hombre tan importante y tan célebre como el señor no puede vivir así.

—Viviría mejor, en efecto, si la ambición no tentara a los subalternos induciéndoles a la traición. Pero a la vista de las traiciones que los criados y empleados cometen con sus amos, no quiero poner en peligro la imagen de mi celebridad. Prefiero vivir incómodo e incluso en completa soledad a arriesgarme a perder cuando muera mi puesto en la inmortalidad.

Bautista, mohíno y hasta me atrevería a decir que cabizbajo, está en este momento haciendo su maleta para marcharse. Cuando toda la servidumbre abandone mi casa, echaré también a mi secretaria y a todos mis empleados.

—¿Te has vuelto loco? —protestará mi esposa—. ¿Crees de veras que echando a tus servidores más directos evitarás que alguien publique algún día tus trapos sucios? Para eso tendrías que romper completamente con toda la gente que te rodea.

Y no le faltará razón.

Tendré que iniciar cuanto antes los trámites para divorciarme de ella. Tendré que separarme también de mis hijos, de mis parientes, de mis amigos...

Porque la única forma que tiene el hombre célebre de preservar su celebridad contra la chismografía, es vivir solo y aislado del mundo circundante. Lo mismo que una estatua encima de su pedestal.

¡Qué bueno que vinisteis!

CON ESTA FRASE TAN VUESTRA, os saludo jubilosamente. A todos los escritores hispanoamericanos que conozco, comprendidos por orden alfabético entre la «B» de Borges y la «V» de Vargas Llosa.

¡Qué bueno que vinisteis con el alboroto de ese estrépito que se llamó *boom*! Bien llamado así, onomatopeya acertadísima de auténtico estallido, pues fuisteis en nuestras librerías como el reventón de una piñata colmada de regalos fabulosos.

¡Qué léxico deslumbrador! ¡Qué colorido en los paisajes! ¡Qué audacia en los planteamientos y en los desarrollos de los temas! ¡Qué bien!

Estábamos aquí en la Madre Patria un poco anquilosados, un poco empobrecidos desde la guerra en la que agotamos todas nuestras reservas de retórica, iniciando nuevas andaduras literarias tímidas y llenas de obstáculos.

De las guerras nacen siempre generaciones escépticas y no muy bien nutridas, austeras a la fuerza y secas por dentro, que desconfían de los entusiasmos y manejan los adjetivos con gran prudencia.

Nada de lo poco que ha quedado en pie merece la pena de ser adjetivado en exceso, las pasiones están frías y ya un poco rancias después de la ebullición bélica, las cosechas son escasas y las cifras de rendimiento muy bajas, el ambiente es de encogimiento de hombros general, de desinfe colectivo, de a mí me la trae floja.

Y si a esta base deprimente se le añade una censura severísima, guardadora de nadie sabe qué presuntos valores eternos porque no se ve por ninguna parte nada que valga un pimiento, ¡vaya una mierda de literatura que se puede iniciar!

Pobres y flacos fueron los frutos literarios de nuestra posguerra, arbolitos entecos en un páramo yermo, esto no se puede decir y aquello es mejor que no se diga, se pretendía inventar un lenguaje imperial cuando ya

no nos quedaba ni una zurrapa del Imperio, y se daban premios nacionales de tres perras gordas a quienes lo intentaban.

Salió de estos intentos un estilo literario vertical, llamado así porque había que escribirlo con el brazo levantado y extendido, y fracasó naturalmente porque nadie es capaz de escribir bien en postura tan incómoda y forzada, sosteniendo la pluma en el extremo del brazo en alto, lejos del corazón y de la cabeza, fuera de la realidad, en posición gimnástica y nada literaria.

Con los años se olvidaron estas tonterías y volvieron a nacer las vocaciones auténticas, los escritores con deseos de decir cosas, los novelistas dispuestos a contar historias, los pensadores decididos a publicar sus pensamientos.

Aparecieron valores nuevos, se suavizaron criterios demasiado rigurosos, volvieron a aparecer valores antiguos desaparecidos en depuraciones crispadas, y con todos estos ingredientes fue rehaciendo la Madre Patria su historia literaria, sus desmochados capítulos de literatura contemporánea.

Hasta que al fin nos pusimos al día, sí, señor, con un montón de obras y autores españoles estimables, sí, señor, no vamos a presumir tampoco de haber iniciado un Siglo de Oro, pero sí podemos jactarnos de haber cortado a tiempo el que iba camino de convertirse en el Siglo de Plomo, el más plúmbeo y catastrófico de las letras españolas.

Bajando los brazos levantados e hincando los codos en la mesa, que es como se debe escribir, salimos de la penuria creadora a recuperar el puesto rector de las letras hispanas, sí, señor, que nos corresponde porque somos madre y cuna de esta lengua tan bonita, la más bonita del mundo, sí, señor, la más eufónica para cantar, para bendecir y maldecir, la más rica en palabras y palabrotas.

Pero la creación literaria es reflejo del país que la crea, de sus costumbres, de sus paisajes, de lo que se llama muy bien llamado y en una palabra biensonante su idiosincrasia. Y no se puede negar que nuestra idiosincrasia es estrecha tirando a angosta, por cuestión de sequedad natural y herencia espiritual.

Producimos buenos dramas rurales que no llegan a tragedias griegas, y zarzuelas que no llegan a óperas. Hay mucho de provinciano en nuestra novelística, porque los problemas que en ella planteamos son provincianos también: problemillas de intereses, de diferencias sociales, de familias venidas a menos o idas a más, de señorito tarambana que dilapida la fortuna de su papá, de santas esposas, de niña bien que pierde la honra, de melodrama burgués local y nada cosmopolita.

Escribimos bien, eso sí, no faltaba más, escribimos mejor que nadie, pero nuestros temas son mediocres porque nuestros escenarios en los que se mueven nuestros personajes también lo son: pueblecitos secos del interior, o húmedos de la costa, flora y fauna limitadas y ya descritas hasta la saciedad, desde el clavel al tomillo, desde el gato a la capra hispánica.

Todo muy nuestro, sí señor, pero muy aburrido también; al subir el nivel de vida España ha dejado de ser diferente, ya no hay tipos pintorescos, ni pícaros, ni mendigos, todo el mundo tiene piso, televisor y coche, cuesta trabajo encontrar personajes originales para una novela, todo el mundo puede tener a plazos el mismo nivel de vida, hasta en los pueblos se hacen los quesos con batidora eléctrica, las lagarteranas prefieren los trajes *prêt-à-porter*, se acaban las esencias y las miserias típicas. La Yerma de hoy dramatiza si se queda embarazada porque los chavales no la dejan a una aprovechar la juventud divirtiéndose y además estropean la línea, la Yerma de hoy es estéril porque le da la gana, porque toma la píldora como cada quisque, pues no faltaba más. Y en la casa de Bernarda Alba hay lavadora automática con detergente que lava todos los lutos en un periquete y los deja blancos blanquísimos, y si quiere ver usted un traje regional se verá negro, porque ya no existe la Sección Femenina que sostenía la esencia de esa ropa vernácula, pues mire qué pena más gorda.

Pues sí, señor, empezábamos a aburrirnos de nuestros autores, faltos de temas en nuestra sociedad desarrollada, cuando reventó la piñata, ¡boom!, y fue como un mágico chaparrón el de vuestras obras, colegas ultramarinos. Jamás una importación masiva, salvo la de trigo en los años de hambre, fue tan bien recibida por la población civil. Y el que diga lo contrario es un gazmoño o un envidioso.

Os necesitábamos como los enfermos de escorbuto necesitan limones y frutas frescas.

¡Qué bueno que vinisteis con vuestra sintaxis un poco golfa de telefilme doblado en Puerto Rico, aflojando el rígido corsé de la gramática castellana para que las ideas puedan respirar!

Le habéis hecho a la severa gramática un corte de manga y de faldas, convirtiéndola en una jovencita minifaldera y con los brazos al aire. Falta le hacía mostrar los encantos expresivos que ocultaba bajo los anticuados ropajes académicos. ¡Fuera el corsé de la sintaxis y las enaguas de la prosodia, fuera el sostén de la puntuación y las bragas del eufemismo! Las ideas son más bellas si se ofrecen desnudas, encueradas, en bruto y salvajemente, tal y como nacen de la imaginación que las parió.

¡Qué bueno que vinisteis con esa geografía insólita, tan rica y distinta, tan exótica y desbordante que no nos cabe en la cabeza!

¡Qué armonía y dulzura en los nombres de vuestros pueblos, nomenclatura hecha por reposteros que mezclaron las letras con miel y especias, que crearon diptongos y triptongos con puñados de consonantes y casi ninguna vocal! Paladeamos estos nombres como golosinas originalísimas, y nos sentimos un poco en ridículo al recordar que nuestros pueblos sólo se llaman Madrigalejo, o Colmenarillo, y van que chutan.

¡Qué bueno que vinisteis a sacudirnos con esos climas sorprendentes, tórridos y densos o helados y livianos, en los que la Naturaleza prodiga fenómenos hermosos y fulgurantes que nosotros no hemos catado jamás!: ciclones y maremotos, inundaciones e incluso auroras boreales si me apuráis un poco.

¿Cómo no vamos a sentirnos sacudidos y asombrados, si aquí el único fenómeno que catamos es el de que llueva con cierta intensidad, y sólo en Santiago de Compostela?

Lógico es también que en climas tan fenomenales como los vuestros crezcan flores y nazcan faunas que nos dejen boquiabiertos. Pura delicia es para nosotros, por lo tanto, cualquier descripción que hagáis de vuestras plantas o vuestros bichos. Allá tenéis caimanes y aquí sólo lagartijas. Allí masticáis coca y aquí cocemos tila. Allí atáis los perros con longaniza y aquí hay quien hace longaniza con perros.

Somos más pobres en fauna y en flora, sí, señor, y nuestras tierras no dan cuatro cosechas anuales de paracutí, o de yumacatá, o de cualquier otra legumbre exótica cuyo nombre suena aproximadamente así, porque hasta los nombres de vuestros alimentos son sabrosos y se nos hace la boca agua al pronunciarlos aunque no los hemos probado nunca.

¡Qué bueno que vinisteis con vuestros tipos humanos inéditos para nosotros, con otra piel y otra sangre, sangre más densa y más intensa, casi de color café o chocolate, mezcla explosiva de indio y extremeño, de conquistador y conquistado!

¡Qué bueno que vinisteis con esos tipos que viven todavía pasiones violentas que aquí se extinguieron hace siglos! Ahora somos más europeos y comedidos, ¿sabe usted? Admirables esos tipos de ustedes que se mueven dentro de unas leyes más elásticas, leyes que pueden ahorcar por una fruslería, por caerle gordo a un juez, o que pueden dejar en libertad a un criminalote si éste cae simpático o les paga unos pesos a sus guardianes.

Por todas estas razones y por muchas más que sería prolijo seguir enumerando, por el rejón de fabulosa fantasía que habéis clavado en todo lo alto de esta vieja piel de toro, ¡qué bueno que vinisteis, hijos de la misma Madre Patria que a todos nos parió y a todos dio la misma lengua!

Lengua que algunos sólo usan para lamer culos, pero que vosotros habéis sabido usar para chasquearla y desentumecerla. Gracias por esos chasquidos vivificadores, por saber manejar la Lengua para dar lametones que desempolvan nuestras Letras, que de veras las limpian, las fijan y les dan esplendor.

La hora puta

LUCHANDO CON AMBOS CODOS para mantenerse en el hueco de pocos centímetros que ha conseguido abrir en la masa humana hacinada contra la barra, el cliente pregunta:

—¿Puede servirme otra copa?

—No, lo siento. Vamos a cerrar.

Las luces del club han parpadeado varias veces anunciando la inminencia del cierre. Es una forma fina de decir a la clientela: «Lárgate, maja, o te dejamos a oscuras.»

Hace un rato que paró la música, y los camareros terminan de cobrar a las mesas de la sala ya casi vacía.

—El cerdo de la mesa doce me discute dos consumiciones.

Es el momento en que se desencadena en la barra una actividad febril. Queda poco tiempo para buscar compañía, para cerrar el trato que hará la noche rentable para unas y agradable para otros. Hay que decidirse pronto, elegir de prisa entre el material humano todavía disponible que acude al club a última hora y en última instancia, porque después cada mochuelo a su olivo, ya no habrá ninguna otra oportunidad.

—¡Vamos a cerrar, señores! —dice el barman sirviéndole de tapadillo un trago a un cliente habitual, que le sacude buena propina de tapadillo también.

Éste es el local que cierra más tarde con el truco de hacerse el remolón, de arriesgarse a que le pongan una multa por pasarse de la hora fijada oficialmente. Y allí rompe, por eso mismo, la ola más alta de la marea nocturna. Ola que arrastra náufragos de todos los locales que ya cerraron:

Tías que no ligaron por haber rebasado la edad y ser más bien tiorras.

Guapitas que mantuvieron sus altos precios toda la noche, y que se ofrecen de madrugada rebajadísimas para no irse a dormir con las piernas vacías.

Ambiciosas que ya estuvieron con un hombre, y han vuelto a salir con ánimo de hacer doblete.

Desecho de la gran tiente noctámbula.

Algunos borrachos que nada podrán hacer a la hora de la verdad, pero a los que se les puede sacar tajada si una es verdaderamente profesional y sabe trajinarlos.

Hay también forasteros cachondos que mañana volverán a sus provincias, y que no quieren desperdiciar esta noche de libertad lejos de sus santas esposas.

—Tres mil y la cama —urge una flacucha a un calvo con papada—. Y te advierto que, más temprano, pido cinco.

El calvo duda pellizcándose la papada, porque una regordeta se lo dejaba hace un momento en dos mil quinientas. Menos precio y más chica, pero ¡cualquiera encuentra ahora a la regordeta en esta barahúnda! Porque, pese al reiterado «vamos a cerrar» que repiten el barman y los camareros, por la puerta semicerrada siguen entrando pretendientes a una última copa, a una última ocasión de ver algún ganado susceptible de ser lidiado esta misma noche. Siempre queda la esperanza de encontrar en esta plaza una «sobrera» a la que se pueda meter una estocada.

—Ponme un whisky, Manolo.

—Lo lamento, don Fermín, pero estamos cerrando.

—Échame al menos un chorrito en este mismo vaso. Anda, hombre, acepta estos veinte duros.

—Está bien, don Fermín. Pero que no lo vea nadie.

—Apúntame el «cuba libre», Manolo —dice una veterana que no ha logrado conectar con ningún cliente que le pague la consumición.

—Eso está hecho, muñeca.

La más guapita del desecho ha cerrado el trato con un semitrompa, del que tira hacia la puerta para evitar que se le entrompe del todo y olvide lo tratado.

—¡Vamos, curda, enderézate!...

—¡Eh, usted! —detiene el barman a un listo que se escabulle haciéndose el tonto—. ¡Cuatrocientas pelas de dos «chintónico»!

Esta hora es crucial para el barman, la que pone a prueba su capacidad para este oficio. De poco le vale tener destreza para servir, si ahora no tiene memoria y rapidez para cobrar.

—Usted, doscientas del «chinfís».

Son muchos los que tratan de escabullirse sin pagar aprovechando los breves apagones que invitan a desalojar el local. Muy despabilado tiene que andar Manolo para que las consumiciones cobradas cuadren con las servidas, y que en el caso de que no cuadren el error sea a favor del club.

—¡Eh, don Fermín! Al chorrillo le invito, pero me debe el primer traguito... Ustedes, setecientas de la botella. El champán es catalán, pero el precio es europeo...

Y sigue la contratación, ofertas de compra y venta, precios que suben y bajan con urgencia, con prisas de bolsistas que ven acercarse el cierre de la sesión:

—¡Cinco mil!

—¡Anda ya! ¿Es que tienes música en el chichi?

—¡Tres y la propina al sereno!

—¡Pero si ya no hay serenitos!

—A mi casa ni hablar, porque vivo con mi madre y con mi hija. Pero conozco un sitio muy cerca de aquí...

—¡Pues claro que te haré un regalito, preciosa!

—No hace falta que te molestes, bonito; tú me das cuatro mil, y el regalo me lo compro yo.

Nuevo parpadeo de las luces, acompañado de palmas y voces cada vez más estentóreas:

—¡Señores, por favor, que vamos a cerrar!

—Lo siento, nene. Habrá sitios donde con el carné de estudiante te cobrarán medio billete, pero yo no puedo cobrarte medio polvete.

El hielo se ha licuado en los vasos, en los que apenas quedan unos sorbos de bebida aguada y templaducha. Se aplastan en los ceniceros rebosantes las colillas de los últimos pitillos.

—... y por mil más, te haré verdaderas virguerías.

—Pues por mil menos, las virguerías te las haré yo.

—Mientras nos buscan el taxi, dame trescientas pesetas que le debo a la señora de los lavabos.

—Coge tu bolso y vámonos —le dice un chulángano a una rubiaja.

—Despacio, Pancracio —le frena la rubiaja, chulángana también—. ¿Crees que voy a irme contigo sólo porque me hayas pagado un par de copas?

—Te pagué tres.

—Pues yo no soy como el anuncio de la tele: a mí un poco de pasta no me basta.

El racimo de clientes, acuciado por palmadas más frecuentes e insistentes, se va desgranando, desgajando. Hay tipos con suerte que se llevan a una tipa, y solitarios que no han logrado resolver el problema de su soledad. El barman ha terminado de cobrar y abandona la barra, a la que se aferra todavía algún borracho que los camareros se encargarán de sacar a la calle.

Fuera, en la penumbra de la madrugada, la «hora puta» termina en un último remolino de taxis y coches que se va desparramando por toda la ciudad.

OceanofPDF.com

Experiencias prematrimoniales

LA CHICA TIENE UN ESTREMECIMIENTO, casi un escalofrío. Y la mano que él ha puesto como tontamente sobre su falda, donde acaba la rodilla y empieza el muslo, capta el temblor de la carne.

—¿Qué te pasa?

—Nada —dice ella.

—Has temblado.

—¿Por qué?

—Tú sabrás. ¿Tienes miedo?

—No. Sólo un poco de frío. Como llevas abierta tu ventanilla...

La mano tonta abandona el muslo a regañadados para coger el volante mientras él emplea la otra en darle a la manivela para subir el cristal.

—Si tienes miedo, aún estás á tiempo.

—Era sólo frío —insiste la chica—, y ahora que has cerrado ya no lo tengo.

—Insisto, sin embargo, en que si quieres volverte atrás...

—¿Por qué voy a volverme atrás si estoy convencida de que debemos hacerlo?

—Pero no quiero que puedas pensar en ningún momento que fui yo quien te convenció.

—¡Qué bobada! Tú no hiciste más que exponer un problema y proponerme una solución que yo acepté. Y la he aceptado porque comprendo que tienes razón.

—Eso prueba que eres una chica inteligente.

—Moderna nada más.

—Moderna e inteligente —se anima él y acelera un poco, aprovechando que el coche está atravesando una calle larga y con poco tráfico—. Es lógico que si nos queremos y vamos a casarnos, hagamos estos experimentos previos. La mayoría de los matrimonios fracasa por eso: por

no haber experimentado previamente sus posibilidades de convivencia. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí, claro.

—Esos fracasos son todavía más frecuentes en España, debido a la estrechez de nuestra mentalidad. Aunque los jóvenes hemos evolucionado y nos vamos europeizando, hay muchas chicas que se niegan a aceptar la experiencia prematrimonial.

—¡Qué tontas! —exclama ella con una risita un poco nerviosa.

—Más que tontas —rectifica él—, retrógradas. Resultado de la educación monjil, anticuada y desastrosa. Y eso es lo que me gusta de ti.

Al decir esto, la mano derecha de él vuelve a dejar el volante y a posarse en el muslo de ella.

—¿El qué? —pregunta la chica, sofocándose ligeramente.

—Que habiéndote educado también en un colegio de monjas, tengas un espíritu actual y sin prejuicios.

—¡Qué remedio! —suspira ella—. Hay que vivir de acuerdo con los tiempos. Y si tú crees que ahora para casarse hay que hacer ciertas cosas...

—Quedamos en que también lo creías tú.

—Sí, desde luego.

—En realidad lo cree todo el mundo moderno —dice él, tranquilizado y tranquilizador—. Muy retrógrado hay que ser para afrontar el matrimonio sin un conocimiento de la pareja. Y cuanto más profundo sea este conocimiento, mejor.

En la última frase, subrayándola, la mano de él aprieta con suavidad el muslo de ella. Y no cesa la presión mientras él continúa:

—Los fallos provienen de que el hombre y la mujer se ignoran mutuamente cuando se casan. Pensándolo bien, ¿qué sabes tú de mí y yo de ti? Es cierto que durante varios meses de noviazgo nos hemos tratado, pero de un modo superficial.

—No tan superficial —contradice ella, que más de una vez se ha dejado meter mano por él.

—Muy lejos sin embargo de saber hasta qué punto estamos preparados para vivir bajo el mismo techo; para ser felices juntos. Y la única forma de

saberlo es saltar sobre todos los prejuicios arcaicos; en una palabra, romper el tabú.

Al oír esto ella se ruboriza, pese a no haber entendido el significado de ese «tabú» cuya rotura él aconseja. Pero se pone en lo peor.

—Romper el tabú de que, hasta después de la boda, la pareja no sepa cómo reaccionará en la intimidad —continúa él, mientras su mano derecha pasa del muslo de ella a la palanca del cambio de velocidades.

Tiene que cambiar a una velocidad más corta para subir una pequeña cuesta, en cuya cima detiene el coche.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta la chica, sobresaltada.

—Sí —contesta él, señalando un edificio próximo—. Vivo aquí.

—¿Es tu casa, o un apartamento?

—Las dos cosas. Es un apartamento en el que vivo. Por lo tanto, es mi casa.

—Mi pregunta te habrá parecido tonta —se excusa ella—. Pero quería saber eso: si vives aquí, o si es uno de esos apartamentos que se usan para estas cosas.

—¿Para qué cosas? —se extraña él primero, y cae en la cuenta después—. ¡Ah! —añade entonces, rompiendo a reír—. ¿Quieres decir que si es un picadero?

—No sé cómo se llaman esos sitios —vuelve a ruborizarse ella.

—¿Y me crees capaz de llevarte a un sitio así? —pregunta él, pasando de la risa a una seriedad ofendida—. Por modernos que seamos, tú eres mi novia formal. Y a mi novia formal, por moderno que yo sea, sólo puedo llevarla a mi propia casa. ¿Por quién me has tomado?

—Perdóname. Piensa que carezco de experiencia en esta clase de experiencias.

—Ya lo he pensado, tontina, y ya te he perdonado —dice él, sonriendo cariñosamente—. ¿Vamos?

—Sí.

Bajan del coche. Él la coge del brazo para guiarla hasta el portal. Es un edificio reciente, alto y funcional, con plantas y sofás a la entrada.

—¿Te gusta? —pregunta él.

Pero ella no puede opinar porque apenas puede ver: para impedir que vea su rostro el conserje, recorre el camino desde la calle al ascensor con la cabeza agachada, sin levantar los ojos del suelo.

—Ya no hay peligro —bromea él cuando han entrado en el ascensor y ha pulsado el botón de la planta catorce.

—¡Menos mal!

—En realidad nunca hubo peligro de que el conserje pudiera verte, porque es tremendamente miope. Lo elegimos así los inquilinos para estar más tranquilos. Si no ve tres montados en un burro, no puede ver tampoco quiénes son los dos que montan en el ascensor.

—Eso significa que los inquilinos sois muy pillines —deduce ella mientras el ascensor asciende con suavidad y rapidez.

—Nada de eso —rechaza él—. Opinamos sencillamente que cada cual es libre de hacer en su casa lo que le dé la gana, y para lograrlo no se pueden tener porteros fisgones ni chismosos.

Cesa la leve vibración del camarín y la puerta se abre automáticamente.

—Ya hemos llegado —informa él, arrepintiéndose en seguida de haber informado de un hecho tan obvio.

—¿Tan pronto? —comenta ella, que está más nerviosa que él y también dice tonterías.

Salen al descansillo y él se dirige a la puerta marcada con una «A». La abre con un llavín que saca del bolsillo y se aparta después para que ella pueda entrar. Y ella entra de prisa, mirando al suelo como en el portal.

—Pasa —invita él, tarde, puesto que ella ya ha pasado a toda velocidad.

Ella se ha detenido en mitad del vestíbulo del apartamento mientras él, a sus espaldas, entra también y cierra la puerta. Al chasquido de la cerradura al cerrarse sigue el sonido de un cerrojo al correrse. Sonido que a ella le sobresalta y la hace volverse para preguntar:

—¿Por qué haces eso?

—A estas horas —explica él—, suele venir la asistenta a arreglar el apartamento. Y como tiene llave, podría entrar en el momento más inoportuno.

—Sería horrible.

—Desde luego —sonríe él—. Si encima de lo asustada que ya estás, te dan otro susto cuando estemos en plena faena...

—¡Faena, por Dios! —exclama ella, disgustada—. ¿No puedes encontrar una palabra más delicada?

—Perdona. La empleé para no repetir tantas veces lo de «experiencia prematrimonial». Pero no tienes que preocuparte por lo que diga, porque nadie puede oírnos. Estamos solos. Completamente solos, ¿comprendes?

Y ella, al comprenderlo, tiene un levísimo estremecimiento que disimula diciendo:

—Pues lo primero que debes hacer es enseñarme tu casa.

—Pensaba hacerlo. No creerás que mi intención era encerrarte nada más llegar, e ir directamente al grano.

—Este vestibulito es bonito —cambia ella de conversación mientras mira a su alrededor.

—No está mal —admite él—, dentro de su pequeñez. El apartamento no es muy grande, pero está bien distribuido.

—No tendrá pasillo.

—Pues no.

—Ése es el secreto de una buena distribución: evitar pasillos en los que se desaprovecha el espacio útil.

Pasan al salón, que es al mismo tiempo comedor. Muebles cómodos, modernos y funcionales, que la chica elogia. Ante el bar instalado en un ángulo, con taburetes y todo, él ofrece una copa.

—Te vendrá bien —opina, sirviéndola—. Porque puede decirse que ya has terminado de ver toda la casa. Además de este salón, sólo te queda por echar una mirada a la cocina y al dormitorio. Si quieres que pasemos ahora...

—Espera —le detiene ella—. Primero me tomaré la copa.

—Como quieras. No hay prisa.

—¡Claro que no! ¡Estaría bueno que la hubiera! Puesto que he aceptado y he venido, lo menos que puedes hacer es tener un poco de paciencia.

—¿Y quién ha dicho que no la tenga?

—Tú, que no haces más que meterme prisa.

—Hasta ahora no te la he metido.

—Pero estás impaciente.

—Y tú estás muy nerviosa. Y es natural, dada la importancia que esta experiencia va a tener para nuestro futuro. Pero precisamente por eso, por su trascendencia, debemos afrontarla con calma, sin precipitaciones. Puesto que tenemos muchas horas por delante, tómate todo el tiempo que quieras.

—Cuanto antes empecemos, mejor —decide ella, y se bebe a continuación su copa de un solo trago—. Ya estoy lista.

—¿Seguro?

—Segurísimo —confirma ella, y añade con voz un poco dramática—. Sólo te pido que, antes de empezar, me contestes sinceramente a una pregunta.

—Prometo contestarte con toda sinceridad.

—¿Me quieres de veras?

—Te quiero tanto —contesta él—, que deseo con todo mi corazón que nuestras experiencias prematrimoniales tengan éxito y podamos casarnos en seguida.

—También yo te quiero mucho, y deseo lo mismo que tú.

—Pues entonces no perdamos más tiempo. Ven conmigo, amor mío.

Ella, sumisa y ruborizada, le sigue hasta una puerta que hay al fondo del salón.

—Aquí —anuncia él abriendo esa puerta e invitándola a entrar— todo está preparado para esta prueba decisiva. Como puedes ver, la cocina es de gas y la lavadora es automática. En los armarios encontrarás toda clase de cacharros, y en la despensa todos los ingredientes culinarios que un ama de casa puede necesitar. Junto a la lavadora hay un montón de ropa sucia, y una tabla de planchar con su correspondiente plancha. No falta por lo tanto ni uno solo de los elementos fundamentales que una mujer necesita para demostrar que puede ser una buena esposa. El programa de experiencias prematrimoniales que te he preparado es el siguiente: primero lavarás el montón de ropa en la lavadora automática, eligiendo el programa adecuado para que todas las prendas queden blanquísimas. Luego plancharás todas las piezas del montón, teniendo en cuenta que los cuellos y los puños de las camisas deben almidonarse ligeramente. La experiencia siguiente consistirá en guisar y servir una comida compuesta de los siguientes platos: una sopa

o un potaje de legumbres, unas croquetas de ave o jamón, y un postre que puede ser un flan, o unas natillas con bizcochos...

OceanofPDF.com

Huelga

LO NOTO EN CUANTO SALGO a la calle: a pesar de que hoy es miércoles, un día de la semana corrientito y laborable, hay poca gente en las aceras y el tráfico es casi nulo.

Impresiona este vacío ya que de lunes a sábado, a esta misma hora, la ciudad es un hervidero de bulliciosa actividad. Es la hora en que la población activa se dirige a sus puestos de trabajo utilizando todos los medios de transporte, desde los gigantescos autobuses colectivos a los pequeños zapatos individuales. Apenas se puede dar un paso por ninguna parte, y menos aún en mi barrio que es tan populoso como laborioso.

Hoy, en cambio, reina un silencio impresionante en las calles casi desiertas. Deduzco por lo tanto, mientras me dirijo a mi oficina, que se ha declarado una huelga. Y muy gorda, según observaciones que voy haciendo a mi alrededor y que confirman mi deducción: todas las tiendas están cerradas, incluso las de comestibles. Tampoco se trabaja en las oficinas, según me informa el conserje cuando llego al edificio en el que está la mía.

—¿Es posible? —exclamo, alarmado por la amplitud de esta huelga inesperada.

—Sí, señor —me confirma el conserje—. Hoy no trabaja nadie.

—Es cierto —tengo que admitir, al observar que tampoco hay obreros en una casa que están construyendo frente al edificio de las oficinas—. Ni tiendas, ni oficinas, ni obras... ¡Qué barbaridad!

—Es natural, señor.

—¡No, señor! —le rebato indignado—. ¡No es natural, aunque por desgracia el procedimiento se haya puesto de moda! Lo natural es discutir y resolver civilizadamente todos los problemas laborales, sin llegar a estas paralizaciones totales que arruinan al país. ¿Usted sabe lo que le cuesta a cada sector de nuestra economía un paro de éstos?

—Pues exactamente, no.

—¡Miles de millones! —contesto, pues tampoco yo lo sé con exactitud—. ¡Miles de millones de pesetas, y de horas de trabajo! ¿Cree usted que España podrá salvar este bache económico perdiendo jornadas completas de rendimiento? Como la de hoy, por ejemplo. ¿Se da cuenta del daño que esta paralización le hace al país? Dígame si puede haber algún motivo lógico que justifique esta ruina nacional.

—Yo creo —opina el conserje— que en este caso la paralización está justificada. Porque...

—Porque —le interrumpo furioso— usted es un obrero y apoya a los suyos, aunque empleen medios coactivos y salvajes para lograr sus reivindicaciones. Pero yo le aseguro, con conocimiento de causa, que esta huelga es una salvajada.

—¿Huelga? —repite el conserje, perplejo—. ¿Qué huelga?

—La que hoy padece esta ciudad, y probablemente todo el país.

—No sé a qué se refiere...

—¿Acaso no ha visto usted que casi toda la vida nacional está paralizada?

—Sí —admite el conserje—, pero no por la huelga, sino por la fiesta.

—¿Fiesta? —repito yo, parpadeando—. ¿Qué fiesta?

—Está usted muy despistado, caballero. ¿No sabe que hoy no trabaja nadie porque es el día de San Pedro?

Me quedo cortado, pero sólo unos instantes. Mi tesis de las jornadas laborales perdidas sigue siendo válida, aunque estas pérdidas sean por fiestas y no por huelgas.

Pensándolo bien, como debería pensarlo el Gobierno, el mismo daño hace a la economía una paralización por motivo sindical que santoral. No es justo que las autoridades se enfaden cuando un sector de trabajadores declara la huelga, y que toleren en cambio un calendario plagado de huelgas totales concedidas a la Santa Madre Iglesia.

A mí, como ciudadano consciente, me cabrea que se destruya la economía del país dejando de trabajar. Y el cabreo de los ciudadanos conscientes debe ser idéntico, venga la huelga de quien venga: lo mismo si viene de Carlos Marx como de San Pedro.

Así se lo digo al conserje, que me escucha encogiéndose de hombros periódicamente. Ya sé que él no puede hacer nada para impedir estas ruinosas fiestas católicas, pero los gobernantes que podrían hacer algo no querrán escucharme. Y con alguien me tengo que desahogar, qué caramba.

Me vuelvo a mi casa por las calles desiertas, deprimido e irritado, calculando rabiosamente las pérdidas que habrá sufrido el país con la paralización de hoy. Multiplico los millones de españoles que forman la población activa por las once horas que cada español pluriempleado tiene que trabajar para poder vivir, y el total del trabajo perdido me pone los pelos de punta.

Es evidente que si existió alguna vez el llamado «milagro alemán», existe también ahora un «milagro español» por razones completamente opuestas: si milagroso fue que los alemanes levantaran su economía trabajando como bestias, más milagroso aún es que los españoles no nos hayamos ido a la mierda con tanta fiesta.

OceanofPDF.com

La salvación

EMPRESARIO TEATRAL del país: permíteme que te diga ¡albricias! Y permíteme también que te abrace con una lágrima en cada ojo, como abrazaría a cualquiera que acabara de salvarse de un naufragio.

Porque puede decirse con toda propiedad, habida cuenta de tu profesión, que te has salvado por tablas.

Cancela desde ahora mismo las múltiples gestiones que habías iniciado para salir del atolladero en el que se hallaba tu negocio, puesto que ya no tienen objeto.

Es innecesario que ciegues con una pantalla la embocadura de tu escenario, para convertir tu teatro en cine.

Tampoco hará falta que negocies con una inmobiliaria sobre la base de derribar tu local, valorando únicamente las posibilidades que tiene el solar para levantar en él un enorme edificio de apartamentos chiquitajos pero lujosos.

Ni siquiera es aconsejable que consideres la posibilidad de aceptar la tentadora oferta de ese banco en expansión (los bancos, al contrario que los teatros, siempre se están expansionando), que desea convertir tu local en su sede central.

Aunque te parezca mentira, y sé que te lo parecerá, el teatro ha resucitado y acaba de convertirse en uno de los negocios más rentables de esta época. Te has quedado boquiabierto, ya lo sé, pero mejor harás cerrando la boca y abriendo las orejas para oír bien lo que te voy a decir:

El teatro a la antigua usanza no deja un duro y está llamado a desaparecer. Llamo antigua usanza al teatro que se hacía en los escenarios, separado del público por un foso profundo que a lo mejor estaba lleno de agua, aunque algunas veces también estaba lleno de músicos.

Era lo que se llamaba el teatro tradicional, y en las obras que podían verse en él pasaban cosas que podían sucederle a cualquiera. Trozos de la vida misma parecían esas representaciones, y para que el parecido fuera

mayor se reproducían en el escenario pedazos de habitaciones y salones igualitos a los que la gente tenía en sus propias casas.

—¡Mira, mira! —se daban con el codo los espectadores cuando se levantaba el telón y aparecía el decorado en el que iba a desarrollarse la obra—: Mi tía Enriqueta tiene un salón muy parecido a éste, de estilo español también y con la misma cara de Don Quijote tallada en el respaldo de las butacas. Aunque el de ella no tiene el bargueño de la derecha, ni la chimenea de cartón con bombilla roja simulando el fuego.

Ver en el escenario pedazos de su propia casa y personajes muy semejantes a los miembros de su propia familia, eran alicientes que llevaban al teatro a un público poco exigente que aún no tenía cine ni televisión. Entonces se escuchaba atentamente lo que los autores decían por boca de los actores, y era importante no sólo que las palabras fueran inteligentes, sino que se dijeran bien.

Pero las técnicas cinematográfica y televisual dejaron con el culo al aire esta realidad copiada ingenuamente con decorados de papel. ¿Para qué ir a ver un jardín pintado en un forillo, si por la mitad de precio podía verse una selva auténtica retratada en una película, con árboles y fieras de verdad?

Ninguna historia contada con los pobres métodos teatrales tenía fuerza para conmover a un público que había visto el subyugante realismo de las pantallas panorámicas.

Y tú, infeliz empresario teatral, viste tus recaudaciones mermadas y amenazado el porvenir de tu local. Angustiado y pasándolas canutas, por no decir putas, empezaste a lanzar tejos a diestro y siniestro para deshacerte de ese local cada vez más frío y vacío.

Pero la salvación llegó inesperadamente y de la manera más tonta. A un empresario como tú, enloquecido a fuerza de ver que a la taquilla de su teatro sólo se acercaba el novio de la taquillera, se le ocurrió la desesperada locura: si el teatro ya no gusta tal y como es, veamos lo que ocurre si lo ponemos patas arriba.

Así lo hizo en su local, para darse el gustazo de cachondearse del público antes de cerrarlo definitivamente, y obtuvo un éxito tan inesperado como delirante.

De este experimento, nacido de la desesperación de un empresario quebrado, salieron las conclusiones salvadoras aplicables a todos los teatros del país. He aquí esas conclusiones para que tú, infeliz empresario que aún no las sabes, puedas ponerlas en práctica inmediatamente para salvar tu negocio:

Empieza por romper la monótona tradición de que la obra anunciada se represente en el escenario exclusivamente. Eso resulta viejo y caduco. Para ponerlo todo patas arriba, que es lo que al público le impresiona y le hace acudir a la taquilla, hay que empezar por romper los clásicos espacios «sala» y «escena» que durante muchos siglos estuvieron separados por el también clásico telón. Este último, concretamente, puedes arrancarlo y venderlo como tela vieja, ya que de poco te va a servir en el futuro.

El dinero que saques con la venta del telón entrégaselo a un carpintero, para que te construya escalerillas y pasarelas que cubran el foso tradicional y pongan en comunicación el escenario con la sala. En esta nueva concepción del espectáculo teatral, escenario y sala deben unirse para que actores y espectadores puedan alternar democráticamente. Porque patas arriba debe ponerse también el concepto «escenario-altar», ante el cual los espectadores admiran y adoran a los «artistas-ídolos». Y al ponerlo patas arriba, el «artista-ídolo» deja de estar en un pedestal y viene a sentarse campechanamente junto al espectador.

Hasta cabe la posibilidad, aunque a ti te parezca un sacrilegio, que el actor hable con los espectadores y les invite a participar de algún modo en la representación.

Comprende, aunque te escandalice, que se trata de crear un clima de originalidad a toda costa, cargándose todo lo que haga falta para que el espectador se lleve las manos a la cabeza; porque ésa es la única forma de que se las lleve también a la cartera.

Piensa que cuanto más patas arriba lo pongas todo en tu teatro, más éxito tendrás. Se trata de «epatar» al burgués, y más le «epata» el que más disparata.

Hay colegas tuyos que se están forrando porque no limitaron el «epatamiento» a quitar el telón y poner pasarelas. Convencidos y

enloquecidos por este método salvador, asómbrete: ¡suprimieron el escenario! Así, como suena. Y tú, sin salir de tu asombro, preguntarás:

—¿Pero dónde diablos tenía lugar entonces la representación?

Y yo, para que sigas asombrándote, te contestaré:

—Pues en mitad de la sala, quitando unas cuantas filas de butacas y poniendo en su lugar una plataforma.

Esta plataforma, que es de madera, sale bastante barata porque se hace con tablas peladas, mondas y lirondas, como las que se levantan en los patios de las prisiones para montar en ellas el cadalso o la guillotina.

Extraño te parecerá que en esa superficie lisa y sin adornos de ninguna clase, ya que los decorados brillan por su ausencia, pueda representarse una obra teatral. Pero ten en cuenta que, puesta tan patas arriba y de manera tan original la presentación del espectáculo, ¿qué importa ya lo que se presente al público? Una historia bien construida no puede contarse en una sala medio destruida, en la que espectadores y actores se mezclan en caótica originalidad.

En semejante desbarajuste, por lo tanto, no pueden montarse comedias y dramas de estructura tradicional, escritos con un planteamiento seguido de nudo y desenlace. Metido ya en ese caos, el público se conforma con ver cualquier majadería. Sólo tienes que tener un poco de astucia para disfrazar esta majadería con unas cuantas audacias que justifiquen ligeramente el insólito montaje.

Esto es fácil, como ya estás harto de saber, pues hay tres clases de audacias que están al alcance de cualquier talento empresarial: argumentales, orales y visuales.

Las audacias argumentales se consiguen sin ningún esfuerzo, procurando que la acción de la majadería se desarrolle en un prostíbulo, en un manicomio, en una cárcel, en un cementerio (que puede ser de personas o de coches), o en algún otro lugar que el público burgués frecuente poco y considere escandaloso.

Si no tienes la suerte de poder ambientar todo el espectáculo en un sitio así de guarro, procura al menos que entre los personajes del reparto haya algún homosexual, parricida, proxeneta, vicioso o hampón de la peor

especie, capaz de escalofriar con su conducta brutal y descarada el espinazo de la burguesía pacífica y bien nutrida.

Las audacias orales no ofrecen ninguna dificultad: basta que encargues al traductor de la majadería (estos engendros abundan en el extranjero y casi siempre son traducidos) que espolvoree el diálogo con abundantes palabrotas. Un «coño» bien puesto, soltado rotundamente al final de un parlamento, hace que se considere «una obra fuerte» la estupidez más débil. Tampoco vienen mal unas cuantas «mierdas» bien repartidas y estratégicamente colocadas a lo largo del diálogo: la escatología es una crema fétida, pero eficaz, que rejuvenece y moderniza los textos teatrales más trasnochados. Es importante dosificar sabiamente este descaro del léxico, para no quedarte corto ni pasarte de guarro.

Muchas bazas tienes ya para ganar la partida, pero te queda la más importante y decisiva: las audacias visuales. Ése es el filón más seguro para forrarte.

Ya sabrás que el Gobierno, para compensar la falta de otras aperturas más profundas, ha permitido entreabrir la ropa de las actrices para que puedan verse cachitos de sus más recónditos parajes anatómicos. Y no necesito explicarte a qué parajes me refiero, porque eres bruto pero no tonto.

Debe de haber en algún *Boletín Oficial* un decreto regulando esta apertura textil, pues ya se sabe que nuestro Gobierno todo lo decreta y lo regula. Me imagino que allí estará explicado el tiempo permitido para cada exhibición, que variará según el grado de erotismo de la zona exhibida. Parece lógico que una sola teta, por excitar la mitad que la pareja, pueda exhibirse durante un tiempo doble. Es presumible también que la carne de nalga y muslo, dado su emplazamiento en un punto de alta tensión erótica, sólo deba mostrarse fugazmente.

Pero no cabe duda de que, pese a todas estas limitaciones, las audacias visuales son el ingrediente más seguro para la salvación del teatro contemporáneo. No hay ingrediente dramático comparable al culete joven que enseña la actricita mona cuando se agacha a coger el puñal. Yo te aseguro que la tensión dramática baja cuando la exhibición del culete cesa, aunque la actricita mate a su padre con el puñal que ha cogido.

No hay final de acto más espectacular ni más aplaudido que éste: hacer coincidir la caída del telón con la caída de unas bragas.

Alguien dirá que con todas estas innovaciones poco va a quedar en el teatro actual del teatro tradicional. Y yo le refuto:

—Poco es mucho, majó: la verdad es que no va a quedar nada. Pero al menos las salas donde se monten estos espectáculos delirantes seguirán llamándose así. Y aunque todo lo demás se haya hundido, habremos salvado este nombre que es el más importante de la historia de la cultura: Teatro.

OceanofPDF.com

Nivel de vida sexual

LA CAMA ES ANCHA, equipada al estilo tradicional. Nada de muelles entrelazados en la tripa del colchón, ni otras técnicas modernistas y virgueras, sino lana a puñados de ovejas merinas. Nada tampoco de goma-espuma en el relleno de la almohada, sino finísimo plumón de aves jovencitas.

Quizá debido a estos ingredientes animales, y también a la proximidad de los corrales, el dormitorio huele un poco a establo. Pero es en todo caso un olor sano y pueblerino, mucho más saludable que el apestoso monóxido ciudadano.

En los pueblos, además, nadie se avergüenza de que su casa huela a bichos e incluso a estiércol, pues viene a ser como un signo externo de riqueza: señal de que los dueños poseen ganado. Sólo las casas de los que nada tienen, a nada huelen.

Es natural por lo tanto que toda la casa de don Niceto, incluido el dormitorio, tenga un intenso olor animal. No en balde es uno de los ganaderos más ricos del pueblo, y en su pocilga, que linda con su casa, se crían los cerdos más hermosos de la comarca.

Sin llegar a cacique, pues el cacicato lo ejerce el alcalde que es rico también y tiene influencias políticas, don Niceto es un hombre respetado e influyente.

También a su esposa se la respeta en el pueblo, ya que ella preside todas las obras benéficas que organiza la parroquia y ella encabeza todas las suscripciones pro damnificados. Suscripciones que en los pueblos son siempre muy numerosas, pues ya se sabe que la Naturaleza es muy puñetera y siempre está damnificando a alguien: cuando no damnifica el pedrisco, damnifican las heladas, la sequía o las inundaciones.

Tiene mérito por lo tanto que el primer óbolo para remediar esta serie inacabable de calamidades sea el de la esposa de don Niceto; que se llama

doña Remedios por pura casualidad, y no porque remedie las desgracias de sus paisanos.

He situado la acción de este relato en el dormitorio de este matrimonio, porque acaba de empezar una noche que no va a ser como todas las demás.

Hasta hoy, muchos años de apacible vida conyugal han transcurrido entre estas paredes. Pero sospecho que hoy, precisamente hoy, algo está a punto de ocurrir. Algo que hará pedazos la cómoda rutina nocturna de este matrimonio bien avenido.

Mis sospechas en principio parecen infundadas, puesto que la noche de hoy se ha iniciado como todas las demás:

Doña Remedios ya está en camisón y metida en la cama, cuando don Niceto entra en el dormitorio y se dispone a acostarse. Doña Remedios ya ha cerrado los ojos, y ha imprimido a su respiración el ritmo acompasado de toda persona que se dispone a dormir.

Hoy no es sábado, sabadete. No hay programada, por lo tanto, ninguna expansión. Es una noche corriente, dedicada al sueño, como la inmensa mayoría de las noches de los matrimonios que pronto cumplirán sus bodas de plata.

Nada en la conducta de doña Remedios hace sospechar que hoy pueda ocurrir algo insólito, pues incluso se ha puesto su bigudón. Y el bigudón, como su nombre indica bastante, es un bigudí enorme con el cual se rizotea todo el pelo del tupé.

Este aditamento capilar no es precisamente afrodisiaco, pues le pone a doña Remedios un copete risible. Y como ya se sabe que la risa es incompatible con las excitaciones eróticas, don Niceto nunca logra la erección cuando doña Remedios se pone el bigudón.

Pero pese a la abundancia de síntomas en contra, que son muchos y variados, sigo sospechando que algo gordo está a punto de suceder. Y baso mis sospechas en que don Niceto no ha entrado en el dormitorio mansamente, como todas las noches corrientes, sino con un atuendo y una belicosidad poco corrientes.

En general don Niceto entra bostezando, embutido en un pijama muy conservador e incluso bunkeriano, de color azul marino. Hoy en cambio ha

entrado despabiladísimo, erguido y arrogante, conteniendo la respiración para mantener el pecho abombado y la tripa contraída.

Y no es esto lo más sorprendente, sino que el pijama color búnker brilla por su ausencia. Lo de brilla es un decir, ya que don Niceto se ha presentado en cueros vivos; y sus cueros, morenos y velludos, son más bien opacos.

No puede decirse, sin embargo, que esté completamente desnudo, pues algo lleva en una mano que en la penumbra del dormitorio no se distingue ni se sabe bien lo que es. Y aunque este objeto de mango alargado vista muy poco, él pone púdica y estratégicamente la mano que lo sostiene para cubrir una pequeña parte de sus vergüenzas. Sólo una pequeña parte, claro está, debido a que el cuerpo de un hombre maduro y fondón resulta siempre todo él tremendamente vergonzoso.

—¡Remedios! —llama don Niceto con voz desgarrada y erótica, que recuerda con perdón la berrea de los ciervos en celo.

—¿Qué quieres? —pregunta ella abriendo un ojo a medias, y ella misma se contesta al verle desnudo—. Los pijamas limpios están en el cajón de la cómoda.

—¡No es eso lo que busco con mi desnudez, coño! —brama el marido, y su exclamación final parece una indirecta de lo que en realidad está buscando.

—Pero si hoy no es sábado ni víspera de fiesta —protesta doña Remedios, volviendo a cerrar el ojo que entreabrió.

—¡Precisamente por eso! Estamos viviendo una época de evolución y debemos evolucionar en todos los aspectos.

—Pues tu aspecto no ha evolucionado. Mientras siga siendo el mismo, es una bobada que te exhibas en pelota y te expongas a pillar una pulmonía.

—Algún riesgo hay que correr para acabar con las viejas rutinas. Y no es mi aspecto ni el tuyo lo que debe cambiar, sino nuestra forma de tratarnos carnalmente.

—¿Cómo has dicho? —se incorpora ella de un salto y le mira con los ojos abiertos como platos.

—Que la evolución actual alcanza fundamentalmente al trato carnal.

—¡Cielo santo! ¿Pero qué estás diciendo?

—Te estoy explicando la fase evolutiva que estamos viviendo. ¿Para qué crees tú que ponen tantas películas eróticas, y se editan tantas publicaciones pornográficas? Pues para que el pueblo español se ponga al día y suba su nivel de vida sexual.

Carraspea un poco, porque quizá se está acatarrando debido a su desnudez, y continúa su discurso:

—Llevamos cuarenta años de retraso en esta faceta del desarrollo. ¿Crees que con una libido tan subdesarrollada podemos considerarnos europeos y entrar en el Mercado Común?

—¿Y tú crees que en el mercado ese van a mirar esas cosas?

—¡Naturalmente!

—Pues qué cochinos.

—Cochinos no, sino modernos. La Comunidad Europea exige libertad y modernidad a todos sus miembros. Nosotros debemos superar la etapa del franquismo, en la que fornicar era un pecado perseguido por el Gobierno y el clero.

—Pues si la población aumentó —razona ella, que aún se siente franquista como todo el censo maduro y rural—, es señal de que la gente fornicó.

—Pero escondida bajo las sábanas y en las tinieblas, de un modo primitivo y bíblico. Sin ningún refinamiento propio de las sociedades civilizadas. Tú y yo somos un ejemplo de ese primitivismo erótico. A oscuras para que nadie pudiera vernos, ni siquiera nosotros mismos, como delincuentes avergonzados del delito que iban a cometer, yo caía sobre ti y ¡tacatá!

—Lo natural.

—Lo natural, en efecto, como lo hacían Adán y Eva en la Biblia. O sea como un pecado original, sin ninguna originalidad. Pero la civilización ha liberado al ser humano de esas leyendas y supersticiones.

—No sabes lo que dices: si llamas leyenda y superstición a nuestros primeros padres...

—Déjate de chorradas —corta él—. Hoy el sexo ha dejado de ser una guarrería pecaminosa, para convertirse en una de las expansiones más sanas y refinadas de los pueblos cultos. De manera que libérate de todos tus

prejuicios. Deja de ser una señora católica, apostólica y franquista, e incorpora a tu acervo sexual todas las enseñanzas del cine y la literatura que nos llegan de Europa sin censura. ¿Estás preparada?

—Depende de lo que quieras hacer —dice asustada doña Remedios, arrebujiándose en la ropa de la cama.

—Quiero que hagamos el amor —brama don Niceto paseando su desnudez por el dormitorio—, pero no a la antigua usanza. Quiero que incorporemos nuevas excitaciones y técnicas, como corresponde a una pareja moderna y europea. Porque actualmente, en materia sexual, somos el matrimonio más retrógrado del pueblo.

—¿Por qué?

—Me consta que todos los maridos han modernizado sus métodos amatorios, introduciendo mejoras en consonancia con las lecciones aprendidas en las películas y en las revistas.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por lo que hablamos los hombres en la tertulia del casino. ¿No sabes que los hombres españoles sólo hablamos de eso? El que más y el que menos ha visto y leído todo lo que se ve y se lee desde que hay libertad. ¿Qué te crees que hacemos todos los del pueblo cuando vamos a las ferias de ganado que se celebran en la capital? Pues ver películas verdes y comprar publicaciones eróticas. Y todos han puesto en práctica alguna de sus enseñanzas. El alcalde, por ejemplo, antes de hacer algo con su mujer, la engrasa con mantequilla todos sus orificios.

—¿Todos? —se asombra doña Remedios—. ¿También los orificios de las orejas?

—No hagas preguntas tontas —se enfurruña él—. Y don Onofre Calasparra, sin ir más lejos, hace cama redonda con su señora y dos perros pastores. Y mientras uno lame, el otro chupa.

—¡Qué aberración! —se escandaliza ella.

—No tanta, puesto que don Onofre es veterinario. Es lógico por lo tanto que le gusten los animales.

—Tienen que gustarle a la fuerza, pues si se acuesta con perros demuestra que él es también un animal: un puerco.

—¿Ves cómo eres una retrógrada? Lo que tú consideras marranadas y aberraciones, son en realidad refinamientos de alto nivel sexual.

—No para todo el mundo, supongo. Seguirá habiendo personas decentes.

—Pues hasta el matrimonio Mínguez, que era tan decentísimo y religioso, se ha quitado los cilicios de las muñecas y se los han puesto en otras partes.

—¡Jesús, María y José!

—Mínguez asegura que así logran los dos, su mujer y él, una excitación masoquista muy europea. También el secretario del Ayuntamiento, que es un tipo menudito y muy poquita cosa, le ha comprado a su mujer un vibrador fenomenal para no quedarse corto. Por su parte, el dueño de la pastelería La Dulzaina logra unos orgasmos último grito disfrazándose de mujer...

—¡Basta, basta! —le interrumpe doña Remedios, horrorizada.

—Basta, sí, porque no voy a pasarme toda la noche levantado, explicándote las innovaciones que han hecho nuestros convecinos para elevar su nivel de vida sexual. También yo he visto películas y he leído las suficientes revistas eróticas como para poner mi libido al día. De manera que prepárate.

—¿Para qué? —se alarma ella, y pone cara de doncella que teme ser violada.

—Para alcanzar cotas inéditas de placer.

—¡Ay, madre!

—Empiezas a excitarte, ¿eh?

—Lo que empiezo es a asustarme.

—Desde hoy se acabó el rudimentario polvete sabatino en la oscuridad, despachado en un abrir y cerrar de bragueta. Tú tendrás que colaborar también soltándote el pelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que te quites el bigudón. Con el pelo amarrado en esa especie de cresta, es imposible que me levantes el entusiasmo. Sin el bigudón, tu melena caerá sobre tus hombros desnudos. Porque después del bigudón, tendrás que quitarte el camisón.

—¡Alabado sea Dios!

—Lo alabarás después, cuando compruebes el resultado de estas innovaciones. Y estarás más cerca de Él para alabarle, puesto que te haré subir al séptimo cielo. ¿Tienes medias negras?

—¿Para qué?

—Para ponértelas.

—¿Cuándo?

—Cuando estés desnuda y con el pelo suelto —explica don Niceto, empezando a ponerse cachondo con la explicación—. Así resaltará aún más la blancura de tus muslos...

—¡Ave María Purísima!

—Deja de soltar jaculatorias y contesta: ¿tienes medias negras, sí o no?

—Tengo un par, pero como si no.

—¿Qué quieres decir?

—Que son las que uso cuando se muere alguien —aclarar doña Remedios—. Y unas medias para lutos, no puedo usarlas para orgías.

—Déjate de escrúpulos idiotas y pónelas. Es uno de los elementos fundamentales de la innovación que hoy vamos a iniciar. El otro elemento es éste.

Y don Niceto muestra a doña Remedios el objeto alargado que tiene en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunta ella, pues en la penumbra del dormitorio no logra identificarlo.

—Un látigo.

—¡Cielo santo! ¿Es que piensas imitar al veterinario?

—¿Por qué?

—Por el látigo. ¿Es que piensas hacer una cama redonda con caballerías?

—No, mujer —la tranquiliza él, haciendo con el látigo unos cuantos molinetes que producen un zumbido siniestro—. Éste es un elemento básico de una gama muy extensa de refinamientos eróticos. Puede decirse que, en muchos casos, el nivel de vida sexual sube a latigazos.

—¡Qué salvajada!

—No es salvajismo, sino sadismo. Salvajada refinada que produce goces insólitos. Se puede gozar, indistintamente, de dos maneras: dando los latigazos, o recibéndolos. Tú, por ejemplo, ¿cómo gozarías más?

—¿Yo? —exclama ella, aterrorizada—. ¡Yo, de ninguna manera!

—Ya sé que de ninguna manera gozaste hasta ahora, debido a que siempre consideraste que joder era pecar —reprocha don Niceto—. Pero el látigo es la mejor medicina para las frías.

—¿Qué tratas de insinuar? —aumenta el miedo de doña Remedios.

—Que tu frigidez puede desaparecer si te caliento a latigazos.

—¡No! —grita ella—. ¿De veras serías capaz de pegarme?

—Si tú me pides que lo haga...

—¿Cómo voy a pedirte esa barbaridad?

—Te aseguro que puede resultar una barbaridad agradabilísima para los dos. En varias películas que he visto, las parejas se azotan de lo lindo y lo pasan chupi.

—¡Intenta azotarme y gritaré!

—Con eso también se cuenta en este juego erótico: tus gritos me excitarán a mí, y yo me lo pasaré tan chupi como tú... Pero mujer: ¿por qué te levantas de la cama? ¿Adónde vas tan de prisa? ¡Ah, claro!: vas a buscar las medias negras, ¿verdad?

—¡A quien voy a buscar es a la guardia civil! —dice doña Remedios, mientras sale corriendo del dormitorio.

—No es mala idea tampoco —comenta don Niceto, rascándose la cabeza pensativo con el mango del látigo—: una cama redonda con una pareja de guardias civiles elevará considerablemente nuestro nivel de vida sexual.

Todos invertidos

CASI CON PAVOR, o por lo menos con infinita tristeza, venimos observando en el teatro y el cine una crisis cada día más aguda de la imaginación creadora.

O sea que a los escritores de argumentos les faltan argumentos. Se ha dicho que todas las combinaciones argumentales posibles están ya hechas, y que es matemáticamente imposible inventar otras nuevas.

Puede ser cierto, pero desde luego es cómodo; porque si se admite el dicho, el creador se ahorra el esfuerzo de pensar. Y una teoría con refrendo matemático, dado el prestigio que las matemáticas tienen como ciencia bastante exacta, puede ser no sólo aceptable sino incluso indiscutible.

A la vista está, en todos los teatros y todas las pantallas, que los creadores han debido de admitir masivamente esta teoría de la originalidad imposible, pues repiten y tripiten las mismas situaciones, las mismas relaciones, las mismas combinaciones entre hombres y mujeres.

Algún alivio experimentó esta monótona reiteración de historias al ampliarse los márgenes de la censura mundial y permitirse la incorporación a los argumentos de todas las cochinadas imaginables. Los guionistas y los autores entraron a saco en el terreno de los tabúes, y animaron el cotarro a base de audacias:

La historia del adolescente que se acuesta con su mamá.

La de la prostituta circense, tragapichas en lugar de tragasables.

La del padre que viola a su hija.

La del Caín homosexual que mata a su hermano Abel porque está enamorado de él...

Cierto que estas monstruosidades, y algunas más gordas todavía, sacudieron durante algún tiempo a los espectadores en sus butacas sacándoles de su sopor. Pero matemáticamente también las guarrerías tienen un límite, y el asombro inicial se convirtió en tedio cuando se repitieron demasiadas veces.

Al borde ya de la bancarrota imaginativa, cuando empezaban a vislumbrarse sus trágicas consecuencias en el mundo del espectáculo, se acaba de inventar una fórmula que bien puede ser calificada de genial por sus infinitas posibilidades. Como todas las fórmulas verdaderamente geniales es sumamente sencilla, y al alcance de cualquier empresario o productor: basta con volver a montar cualquier viejo tema, ya explotado hasta la hartura, repartiendo a actores los papeles que se escribieron para actrices. En ese cambio de sexo en la interpretación, radica el éxito de la fórmula.

El experimento dio resultados óptimos en *Las criadas*, de Genet, y a este éxito inicial siguió una reposición de *La casa de Bernarda Alba*, de nuestro muy traído y llevado García Lorca, representada por un primer actor con toda la barba. Algo morbosa fue la curiosidad que nos llevó a ver una Bernarda Alba barbuda, pero el teatro se llenó y esto era lo único que al empresario le interesaba.

Es obvio que a la vista de estos éxitos iniciales, la fórmula será copiada con rapidez en todas las salas del país. Porque sus posibilidades son de una amplitud espeluznante.

No hay razón para que esta inversión de sexos no pueda hacerse también a la viceversa, o sea confiando a mujeres los papeles de los hombres, con lo cual tendremos originalidad para muchos años. Para muchísimos, ya que todas las obras y películas estrenadas hasta ahora podrán ser ofrecidas de nuevo con los papeles invertidos.

¡Mareo produce el número de obras y películas que volverán a ser originales gracias a esta fórmula! ¡Nada menos que toda la producción mundial, desde el principio de la civilización hasta nuestros días!

Veremos *Edipo* convertido en *Edipa*, y *Electra* nos producirá nuevos calambres emocionales al transformarse en *Electro*. Llenaremos los cines y teatros para disfrutar morbosamente viendo a todos los personajes famosos con el sexo al revés:

Romea y Julieta

Abelarda y Eloíso

Adana y Evo

Yermo
El Malquerido
Las tres mosqueteras
El signo de la Zorra
La alcaldesa de Zalamea
Doña Quijota y Sancha Panza
Padre Coraje
El caballero de las camelias
Monsieur Bovary
La reina que rabió
La buscona
El Celestino...

Y pongo el etcétera más gordo que se puede poner. Un etcétera que da vértigo asomarse a él, pues incluye nada menos que a todos los personajes que pasaron alguna vez por un escenario o una pantalla.

Al grito de «¡Todos invertidos!», el mundo del espectáculo puede resolver la crisis de originalidad durante varios siglos.

OceanofPDF.com

El puente

LA SALA NO ES MUY GRANDE y el visitante la cruza en cinco zancadas. Tiene que dar entonces media vuelta rápida para no chocar contra la pared y poder cruzarla de nuevo en sentido contrario.

Esta pediobra (sería maniobra si la hiciera con las manos y no caminando con los pies) la realizó ya catorce veces sin conseguir tranquilizarse. Y basta mirarle a la cara para darse cuenta de que no se tranquilizará por muchas vueltas que dé: pese a que en la sala no hace calor, está congestionado hasta el punto de haber tenido que aflojarse el nudo de la corbata.

Es un hombre que representa treinta y cuatro años, que son los que tiene porque siendo tan joven es natural que no se moleste en acicalarse para representar menos. Aunque ahora sus facciones están desencajadas por el problema interior que le afecta, puede adivinarse que en estado normal, con cada facción encajada en su sitio, resultará un tipo de físico agradable e incluso atractivo.

Ha sacado varias veces del bolsillo un paquete de tabaco; pero al ver que en la sala no hay ningún cenicero, se lo ha vuelto a guardar con un gesto de contrariedad. Si no me horrorizaran las comparaciones tópicas, podría comparar los furiosos paseos del visitante con los de una fiera enjaulada. Pero el horror a la vulgaridad me impide caer en esa tentación.

El enfurecido paseante totaliza veintiséis recorridos completos de la habitación, cuando se abre una puerta y entra la dueña de la casa. Es una mujer algo más joven que él y francamente guapa. Es de esas bellezas actuales que hacen volver la cabeza en la calle, al menos a mí. Por lo bien peinada que trae su melenita corta y rubia, puede deducirse que le hizo esperar porque estaba terminando de peinarse. No es muy alta, pero sí muy bien proporcionada. Y la blusa que lleva deja adivinar que no necesita recurrir a cruzados mágicos ni otras supercherías para tener las cosas en su sitio.

Desde la puerta mira al visitante con curiosidad, y avanza unos pasos hacia él diciendo:

—Sin duda la doncella no le entendió bien. Porque me imagino que usted a quien querrá ver es a mi marido.

—No, señora —niega él, deteniéndose y dominándose—. A su marido no quiero verle ni en pintura.

—¿Qué? —se detiene también ella y parpadea sorprendida—. ¿Cómo ha dicho?

—Que he venido a verla a usted. Porque es usted la señora de Morales, ¿verdad?

—Sí —confirma ella—. Pero le advierto que si se trata de venderme algo...

—¿Venderle yo algo a usted? —ahora le ha tocado sorprenderse a él—. ¿Por qué?

—Porque ése puede ser el motivo de su visita: ofrecerme una aspiradora, o una enciclopedia...

—No, señora —suspira él—. Yo no vendo ni una escoba.

—Dígame entonces lo que desea porque tengo prisa.

—Ya no.

—¿Ya no qué?

—Que ya no tiene prisa —aclara él.

—¿Cómo que no? —protesta ella—. ¿Usted qué sabe?

—Lo sé todo.

—No le entiendo.

—Sé que, aprovechando el puente del Corpus, pensaba usted hacer un viaje con su marido.

—Lo pensaba y lo sigo pensando. Tengo prisa por eso precisamente: porque dentro de unos minutos, él vendrá a recogerme.

—Siento tener que decírselo, pero me temo que no.

—¿Que no? —repite ella, extrañada—. ¿Que no qué?

—Que su marido —empieza él, y hace una pausa antes de terminar—... no vendrá.

—¿Cómo?... ¿Por qué dice eso?

—Porque, desgraciadamente, lo sé.

—¡Dios mío! —exclama ella, asustadísima—. ¿Le ha ocurrido algo?

—A él, no. He dicho desgraciadamente refiriéndome a nosotros, y no a una desgracia que le haya ocurrido a él.

—No le entiendo —se impacienta ella—. ¿Qué quiere usted decir?

—Que aquí los únicos desgraciados somos usted y yo.

—Por favor —ruega ella conteniendo sus nervios a punto de dispararse—. ¿Quiere explicarme quién es usted y qué diablos está tratando de decirme?

—Empezará a comprenderlo todo cuando sepa que me llamo Rosendo Gangoso.

—Sigo sin comprender nada.

—Rosendo Gangoso —repite él, pronunciando despacio y claramente—. Fíjese bien: Gangoso. ¿No le dice nada este apellido?

—Que es feísimo, con perdón, pero nada más.

—¿Y si le digo que mi mujer se llama Clotilde de Gangoso? ¿Tampoco le suena?

—Pues no. Creo que no.

—Pues Clotilde de Gangoso es la secretaria de su marido.

—¿La secretaria?... ¡Ah, sí!: Cloti.

—Clotilde de Gangoso.

—Yo sólo la conozco por Cloti. Pero ella qué tiene que ver...

—Por ella —explica él— he sabido todo lo que sé, y por eso estoy aquí.

—Pero ¿qué es lo que usted sabe?

—Que su marido no vendrá a buscarla.

—Eso es imposible —rechaza ella—. Tengo hecho el equipaje, y ya estoy lista para el viaje.

—Pues hágase a la idea de que no viajará.

—¡Qué tontería! Suponiendo que por cualquier circunstancia imprevista mi marido hubiera tenido que suspender el viaje, me lo habría dicho a mí directamente. Es absurdo que le haya enviado a usted.

—Es que a mí no me ha enviado nadie.

—Pues entonces ¿por qué ha venido?

—Por iniciativa propia, debido a que estoy en el mismo caso que usted.

—No le comprendo.

—También yo —explica él—, aprovechando el puente del Corpus, iba a irme de viaje con mi mujer. Y ya no me iré.

—¿Y a mí qué? —se encoge de hombros ella—. Como comprenderá, a mí me importa un bledo lo que hagan usted y su mujer.

—Pero me imagino que sí le importará lo que hagan mi mujer y su marido, ¿no?

—¿Cómo? —pregunta ella, desconcertada—. ¿Qué quiere decir?

—Lo que ya he dicho con bastante delicadeza para que usted no se desmaye: que usted y yo no viajaremos, pero su marido y mi mujer sí.

—¡No! —exclama ella, abriendo tanto la boca como los ojos.

—Por desgracia, sí —se lamenta él, con una mezcla de dolor y rabia—. A estas horas, ya habrán emprendido el vuelo los muy guarros.

—¡No! —repite ella, llevándose las manos a la cabeza—. Pero... ¿qué disparate está usted diciendo? ¡Eso es absurdo!

—Eso, desgraciadamente, es bastante normal. Casi una vulgaridad de puro corriente: el jefe se lía con su secretaria y se escapan juntos.

—Pero... no puede ser. No me cabe en la cabeza.

—Que no le quepa, no quiere decir que no sea verdad. Al principio tampoco me cabía a mí, y eso que tengo la cabeza más grande que usted.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunta ella, incrédula todavía.

—Mi mujer me dejó una nota en casa explicándomelo todo.

—¿Explicándole qué?

—Que sentía dejarme plantado, pero que se iba con el hombre que ama.

—¿Y por qué supone usted que ese hombre es mi marido?

—Porque en la nota me dio su nombre.

—¿Es posible? —vuelve a exclamar ella y a quedarse boquiabierta—. ¿Le dijo que se marchaba con el señor Morales?

—Me dijo que se iba con Teo, que es igual.

—No tan igual. Porque aparte de Teodoro, hay otros muchos nombres que empiezan por Teo: Teodulfo, Teodosio, Teodorico, Teobaldo, Teogracias...

—Incluso con trampa, pues Deogracias es con «D», pierde el tiempo. Siento apagarle ese rayo de esperanza, pues el único Teo que nosotros conocemos es don Teodoro Morales.

—¡Dios mío! —balbucea ella, dejándose caer en la butaca que le pilla más cerca—. No puedo creerlo... no puedo...

—Tampoco yo podía —murmura él, apretando los puños y los dientes—, pero tuve que rendirme ante la evidencia.

—Yo no me he rendido aún —dice ella con una terquedad que va perdiendo firmeza—. Puede que todo sean figuraciones tuyas.

—¿También la nota, escrita y firmada por mi mujer?

—Pero yo no he recibido ninguna nota —se defiende ella—. A mí no me ha dicho nada mi marido.

—Por cobardía, seguramente. Hay individuos que, además de guarros, son cobardes.

—¡Oiga, oiga! ¡No le consiento...!

Pero él interrumpe, indignado:

—¡Tampoco yo voy a consentir que le defienda después de lo que ha hecho!

—Yo no tengo todavía la seguridad de que haya hecho nada.

—¿Pero qué más pruebas necesita, caramba? —se enfada él—. Por mí puede quedarse allí sentada esperándole, hasta que se convenza de que no vendrá a buscarla. Pero puede ahorrarse la espera, porque su Teo y mi Cloti han volado.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—¿Y adónde habrán ido?

—Eso no lo han dicho, naturalmente —gruñe él—. Cuando una pareja culpable se fuga, nunca dice adónde va.

—¿Por qué?

—Para evitar que la persigan. Pero por lo que a mí respecta, pueden irse al infierno. No pienso molestarme en perseguir a esos guarros.

—Yo, en cambio, no sé qué hacer —confiesa ella muy abatida—. Ha sido un choque tan fuerte y tan inesperado...

—No irá usted a decirme que no se olía nada.

—¿Olerme yo? ¿El qué?

—El lío de su marido con mi mujer. A mí Cloti me engañó completamente, porque ustedes las mujeres son más astutas. Pero tienen

también más olfato.

—Pues yo nunca sospeché nada, se lo aseguro. Aunque debí imaginarme que Cloti era demasiado joven y demasiado mona para conformarse con ser una simple secretaria.

—Yo no la defiendo, que conste —advierde él—, pero también me imagino que el marido de usted no debe de ser ningún angelito. Digamos que son tal para cual. Dios cría a los guarros, y ellos se juntan.

—Por favor —suplica ella—. ¿No conoce usted otro calificativo menos ordinario? Repite tanto lo de la guarrería que resulta de mal gusto.

—Si lo prefiere —propone él, furioso—, a mi mujer puedo llamarla zorra y al marido de usted cabrón.

—Creo que califica usted muy acertadamente a su Clotilde, pero me parece que la alusión caprina no le va a mi Teodoro.

—¿Por qué? ¿Es acaso mejor que ella?

—No. Pero si miramos las cosas con objetividad, el marido burlado no es él, sino usted.

—Mire, señora: medir el tamaño de nuestros respectivos cuernos no va a resolver nuestro problema. De manera que vamos a dejar los insultos aparte y a decidir lo que vamos a hacer.

—¿Pero qué quiere usted que hagamos? —se desespera ella y empieza a lloriquear—. Para que yo me reponga del golpe que acabo de recibir, tendrá que pasar mucho tiempo.

—¿Cuánto? —pregunta él consultando su reloj.

—No lo sé.

—Pues convendría que no fuera demasiado, para darles en las narices a esos... puercos. Iba a decir guarros, pero como usted me rogó...

—Gracias.

—Pensándolo bien —añade él—, después de la faena que nos han hecho, no se merecen que suframos por ellos.

—Eso se dice fácil —suspira ella.

—Se dice y se hace. Hagamos lo que aconseja el refrán: a enemigo que huye, puente de bronce.

—El refrán dice de plata.

—Pero yo no soy tan generoso: siendo para un enemigo, con un puente de bronce va que chuta.

—¿Y de qué me sirve ese refrán en mi caso —lloriquea ella—, si el que ha huido de mi lado no es mi enemigo, sino mi propio marido?

—Un marido que la ha traicionado. Y no hay mayor prueba de enemistad que la traición. De manera que puede aplicarle el refrán a su Teo, como yo se lo he aplicado a mi Cloti: puente de bronce para ella, y puente del Corpus para mí.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que si ha pretendido hacerme una faena por partida doble, se va a llevar un chasco. Porque ya le dije que, aprovechando que mañana jueves es fiesta, íbamos a irnos de viaje hasta el domingo.

—También nosotros —suspira ella—. Como todo el mundo. Nadie desperdicia un puente tan apetitoso.

—Por eso yo no pienso desperdiciarlo. Comprenderá que teniendo ya pagados los billetes de avión y el hotel en Palma de Mallorca...

—Nosotros —vuelve a suspirar ella— pensábamos ir en coche a la Costa del Sol. Eso al menos creía yo, pero por lo visto mi marido no lo pensó nunca.

—Quizá cambió sus planes en el último momento. También Cloti parecía decidida a irse conmigo, puesto que me dejó pagar los billetes y el hotel. Pero ¿qué importan ya esos detalles? Fuera como fuese, el resultado es que nos dejaron plantados. Y yo no estoy dispuesto a consentir que me chafen el puente.

—No diga bobadas.

—¿Un viaje a Mallorca le parece una bobada? Por lo visto, usted no ha estado nunca en Mallorca.

—Estuve una vez, y me parece una isla preciosa.

—¿Verdad que es una maravilla? —se entusiasma él—: la bahía de Palma, las calas, el mar azul...

—Lo que me parece una bobada es que le preocupe que le chafen ese viaje cuando acaban de chafarle el matrimonio.

—Mire, señora —razona él—: la chafadura matrimonial es un problema muy gordo que requiere mucho tiempo para resolverlo. El puente, en

cambio, requiere una solución inmediata, porque mi avión saldrá dentro de dos horas.

—Pues márchese. Pero parece mentira que pueda usted ser tan frívolo.

—Correspondo a la frivolidad de nuestros respectivos cónyuges. ¿O cree que debemos quedarnos chinchados y llorando su ausencia, mientras ellos viajan y lo pasan pipa?

—No me lo recuerde.

—Tengo que recordárselo para ayudarla a reaccionar. Esos guarros, y perdone que vuelva al calificativo que mejor les cuadra, no merecen nuestras lágrimas. Piense que quizá en este mismo momento, mientras nosotros estamos sufriendo, ellos se están acostando.

—¿Tan temprano?

—Es temprano para dormir, pero no para que dos guarros hagan guarrerías.

—Es usted tan gráfico en sus explicaciones, que me dan escalofríos.

—Pero ¿tengo razón o no?

—Sí —admite ella, apretando los dientes con rabia—. Y si una se parara a pensar...

—Párese, pero no mucho tiempo —aconseja él—. Tiene que decidir lo que piensa hacer, puesto que el puente está a punto de iniciarse.

—¿Y qué quiere que haga?

—Lo que voy a hacer yo: lo mismo que iba a hacer antes del plantón. ¿Adónde dijo que pensaba usted ir?

—A la Costa del Sol.

—Es un sitio precioso.

—Ya lo creo —suspira ella—. Y muy soleado.

—Pues váyase a la Costa del Sol.

—No puedo, porque a mí iba a llevarme en coche mi marido. Y al fugarse él, me ha dejado sin medio de transporte.

—Una guarrada más. Puesto que, siendo hoy la víspera del puente, es imposible encontrar un billete para ninguna parte.

—Completamente imposible. Pero tampoco me importa. Estoy demasiado deprimida para emprender un viaje.

—Debe viajar precisamente por eso —recomienda él—: para distraerse y combatir la depresión.

—Más deprimente todavía es viajar sola, y además sin billete. Márchese y no se preocupe por mí.

—Perdóneme —empieza él sentándose en una butaca frente a ella—, pero no puedo marcharme.

—¿Por qué no?

—Yo tengo que preocuparme por usted, lo mismo que usted por mí. Por la sencilla razón de que usted es desgraciada por culpa de mi mujer, y yo lo soy también por culpa de su marido. De manera que siendo los dos culpables indirectos de nuestras mutuas desgracias, tenemos el deber de ayudarnos mutuamente.

—Pues yo lamento no poder ayudarle a usted. Y si usted quiere ayudarme a mí, lo mejor que puede hacer es dejarme en paz.

—La dejaría si de veras se quedara tranquila y en paz. Pero dejarla con este disgustazo tremendo, sola y sin tener adónde ir en este largo puente que se avecina...

—¡Y dale con el puente! —se impacienta ella—. ¿Tan fundamental es para usted ese maldito puente?

—Para mí y para todos los españoles —afirma él, serio y rotundo—. En este país, señora, no hay frustración comparable a la de un puente desaprovechado. Sobre todo si el puente es tan largo como éste del Corpus, que empieza el miércoles por la tarde y acaba el lunes por la mañana.

—Pues a mí me importa un bledo.

—No lo dirá en serio.

—Completamente en serio. ¿Qué pueden importar unos cuantos días festivos en estas circunstancias? Si piensa que acabo de sufrir una desgracia para toda la vida...

—Para no pensar en eso precisamente es por lo que tiene que distraerse. Deje en cambio que yo piense por usted. Como aquí no debe quedarse de ninguna manera, ¿puede contestarme a unas preguntas?

—¿Para qué? —se encoge de hombros ella.

—Usted límitese a contestar: ¿tiene hecho su equipaje?

—Pues sí. Esperaba que mi marido viniera a recogerme en el coche...

—Muy bien. ¿Puede decirme ahora si le gusta Palma de Mallorca?

—¿Palma de Mallorca? —repite ella, desconcertada.

—Antes me dijo que estuvo una vez en la isla, y le pareció preciosa.
¿Puede decirme ahora si le gusta la capital?

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Se lo explicaré cuando me haya contestado.

—No puedo contestarle hasta que usted no me explique por qué me pregunta esa estupidez.

—No le parecerá una estupidez tan grande cuando le recuerde que yo tengo dos billetes de avión para Palma de Mallorca.

—¿Cómo? —le mira ella con dureza—. ¿Qué trata de insinuar?

—No es ninguna insinuación. Expongo de nuevo un hecho que ya expuse anteriormente: dispongo de dos billetes ya pagados con destino Palma de Mallorca que sería un crimen desaprovechar. Y como debido a los últimos acontecimientos sólo utilizaré uno de esos billetes, pongo el otro a disposición de usted.

—¿Se ha vuelto loco? —exclama ella, escandalizada—. ¿Cómo se atreve a proponerme ese disparate?

—Disparate sería haber hecho el gasto y no hacer el viaje —razona él—. Como se trata de un vuelo especial, si alguno de los billetes no se utiliza, no me devolverán el dinero.

—No insista, haga el favor.

—¿Por qué no voy a insistir, si mi proposición es perfectamente razonable? Sería estúpido que usted tuviera que quedarse aquí plantada por faltarle un billete, cuando a mí me sobra uno.

—No es sólo por el billete, como comprenderá.

—Tampoco tiene que preocuparse por el hotel en Mallorca, porque también lo tengo reservado y pagado.

—No estará hablando en serio, ¿verdad?

—¿Por qué no? ¿Cree que tengo ganas de bromear después de lo que nos ha ocurrido?

—No parece lógico.

—¡Claro que no! Trato sencillamente de salvar lo que todavía puede salvarse de esta catástrofe. Y si al menos salváramos el puente...

—¿Pero de verdad se imagina que voy a aceptar su invitación? —se indigna ella—. ¿Qué clase de mujer cree que soy?

—Una mujer abandonada, libre por lo tanto desde que el guarro de su marido la abandonó. Una mujer que puede hacer lo que se le antoje, porque no tiene que dar cuentas a nadie de sus actos. ¿Es verdad o no?

—Sí, claro. Pero de eso a irme de viaje con un desconocido...

—Ni soy un desconocido, ni usted tiene que viajar conmigo. Yo le doy el billete y las señas del hotel, y usted puede ir por su lado. Permítame que, bastante ofendido, le haga la misma pregunta que usted me hizo a mí: ¿qué clase de hombre cree que soy?

—Perdóneme... —empieza a excusarse ella un poco avergonzada, pero él la interrumpe:

—Sepa usted que soy un caballero que trata de ayudarla porque comprende su dolor. ¿Cómo no voy a comprenderlo si acabo de sufrir uno igual al mismo tiempo que usted? Quizá por eso mismo, si lo piensa bien, llegará a la misma conclusión que yo: que no vale la pena sacrificarse por guarros que no se lo merecen. Aquí le dejo el billete —añade sacándolo de un bolsillo—, y voy a apuntarle el nombre del hotel...

—No se moleste en apuntarlo —le corta ella.

—Pero si decide ir cuando lo haya pensado...

—Acabo de pensarlo y me parece que tiene usted razón. Ellos, en efecto, son unos guarros. Y si usted es tan caballero como dice...

—Lo soy, señora. La duda ofende.

—Si me quedo aquí llorando mientras se va todo el mundo, la única perjudicada seré yo. De manera que guárdese el billete.

—Pero —se desconcierta él—, ¿en qué quedamos?

—Quedamos en que voy a buscar mi maleta —contesta ella levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Si vamos a coger el mismo avión, no tiene sentido que vayamos al aeropuerto cada uno por nuestro lado.

¡Pobre sultán!

—CÁLMATE, ABDULITO —le dice con voz atiplada y acariciadora, mientras sus manos expertas y sus labios sensuales le cosquillean el tórax velludo. Y lo que sin ser el tórax es velludo también.

El diminutivo castellano no le pega y se despega del nombre árabe, pero dicho por la voz de terciopelo suena tremendamente exótico y excitante.

—Es que ya no puedo más —estalla el sultán, y se diría que todo el vello se le ha erizado de rabia—. ¡Son tantos los problemas que me plantean mis esposas! Cuando no es una la descontenta, es otra. ¡Resulta tan difícil contentar a treinta señoras!

—Pero un sultán con tantas riquezas como tú, amor mío, no puede tener ni una menos.

—Lo sé —suspira Abdul—, y por eso las aguanto. Aunque sólo tú me haces feliz, y gozo únicamente en estos ratos que paso contigo a escondidas.

—También gozo yo, mi sultán —murmura la voz acariciadora.

—Fuera de estos breves encuentros, mis días son verdaderos infiernos. ¡Y no digamos mis noches, asediado por esas treinta fieras cuyos apetitos debo aplacar! Maldigo mi riqueza, que me obliga a sostener un nivel de vida matrimonial tan alto y agotador.

—La culpa es tuya, capullito mío, por haber permitido las prospecciones petrolíferas en el sultanato.

—Tienes razón. Pero ¿quién podía sospechar que unas tierras desérticas tan pobres iban a convertirse en campos petrolíferos tan ricos? Antes de que el petróleo inundara mis arcas de petrodólares, cuando vivíamos de la leche y el queso que producían unas cuantas cabras que pastaban poco y mal en nuestro desierto, sólo podía sostener un par de esposas. El presupuesto nacional no alcanzaba para más. Pero al descubrirse que el sultanato flota materialmente en un mar de oro negro, el sultán no puede hacer economías. Tengo que dar esplendor a mi cargo derrochando mi inagotable fortuna. Y

puesto que no hay medio mejor para derrochar que una mujer, mi pueblo considera que dada la magnitud de mis ingresos debo tener al menos treinta. ¿Te das cuenta de mi tragedia, corazón mío? ¡Treinta esposas para un hombre que sólo te ama a ti! ¿No es espantoso?

—Lo es, en efecto, pero cálmate ahora y disfrutemos de nuestro amor. Relájate, Abdulito... Relájate, puñeta...

Y el sultán se va relajando bajo las caricias de Mohamed, un bellissimo efebo con ojos tan dulces como dátiles y nalgas tan suaves como melocotones. Y nadie sospecha en el sultanato lo bien que se lo pasan estos dos mariconazos.

OceanofPDF.com

El otro huevo de Colón

QUE EL DESCUBRIDOR TENIA DOS, a nadie le cupo nunca la menor duda. Pero la Historia sólo nos cuenta el asombroso y sencillísimo invento que don Cristóbal hizo con un solo huevo. Ponerlo de pie fue un prodigio de ingenio e inventiva. Y más prodigiosa aún resultó su demostración porque, pese a su extremada simpleza, ni a los más sabios de su época se les había ocurrido.

Dándole vueltas a este primer huevo y buscando el segundo, he pasado gran parte de mi vida. Porque en la Humanidad todo existe por parejas. Si hay un macho, tiene que haber una hembra. Si hubo un huevo de Colón, tenía que haber otro.

Y no me equivoqué: lo había. Y acabo de encontrarlo.

Se trata de un invento igualmente sensacional, con características idénticas: es ingenioso, de una sencillez apabullante, y dejará boquiabiertos a los economistas más sofisticados del mundo entero. También ellos, cuando lo conozcan, se preguntarán perplejos:

—¿Cómo no se nos ocurrió a nosotros?

Porque este invento revolucionario de la economía mundial, estaba desde siempre delante de todas las narices.

Parece increíble que siendo tan visible, tan resplandeciente, tan elemental, nadie tropezara con él. Como al fin he tropezado yo, despejando una incógnita importante del saber humano.

Gracias a mí, Colón tendrá desde ahora los dos huevos que le corresponden a todo hombre equilibrado. Si el primero asombró a la Humanidad, el segundo la asombrará también. Y además la ayudará a resolver su problema más grave: la vivienda.

El segundo huevo de Colón consiste, sencillamente, en fabricar los ladrillos dos veces más grandes que los actuales. Porque si los ladrillos tienen un tamaño doble, el tiempo empleado en levantar una casa será la mitad. Tan asombroso como simple. He aquí algunos ejemplos prácticos:

Un obrero que levanta al día dos metros de muro, con estos ladrillos de tamaño duplicado levantará cuatro. Y los presupuestos de la construcción, en el capítulo de jornales, se abaratarán automáticamente en un cincuenta por ciento. De manera que con los mismos millones que hoy se gastan en construir una sola casa podrán construirse dos.

Elevando este razonamiento a nivel nacional, bastará la mitad de la inversión calculada actualmente para resolver el problema de la vivienda. Y la lógica consecuencia de este abaratamiento será la reducción de los alquileres en un cincuenta por ciento.

¿Quién puede afirmar que mi invento del superladrillo, cuyas fabulosas repercusiones en la economía del país saltan a la vista, no es el segundo huevo de Colón?

OceanofPDF.com

Sin ruido y con luz

—¿PASA CONTIGO, TÍO? —dice ella por fin, rompiendo un largo y profundo silencio.

Y él, que ya estaba bostezando, aprovecha la apertura total de su boca para responder con una palabra que encaja perfectamente en mitad de un bostezo:

—¡Nada!

Pero es mentira. Sí ha pasado algo y muy triste por cierto. Acaba de pasar allí mismo, a la luz del sol, en ese banco del parque solitario y silencioso.

Una ilusión se ha roto dentro de él y los trocitos que siempre quedan después de una rotura, le pinchan un poco el alma. Porque él estaba enamorado de ella.

Se enamoró hace quince noches, en Gili's. Es la discoteca más *in*, aunque nadie sabe cuánto tiempo le durará el ramalazo de popularidad. Las modas pasan pronto entre la juventud pero, mientras duran, las empresas de esos locales se forran. Y más aún si tienen el aforo de Gili's, donde caben bien quinientas parejas; pero mal, o sea apretadas como debe ser para que haya ambiente, más de mil.

En Gili's, además de apreturas, hay todo el estrépito musical y toda la inquietante penumbra que hoy necesitan los lugares de juvenil esparcimiento. Potentes altavoces amplían las grabaciones de música ultramoderna, garantizando que no queda en el amplio local ni un solo rincón a salvo de la inundación decibélica.

También la luz se ha repartido sabiamente en dosis mínimas, parpadeantes, con coloridos e intensidades cambiantes, para reforzar el mareo que se encarga de producir el sonido ensordecedor.

Ella estaba allí, inmersa en aquella atmósfera excitante, vibrando con la trepidación del ritmo y el parpadeo de las luces. Tenía un cigarrillo en una

mano y una copa en la otra, pero sus pies estaban libres para bailar. Y él había aprovechado esa circunstancia para acercarse y proponer:

—¿Bailamos?

Ella hizo un gesto interrogativo para darle a entender que con el fragor de los altavoces no le había oído, y él tuvo que repetir a grito pelado:

—¡Que si quieres que bailemos!

Ella le hizo otro gesto para indicarle que bueno, que aceptaba, dejó la copa y el cigarrillo en cualquier parte para dirigirse a la pista en la que ya no cabía un alfiler.

Un brusco cambio de la música a un ritmo más rápido y trepidante, redujo a la mitad el número de bailarines y pudieron bailar. O sea que pudieron ponerse frente a frente en un pedazo de la pista y empezar a dar saltos cada cual por su lado, sin tocarse, con movimientos parecidos a los de dos boxeadores rivales que se observan antes de empezar a golpearse.

En esta forma de bailar, lo mismo que en el pugilismo, es fundamental el juego de piernas y también el de cintura. Sólo con preparación a fondo y largo entrenamiento se puede hacer un buen papel en el cuadrilátero donde pelea un centenar de parejas.

Por fortuna él estaba bien preparado y resistió sin desfallecer varios asaltos de tres minutos, que es lo que suele durar cada pieza musical. Y pudo contemplar a su oponente, que estaba imponente, y que tampoco era manca en el violento deporte de la danza. Alta, con una figura espléndida que amenazaba con saltar los botones de la blusa ceñida y las costuras de los vaqueros ajustadísimos, más que un tipo de mujer era un prototipo. Imposible encontrar repetida una chica como aquélla, con tantas perfecciones acumuladas encima de su esqueleto. Irrepetible también la gracia de sus brincos, de sus quiebro de cintura, de su rítmico braceo.

Terminado el combate, cuando ambos volvieron jadeantes a su rincón, él ya estaba enamorado de ella. Las luces psicodélicas, cambiantes e intermitentes, producían el efecto de una droga en los sentidos ya atontados por el ruido. Sólo pudieron intercambiar unas cuantas palabras, porque allí era imposible mantener un diálogo ligado y a una cadencia normal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él a gritos, mientras bebían en la semioscuridad de unos vasos cogidos al azar en la mesa que les pillaba más

cerca.

—¡Cris! —contestó ella, gritando también—. ¿Y tú?

—¡Luis! —abrevió él para facilitar el entendimiento, ya que en realidad se llamaba Luis Felipe y en lugares menos estrepitosos se le conocía por este nombre compuesto.

Aquella noche no pudieron decirse nada más, porque el «pinchadiscos» había programado unos ritmos brasileiros enloquecedores, reforzados con pitos y carracas, que hacían inaudibles las voces humanas más estentóreas.

Pero Luis volvió todas las noches a Gili's para ver a Cris. Para verla es un decir, naturalmente, puesto que allí se ve poco y no se habla casi nada. Pero a él le bastaba con lo poco que veía y hablaba para incrementar el amor que sentía por ella.

Bailaron algunas veces, sin más contacto que alguna mirada o alguna sonrisa, tomaron algunas copas e intercambiaron algunos gritos cordiales:

—¡Hola, Cris!

—¡Hola, Luis!

—¡Chao, Cris!

—¡Chao, Luis!

Y así, con despegó y sin cursilerías, más por intuición que por conversación, ambos fueron congeniando. Luis ocultaba sus sentimientos, ya que no es moderno exteriorizar blandenguerías amorosas, pero procuraba bailar con Cris más tiempo que nadie. Y ella, al verle bañado en sudor, congestionado y jadeante, zarandeado por las notas de las sambas locas, tenía que comprender que esos sacrificios se hacen por algo más que por el simple deporte de brincar.

También a los ojos de él, además de la fatiga, debía de asomar algo de la admiración que sentía por la guapísima muchacha. Eso explicaría que ella aceptara una cita con él fuera de Gili's, cuando sólo llevaban saludándose y bailando un par de semanas.

—¿Te va bien a las cinco? —propuso Luis.

—Vale —aceptó Cris—. ¿Pero dónde se puede ir a las cinco de la tarde?

—Podríamos ir al parque.

—¡Genial! —se entusiasmó ella—. Debes de tener una imaginación fabulosa para que se te ocurran ideas tan exóticas.

No había ni pizca de cachondeo en este comentario, sino entusiasmo sincero. Otro encanto más que él pudo añadir a los muchos de aquella mujer encantadora: la ingenuidad.

—¿Y el parque dónde está? Porque yo no he vuelto al parque desde que era niña.

Y él se lo explicó.

Inútil describir la nerviosa impaciencia del enamorado en las horas que precedieron a la cita. Serviría la descripción hecha por Shakespeare de las angustias pasadas por Romeo antes de su primera entrevista con Julieta, pues esas cosas siguen siendo las mismas y no han variado con los siglos.

Sólo hubo una diferencia entre el personaje clásico y el actual: que Luis Felipe se acostó con el reloj puesto para ir descontando las horas de insomnio que le quedaban hasta ver a su amada, y Romeo no pudo hacer lo mismo porque los relojes de pulsera no se habían inventado aún. Fuera de este detalle accesorio, puede asegurarse que ambos impacientes sufrieron con la misma intensidad.

—No mientas —insiste ella, después de la negativa de él—. Algo pasa contigo, tío.

—Te aseguro que no —insiste él también aunque con menos brío, sin verdadero ánimo de ocultar que está mintiendo.

Porque lo que pasó ya no tiene remedio. Pasó a las cinco, cuando ella llegó a la cita que él esperaba con infinita impaciencia.

Pasó para empezar que Cris resultó ser no un apócope de Cristina, sino de Crispula.

Y continuó pasando que Crispula, a la cruda luz del sol, no era ni la mitad de guapa que bajo las oscilantes y sugerentes penumbras de la discoteca. Tenía el cutis feo, poroso y granujiento, aunque ella trataba de ocultarlo bajo un maquillaje que alcanzaba en las zonas más calamitosas de su epidermis el grosor de una mascarilla.

Y pasó por último la más irremediable de todas las catástrofes: que al poder hablar libre y largamente, sin impedimentos de músicas atronadoras y ritmos sofocantes, ella no tenía nada que decir. En una conversación normal, se descubría inmediatamente que era completamente imbécil.

Pero no hay mal que por bien no venga, y de esta dolorosa decepción extrajo él una fructífera conclusión:

El ruido y la penumbra son trucos que emplea cierta juventud para esconder su vacío físico y mental. El mundo moderno está plagado de Crispulas engañosas, incapaces de salvar airoosamente estas pruebas decisivas: el silencio que permite hablar, y la luz que permite ver.

OceanofPDF.com

Un paquete para Adriana

EL DÍA ES TAN GRIS como lo fueron casi todos los anteriores, y como lo serán la mayoría de los venideros.

Son demasiados los impedimentos que le han puesto al sol para llegar hasta ese pueblo: demasiada humedad que se transforma en nieblas, en brumas, en nubes; demasiadas montañas a su alrededor; demasiados bosques espesos, de árboles altos con las copas frondosas y apretadas, enredadas unas con otras.

Es natural que el sol, ante tantos obstáculos, baje muy de tarde en tarde hasta el fondo del valle, húmedo y verdísimo, en el que se agazapa el pueblo.

El pueblo no muy grande pero sí muy rico, como todos los del Norte, porque los climas con más tristeza son también los de mayor riqueza. Compensación otorgada por la Naturaleza, que de algún modo tiene que demostrar lo sabia que es.

Para todos los habitantes de este pueblo, con una sola excepción, el día es tan gris como casi todos los del calendario. La excepción es la señorita Adriana, para la cual este día tiene una luz más intensa y alegre: hoy, muy temprano, el cartero la dejó en el buzón de su casa un papelito que ella esperaba con impaciencia.

Puede extrañar que un simple papelito haya alegrado tanto a la señorita Adriana, pero hay que tener en cuenta que en su vida no abundan las alegrías.

La señorita Adriana vive sola en un pequeño piso de una calle que, a pesar de ser la Mayor, no es tampoco muy ancha ni muy larga. Y hay pocas tristezas comparables a la de vivir con estrechez en una calle estrecha de un pueblo triste.

Añádase a esto que la señorita Adriana es una solterona típica, y al llamarla típica quiero decir que reúne todas las características de este personaje tan conocido en el mundo de la literatura y del espectáculo. Con

lo cual le ahorro al lector una descripción larga y deprimente. Porque ya se sabe que las características de las solteronas típicas son risibles por un lado, pero dramáticas en el fondo.

Imagine el lector, piadosamente, un puñado de fealdades colgado en las perchas óseas de un esqueleto cuarentón, y tendrá una idea bastante exacta del aspecto físico de la señorita Adriana. Cubra después, piadosamente también, este poco atractivo conjunto anatómico con ropas anticuadas y un poco ridículas.

Y cuando termine de componer al personaje, no hará falta explicarle al lector los motivos de que la vida de la señorita Adriana no sea precisamente una perpetua juerga.

Comprenderá también que un simple papelito pueda ser como un rayo de sol en sus tinieblas, pues ese papelito es portador de una buena noticia: en él, Correos anuncia a la señorita que puede pasar por la estafeta central a recoger un envío consignado a su nombre, ya que debido al peso del envío no se entrega a domicilio.

Y el corazón de Adriana se ha puesto a latir con más rapidez. Tan contenta está, que se come con más apetito las torrijas y los torreznos que constituyen su desayuno.

Puede decirse que su alegría interior la embellece dentro de lo que cabe, aunque por desgracia quepa poco. Pero es evidente que sus ojillos de rata parecen más grandes al brillar con el fuego del júbilo, e incluso su boca deja de parecer la hendidura que queda en una sandía cuando se le saca una raja.

La señorita, feliz y nerviosa, se acicala después de desayunarse para salir a la calle. Y así como los hombres cantan en el cuarto de baño mientras se afeitan la barba, ella canta también mientras se depila la barbilla. Y se baña después, sin parar de cantar, en el abrevadero para caballerías que habilitó como bañera por carecer su casa de servicios sanitarios. Y se enjabona voluptuosamente con una pastilla de «Donkey-milk» («Leche-de-burra»), el jabón perfumado y suavizador del pellejo que usan las estrellas de «Jóligu», según dice la tele.

Se viste después con sus prendas más finas, también algo estrafalarias como todo su guardarropa «demodé». Y no se pone un sombrero por no

provocar un escándalo en la vía pública, porque ganas no le faltan ni sombreros tampoco.

Sí se pone en cambio una sombrilla que por el calor y la forma parece al abrirse la mitad de una naranja con sus gajos y todo; y que como sombrilla no tendría justificación pues allí el sol sólo brilla por su ausencia, pero que como paraguas sí la tiene, puesto que allí suele llover un día sí y otro también.

Acicalada de este modo, protegida por la bovedilla anaranjada del «sirimiri» que cae sin cesar desde hace un par de meses, la señorita Adriana mete en su bolso el aviso de Correos y sale a la calle.

—Buenos días, doña Tecla. Buenos días, don Pascasio. Buenos días, doña Florentina —va saludando a toda la gente con la que se cruza, pues está contenta y se siente comunicativa.

—Buenos días, señorita Adriana —corresponde todo el pueblo a su saludo, desde la tendera al arriero, desde el guardia al tractorista, porque la señorita es una figura popular.

Ya se sabe que en la baraja de cada pueblo hay figuras populares que dan el llamado «sabor local»: el viejo párroco con sotana y teja, el médico y el veterinario que pueden intercambiarse las clientelas respectivas en caso de ausencia o de emergencia, el tonto oficial, el sargento de la Guardia Civil, la solterona estrambótica....

Insípidos resultarían los pueblos sin estos tropezones de popularidad que dan sabor a los sosísimos caldos de las comunidades rurales. Y tan importantes son estas figuras, que sólo por ellas son conocidos algunos pueblos: allí están como ejemplos, sin ir más lejos, el bobo de Coria y los siete niños de Écija. ¿Quién sabe si al pueblo de la señorita no se le conocerá algún día gracias a ella?

De saludo en saludo Adriana llega a la estafeta, que es un localillo sórdido como casi todos los despachos oficiales. Sus diversas ventanillas («Giros», «Paquetes postales», «Correspondencia certificada», etcétera) son atendidas por un solo empleado que se mueve con celeridad de una ventanilla a otra, y que al llegar la señorita corre a asomarse por la de «Paquetes» para atenderla.

—Buenos días, señorita Adriana.

—Buenos días, don Damián —responde ella—. Me imagino que ya sabe a lo que vengo.

—Pues sí, puesto que yo mismo rellené el aviso que le llevó el cartero. Además esta sección de paquetería postal tiene tan poco movimiento que no es difícil recordar los nombres de los destinatarios. Su paquete es el único que se ha recibido esta semana. Un hermoso paquete. No sólo por su tamaño, sino por lo bien hecho que está.

—Tiene que estarlo para viajar desde tan lejos sin que su contenido se deteriore.

—Desde luego —le da la razón el empleado, que añade sin poder disimular su curiosidad—. Porque debe de contener algo frágil, a juzgar por lo poco que pesa.

Pero la señorita defrauda al curioso porque no suelta prenda. Se limita a entregarle el papel del aviso que ha sacado del bolso mientras pregunta:

—¿Puedo llevármelo?

—Por supuesto. Ahora mismo se lo doy.

Y el empleado desaparece de la ventanilla, para volver poco después cargado con un paquete efectivamente hermoso. Su forma es aplanada, aunque la Naturaleza nunca fue capaz de producir un pepino tan enorme. Más que un pepino, parece un pepinazo. Está envuelto en papel plastificado brillante y amarillo, atado y bien atado con muchos metros de cordel azul.

En la etiqueta del paquetón, rodeada de sellos con la efigie de un rey perteneciente a una remota dinastía, figura el nombre completo de la señorita Adriana y el de la firma del envío. Pero la firma, extranjera, está escrita en una lengua endiablada que el empleado no puede descifrar. Es una de esas lenguas llenas de «kas» y «haches» intercaladas, formando triptongos impronunciables para una laringe latina, con puntitos, circulillos y otras raspaduras ortográficas coronando casi todas las letras.

Imposible por lo tanto deducir a través de la firma el contenido del voluminoso paquete, que la señorita recoge y se lleva debajo del brazo con suma facilidad. Porque, como ya observó el empleado fisgón, el paquete es ligero a pesar de su considerable volumen.

Si poco tardó la señorita en ir desde su casa a la estafeta, tarda menos aún en volver de la estafeta a su casa. Se nota que tiene verdadera prisa por

llegar, pues aparte de que sus pasos son más rápidos sólo contesta con un gruñido a los saludos de la gente con la que se cruza:

—Buenos días, señorita Adriana.

—¡Mmmmm!...

Llega por fin a su casa, jadeando menos por el cansancio del paseo que por la emoción del paquete. Y se encierra antes de desempaquetarlo con siete llaves y otros tantos cerrojos que protegen su puerta.

Procede después a deshacer los nudos del cordel azul empleado en el empaquetamiento, pues da pena desperdiciar cortándolo a tijeretazos un cordel tan bueno.

Un nudito, otro más...

Poco a poco, a medida que el cordel se va soltando, el contenido del paquete se va expandiendo y esponjando. Algún nudo más apretado enerva a la señorita, que ansía terminar cuanto antes. De buena gana cogería una tijera; pero también tienen su encanto estos pequeños obstáculos que, al demorar la llegada del placer final, hacen que cuando llega resulte más intenso.

Cae por fin la última vuelta de cordel, y el contenido se esponja más aún al verse libre de ataduras.

Ya sólo queda quitar el papel brillante y amarillo, con los sellos multicolores que reproducen el perfil de un rey exótico y barbudo. Y las manos de la señorita Adriana tiemblan un poco cuando empiezan a quitarlo. Y sus dedos se estremecen cuando, quitado el papel, tocan el contenido. Porque al tacto se asemeja a la piel humana, y por su color también.

Libre de ataduras y envoltorios, Adriana lo despliega con emoción y rubor. Es exactamente el encargo que hizo: un muñeco hinchable de tamaño natural, fabricado en Dinamarca. Un muñeco hinchable guapísimo, con todos los encantos de los hombres más guapos del mundo: los ojos de Paul Newman, la boca de Robert Redford, la melena de «Sandokán»... Y algo hermoso también, común a todos ellos, con válvula hinchable independiente para darle grosor y longitud a gusto de la consumidora.

Era injusto que habiendo muñecas hinchables para caballeros solitarios, no hubiera muñecos del mismo tipo para solteronas y feas en general. Era

lógico también que la industria danesa, tan avispada y cachonda, llenara el vacío de todas las Adrianas del mundo.

A nadie le puede extrañar que los fabricantes de este «superguapo» hinchable se estén hinchando.

OceanofPDF.com

El G.U.R.I.P.A.

CUANDO TUVE ESA IDEA GENIAL, creí ver como un resplandor vivísimo que me cegaba. Algo así deben sentir todos los genios al surgir dentro de ellos el gran hallazgo que les hará pasar a la inmortalidad.

Por algo a los personajes de las historietas infantiles, cuando tienen una ocurrencia brillante, les brota encima de la cabeza un bombillón encendido. Y si la luz que yo vi fue cegadora se debió a que mi idea, además de genial, era salvadora.

Porque estaba atravesando una etapa crítica de mi ya larga vida. Todo el mundo conoce mi espectacular carrera política. Puede decirse que más que una carrera fue un paseo, por la facilidad con la que ascendí a los más altos cargos del país.

Supe ser lo bastante dúctil y astuto para convertirme en un «hombre-comodín», que podía encajar en cualquier jugada o combinación de la baraja gubernamental.

A mi ductilidad y astucia añadí una tercera virtud: cierto impudor para aceptar lo que me echaran, pues bastante impúdico hay que ser para ocupar puestos desconociendo por completo las materias que en ellos se manejan. Y gracias a estas excepcionales condiciones políticas, siempre hubo un sillón importante para mis acomodaticias posaderas.

Logré así labrarme una posición sólida y privilegiada en el régimen anterior, pero mi carrera se detuvo al variar las circunstancias. El giro hacia la democracia hizo que no se contara conmigo en ninguna de las renovaciones ministeriales que se produjeron, pues se barajaron nombres nuevos. Y los viejos comodines como yo quedaron descartados.

Gracias a que yo giré haciendo declaraciones tan oportunas como oportunistas, conseguí mantener mis posiciones en los negocios privados, que había montado anteriormente con el apoyo de mis cargos públicos. Pero era evidente que, al debilitarse mi posición política, peligraba mi imagen personal a todos los niveles.

Resultaba probable que, a la larga, no bastaran mis loas a la evolución para sostenerme en las posiciones que había conquistado, y que poco a poco empezaran a desalojarme de todas ellas. Porque si bien es cierto que al evolucionar el país nadie se metió conmigo, también es verdad que dejó de hablarse de mí. Y al perder popularidad quedé fuera de las nuevas corrientes, como al paio queda un velero que ya no recibe viento en sus velas.

Fue precisamente entonces, en aquella etapa de soledad y olvido, cuando tuve esa idea fabulosa que me sacaría de tan deprimente situación. Ya dije que fue como un fogonazo abrasador, que hizo arder de golpe todas mis penas. Porque la idea era de tal magnitud, que resolvía todos mis problemas: un simple secuestro.

Así de fácil. Aclaro que mi idea no consistía en secuestrar yo a alguna personalidad, sino en ser yo la personalidad secuestrada. Varios actos de este tipo llevados a cabo por grupos terroristas de distintas tendencias, produjeron a sus víctimas beneficios incalculables: popularidad multitudinaria, apoyo oficial, resurrección política... Todo lo que una figura como yo, caída en el ostracismo, necesitaba con la máxima urgencia.

De manera que, partiendo de esa idea genial, empecé a planear mi fructífero secuestro. Tardé meses en planearlo, pues no hace falta decir que una operación tan compleja y delicada requiere un montaje tan preciso como el de la maquinaria de un reloj. Cualquier minúsculo detalle fuera de lugar, cualquier ruedecilla fuera de su sitio, y el conjunto no marcharía. Téngase en cuenta que, para evitar fallos en el funcionamiento de mi auto-secuestro, no podía contar con cómplices de ninguna clase. Un cómplice es un chivato en potencia, en unos casos por mala fe y en otros por negligencia. Y yo no debía correr el riesgo de un chivatazo. Por todo lo cual elaboré mi plan absolutamente solo, para poder realizarlo sin ayuda de nadie.

Durante semanas y semanas tuve que calcular itinerarios, medir tiempos y escoger escondite. Tuve que analizar riesgos, prever reacciones y unir hasta el más insignificante de todos los cabos sueltos.

Y por fin, concluida la laboriosa elaboración del plan, llegó el momento de empezar a ponerlo en práctica.

La puesta en marcha fue dirigirme un anónimo, que yo mismo redacté y confeccioné pegando letras recortadas de diversos periódicos, en el que decía:

Te adbertimos que tus horas de libertad están contadas.

G.U.R.I.P.A.

Puede observarse con cuánta minuciosidad estudié hasta los detalles más ínfimos del plan. Hasta la falta de ortografía en la «adbortencia» era una sutilísima astucia, pues tenía por objeto indicar que quienes me amenazaban no eran personas cultas, sino más bien gente tosca y bastante bruta.

Con idéntica intención utilicé el tuteo, ya que sólo gente sumamente baja osaría dirigirse con tan poco respeto a una personalidad tan alta como yo.

Astuto fui también al firmar con la sigla G.U.R.I.P.A., que tenía visos de autenticidad a pesar de ser fantástica. Porque teniendo en cuenta la proliferación de grupos extremistas y terroristas en todo el territorio nacional, esas letras podían significar muchas cosas. Entre otras, algo así:

Grupo Ultra Revolucionario Internacional Pro Amnistía.

O también algo así:

Guerrilleros Unidos Republicanos Independientes Partidarios Autonomía.

En el vasto y a veces indescifrable crucigrama de las agrupaciones ideológicas o politicoides, G.U.R.I.P.A. bien podía ser una sigla perfectamente verosímil. Otras mucho más enrevesadas lo son.

De manera que en cuanto recibí este anónimo que yo mismo me había enviado, me lo eché al bolsillo. Y en mi casa, cuando estaba presidiendo la mesa del almuerzo familiar como todos los días, me hice el distraído y el preocupado.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Rosalía, mi mujer.

—Nada, nada —contesté frunciendo el entrecejo, para dar a entender que algo me ocurría.

—Mientes, papá —dijo mi hija Ernestina—. Se te nota en la cara que algo te preocupa.

—Tiene que preocuparle la situación del país —opinó mi hijo Alfonso, sarcástico como siempre—, puesto que a él se la debemos.

—¿A quién debemos la situación del país? —quiso saber Rosalía, que es algo lenta de comprensión.

—A papá —explicó Alfonso—, y a todos los hombres como papá.

—No empieces a meterte con tu padre —le rogó Rosalía.

—Nunca me ha importado que se meta con mis ideas —dije procurando que se me notara una oculta preocupación—. En general soy partidario del contraste de pareceres. Pero hoy lo siento, hijo. No estoy de humor para discutir. Y si insistís en saber el motivo —me apresuré a añadir por si no insistían—, vais a saberlo ahora mismo.

Saqué el anónimo del bolsillo y lo puse encima de la mesa con un gesto moderadamente teatral. Luego, después de una breve pausa, declaré con voz bastante grave:

—He recibido esto.

—¿Qué es? —quiso saber toda mi familia.

—Sin duda una broma estúpida, que como os podéis imaginar no me ha hecho ni pizca de gracia. Es indignante que en momentos tan serios como estos que estamos viviendo, llenos de tensión y trascendencia histórica, haya imbéciles que se dedican a bromear con tan pésimo gusto. Mirad este papelote grosero.

—¿A ver? —lo cogió mi hijo y se puso a examinarlo con curiosidad.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Ernestina.

—¿Qué quieres que diga el anónimo de unos gamberros? —dije fingiendo una gran indignación—. Pues estupideces y amenazas sin pies ni cabeza.

—Léelo, Alfonso —dijo mi mujer.

—Papá tiene razón —opinó mi hijo, que ya lo había leído—: es una estupidez.

—Léelo de todos modos —ordené yo.

—«Te advertimos, con “b”, que tus horas de libertad están contadas» —leyó Alfonso con algo de pitorreo—. Y lo firma «G.U.R.I.P.A.»

—¡Cielo santo! —exclamó Rosalía—. ¡Qué espanto!

—No creo que haya ningún motivo para espantarse —hice yo alarde de sangre fría—. Me parece que es una gamberrada sin más trascendencia que su grosería.

—Puede ser —admitió mi hija Ernestina—. Pero, por si acaso, debes denunciarlo.

—¡Qué bobada! —rechazó Alfonso—. Salta a la vista que se trata de una broma.

—¿Por qué? —le pregunté, molesto por el desprecio que mi anónimo le inspiraba.

—Eso de G.U.R.I.P.A. —me contestó—, suena a cachondeo.

—Por un lado, sí —opiné con cautela, para insinuar después insidiosamente—. Pero hay siglas tan ridículas como éstas que dan nombre a organizaciones terroristas verdaderamente terroríficas.

—Pues en la duda —insistió Ernestina—, denúncialo. No perderás nada y ganarás tranquilidad.

—Tan tranquilo estoy —fanfarroneé—, que no pienso molestar a la policía por esta pequeñez.

—¿Te parece una pequeñez que te amenacen de muerte? —me replicó Rosalía, asustada.

—No exageres, mamá —dijo Alfonso.

—¿Acaso no dicen que las horas de tu padre están contadas? —insistió ella.

—No sus horas de vida —puntualizó mi hijo—, sino de libertad. Está claro por lo tanto que no le amenazan con la muerte, sino con la cárcel.

—¿Cómo con la cárcel? —protesté—. ¿De dónde sacas tú eso?

—Si te advierten que te queda poco tiempo de estar libre —razonó Alfonso—, será porque pensarán encarcelarte.

—¿Encarcelar a tu padre? —se escandalizó mi mujer—. ¿Por qué?

—¡Cualquiera sabe! —se encogió de hombros mi hijo—. Después de un régimen que duró tantos años, y en el que se cometieron tantas arbitrariedades...

—¡Oye, oye! —me ofendí—. ¿Qué tratas de insinuar?

—Trato de traducir el contenido del anónimo.

—Pues lo traduces pésimamente —opiné—. Está clarísimo que si el G.U.R.I.P.A. es un grupo terrorista, como parece ser lógico, no pretenderá privarme de la libertad metiéndome en la cárcel, sino secuestrándome.

—¿Secuestrarte a ti? —se extrañó mi hija—. ¿Para qué?

—Pues para lo que se secuestra a la gente, pareces tonta: para pedir un rescate. Por eso los secuestrados solemos ser personas ricas e importantes.

—Hablas como si estuvieras seguro de que te van a secuestrar —observó Rosalía.

—¡Qué bobada! —me apresuré a rechazar—. Hablo sólo del significado que puede tener el anónimo.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Alfonso.

—¡Como siempre! —me enfurecí—. ¡Tú nunca estás de acuerdo conmigo, ni aunque mi propia vida esté en peligro!

—¡Uy! —se pitorreó él—. ¡Cómo os gusta dramatizar a los franquistas!

—No dramatizo, sino analizo. Puesto que grupos con siglas parecidas ya secuestraron a varias personalidades, existe una remota posibilidad de que se trate de un caso análogo. Tan remota, que a mí ni me asusta ni me preocupa. Prueba de ello es que podéis tirar ese anónimo a la basura. Y ahora, hablemos de otra cosa.

Cambié de conversación astutamente, pero el texto del anónimo quedó grabado en los cerebros de toda mi familia. Con lo cual el objetivo de esta primera maniobra quedaba cubierto, pues yo sólo pretendía lo que conseguí: justificar mi desaparición posterior con esta amenaza. Cuando siguiendo mi plan yo desapareciese, mis familiares pensarían automáticamente que me había secuestrado el grupo G.U.R.I.P.A.

Unos días después de la escena que acabo de contar, cuando tomábamos café en el salón después de comer, me acerqué a la ventana y estuve un rato mirando hacia la calle. Era el segundo escalón de mi plan. Pasado un rato de observación, logré mi propósito:

—¿Qué pasa? —me preguntó Rosalía, extrañada.

—Nada, nada —dije alejándome de la ventana—. Acaba de marcharse.

—¿Quién? —dijo Alfonso, levantando la vista de su taza de café.

—Un tipo con sombrero y gabardina —dije encogiéndome de hombros — que me sigue a todas partes.

—¿Desde cuándo? —quiso saber mi hija.

—¡Qué sé yo! —volví a encogerme de hombros—. Desde hace unos días. Poco más o menos, desde que recibí aquel anónimo imbécil.

—¡Dios mío! —exclamó mi mujer, asustada como yo esperaba—. ¡Será algún «gusarapo»!

—¿Algún qué? —enarcó las cejas mi hijo.

—Alguno del grupo que firmaba el anónimo.

—No lo firmaba el «Gusarapo» —corregí a mi mujer—, sino el «Guripa». Pero no debéis preocuparos, porque yo no le he dado ninguna importancia.

—Y has hecho bien en no dársela —dijo Alfonso—, porque el que te sigue debe de ser un chalado.

—¿Tú qué sabes? —gruñí, molesto por la tendencia de mi puñetero hijo a chafarme el plan.

—¿No has dicho que el tipo lleva sombrero y gabardina?

—Sí.

—Pues tiene que estar como una chota para ir así por la calle, con el sol y el calor que está haciendo estos días.

—Los «malos» van siempre con gabardina y sombrero —le recordó su madre—. Estamos hartos de verlos en las películas.

—Deberías denunciarlo, papá —opinó Ernestina—. Si de veras crees que alguien te sigue...

—No lo creo, guapa: estoy seguro —afirmé enfadado—. Porque no pensaréis que sufro de manía persecutoria.

—No, claro que no —se apresuró a negar mi hija—. Aunque ahora hay mucha gente que sufre de eso. Como están las cosas tan revueltas...

—No se hable más del asunto —corté—. Ni yo doy importancia a esa posible persecución, ni volveré a hablar de ese tema. Conste que si lo comenté con vosotros, fue a título puramente anecdótico. Nada más.

Con la noticia de este imaginario seguidor, reforcé la inquietud que había suscitado anteriormente con el anónimo. Comprendo que me excedí al vestirle con gabardina y sombrero, pues dado el calor que hacía puse en peligro la credibilidad de mi cuento. Pero pese a este fallo, el fantástico seguidor me sirvió para seguir echando leña al fuego de mi posible

secuestro. Y como había calculado que esta leña bastaba para el precalentamiento psicológico familiar, me dispuse a poner en práctica el cogollo del plan:

El jueves 24 de junio salí de mi casa a las diez de la mañana, advirtiéndole a mi familia que iba a tener un día muy ocupado.

—A las once, Consejo de Administración en la Compañía Aceitera del Sur. A las doce y media, reunión con el grupo inversor alemán en el Hotel Fritz. A las dos menos cuarto, visita al subsecretario de Comercio. Y a las tres, almuerzo con miembros del partido «Limeparedesindes» (Liga Medieval Para Reforma Democrática Sin Desmadre).

—Puedes decir —se cachondeó mi hijo— que tienes lo que ahora se llama «una apretada agenda de trabajo».

—En efecto —suspiré, soslayando el pitorreo—. Porque en cuanto termine el Consejo de Administración en la Compañía Aceitera del Sur, que empezará a las once, tendré que ir al Hotel Fritz con el grupo inversor alemán...

Y volví a enumerar todas mis citas de aquel día para que la familia no las olvidara, y para que al no acudir a ninguna de ellas no le cupiera duda a ninguno de mis familiares de que algo me había sucedido. Se recordaría entonces el anónimo y el tipo de la gabardina, y estallaría el gran escándalo que yo buscaba: el de mi secuestro.

Eran las diez en punto cuando salí de mi casa y monté en mi coche particular. Hace tiempo que no dispongo de coche oficial con chófer, circunstancia que siempre me ha deprimido pero que en aquella ocasión favoreció mi plan. Puesto que yo mismo conduzco mi propio coche, no tuve que dar explicaciones a nadie para conducirlo en dirección opuesta a la sede de la Compañía Aceitera, en cuya reunión del Consejo se me esperaba.

Conduje hasta las afueras, hasta esos barrios de casitas bajas y pobres que están a caballo entre la ciudad y el campo.

Me metí después por sus calles sin asfaltar, en las que crecen hierbas y hierbajos como anticipo del campo tan próximo, y en las que picotean algunas gallinas criadas por un vecindario que no es del todo ciudadano ni tampoco campesino.

En una de esas calles, en la más apartada y solitaria, detuve el coche.

Antes de abandonarlo, me puse todos los elementos de un disfraz perfecto que había preparado previamente como todos los detalles de la operación: una peluca de cabellos largos y canosos, unas gafas de gruesa montura y un frondoso bigote.

Imposible reconocermé con estos aditamentos, que me coloqué en pocos instantes ante el espejo retrovisor. Imposible adivinar que aquel hombre melenudo, gafudo y bigotudo era yo.

Abandoné mi coche en aquel lugar desierto, dejando abiertas ostensiblemente sus cuatro portezuelas. Pensé que de este modo parecía más abandonado aún y que llamaría la atención del primer transeúnte que pasara por allí.

Hecho esto, caminando tranquilamente como cualquier jubilado ocioso, me dirigí hacia zonas más pobladas de aquel barrio periférico.

Media hora tardé en llegar a una estación del metro, por cuya boca me introduje mezclado con el personal modesto y heterogéneo que utiliza este medio de transporte.

En uno de estos curiosísimos trenes subterráneos, que yo no había utilizado jamás, atravesé la ciudad de parte a parte. Me pareció mentira que nadie muriese asfixiado en el largo trayecto dentro de aquel vagón traqueteante y maloliente, pero comprendí que mientras haya metro habrá odio de clases: es lógico que las clases altas sean odiadas por esas clases que, de puro bajas, hasta tienen que moverse bajo tierra.

De acuerdo con mi plan, perfecto hasta en sus detalles más nimios como no me cansaré de repetir, salí a la superficie por la boca del metro que queda más próxima a la estación ferroviaria de la que parten los trenes de cercanías.

Amparado en mi disfraz y comportándome como un jubilado que dispone de todo su tiempo, tomé un billete de segunda clase para Andurrial del Monte. Este pintoresco pueblecito serrano es meta de excursionistas por la belleza de sus paisajes y la pureza de sus aguas serranas, en las que viven algunos peces que incluso pueden ser pescados. A él fingí dirigirme como uno más de sus numerosos visitantes.

Pero me bajé del tren antes de llegar a Andurrial del Monte, en la estación de Cascajo. Parecerá excesiva tanta precaución ya que nadie podía

reconocerme bajo mi disfraz, pero para estar a salvo de las investigaciones más meticulosas todas las precauciones son pocas.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegué a Cascajo, hora ideal para pasar inadvertido puesto que todos los habitantes del pequeño pueblo se hallaban durmiendo la siesta. Nadie me vio por lo tanto salir de la estación, remontar la llamada Cuesta de la Colina, y meterme en el chalé que lleva el nombre de «Villa Rosalía».

Adquirí este chalé hace muchos años, en mi época de esplendor y vacas gordas, y en él paso con mi familia una parte de mis vacaciones estivales. Sólo una parte, ya que mi posición y mi fortuna me obligaron en mis buenos tiempos a hacer acto de presencia en Marbella, en San Sebastián y en La Coruña. Pero ninguna de estas obligatorias escalas veraniegas me complacía tanto como la de Cascajo, lugar elegido por mí en el que descansaba verdaderamente, sin tener que trabajarle mi posición política y social tirando de levitas oficiales.

Debido a esta circunstancia doté a «Villa Rosalía» de todas las comodidades que un sibarita puede apetecer, desde piscina y aire acondicionado hasta bodega y despensa provistas de todas las exquisiteces exigibles por el apetito más exigente.

Y al hacer el plan de mi falso secuestro, ¿qué escondite mejor y más seguro podía encontrar que ese chalé solitario en el corazón de la sierra? Por aplastantes razones de psicología elemental, a nadie se le ocurriría jamás buscar a un presunto secuestrado en una casa de su propiedad. De modo que aquella casa era el escondrijo perfecto, por disponer de las dos condiciones indispensables que la ocasión requería: impunidad y avituallamiento para el escondido.

Manteniendo cerradas puertas y ventanas, y evitando que ruidos, luces o humos delataran mi presencia, podía permanecer allí todo el tiempo que fuera necesario. Para seguir el curso de los acontecimientos que mi desaparición iba a provocar, disponía de un televisor y un aparato de radio.

Ya instalado en mi escondrijo y de acuerdo con el plan previsto, sólo tenía que esperar. El hecho de no acudir a ninguna de mis citas concertadas para ese día, unido al hallazgo de mi automóvil abandonado, serían indicios suficientes para pensar en un secuestro. Mi propia familia se encargaría de

transformar en certeza estos indicios, en cuanto mencionara a la policía el amenazante anónimo firmado por el G.U.R.I.P.A.

Hechas estas deducciones y por lo tanto plenamente seguro del éxito, me senté a esperar frente al televisor encendido y con la radio conectada.

Pasaron varias horas sin que nada alterase la monotonía pedestre de los programas: los mismos telefilmes, los mismos discos, las mismas inauguraciones de pequeñas cositas oficiales, los mismos anuncios de desodorantes, de sopas, de chorradas... Y empezó a asaltarme una vaga inquietud.

«¿Será posible que nadie me haya echado de menos? —me dije, deprimido—. ¿Tan poco importante soy ya que no se advierte mi ausencia en los Consejos de Administración ni en las reuniones de negocios? Me habría lucido si mi desaparición pasara inadvertida. Pero eso no puede ser. Mi familia al menos se dará cuenta de que falta. Mis hijos no, claro, porque viven su vida cada uno por su lado y apenas paran en casa. Pero Rosalía se alarmará si no aparezco a la hora de cenar y de dormir. Tengo que tener paciencia y seguir esperando.»

En la espera llegó la medianoche, sin que la radio ni la televisión me mencionaran en ninguno de sus boletines informativos. Bastante cabreado me preparé una cena ligera. Y aunque luego me acosté, no pude dormirme hasta bien entrada la madrugada.

Por fortuna, las cosas cambiaron desde el día siguiente. Ya en uno de los primeros noticiarios matinales, emitidos a las ocho, se dio cuenta del hallazgo de mi automóvil abandonado y mi desaparición.

Suspiré contento y aliviado, pues con esa noticia previa se había puesto en marcha un mecanismo publicitario gigantesco que ya nadie podría detener.

Pese a que en el país estaban ocurriendo muchas cosas en todos los campos y a todos los niveles, la misteriosa desaparición de un personaje como yo era materia noticiable de primera magnitud.

Mediado el día, tanto la radio como la televisión empezaron a admitir la posibilidad de que se tratara de un secuestro. Y en el telediario nocturno un locutor de esos que no pronuncian bien pero que llevan unas corbatas preciosas amplió la información con esta coletilla:

—Puestos al habla con la familia del desaparecido, nos ha comunicado que últimamente recibió algunas amenazas de un grupo clandestino todavía sin identificar...

La identificación del grupo apareció en la prensa de la mañana siguiente, con gran extrañeza de todos los periódicos que fueron incapaces de descifrar la sigla G.U.R.I.P.A. Algunos periodistas, haciéndose los listos, aventuraron hipótesis más o menos descabelladas. Unos suponían que se trataba de una agrupación terrorista de la extrema izquierda, y otros de un comando incontrolado de la extrema derecha.

Había conjeturas para todos los gustos, y una nota oficial que narraba los hechos con objetividad y confesaba no haber llegado todavía a ninguna conclusión.

Sonreí satisfecho en mi escondrijo, e incluso descorché una botella de champán para celebrar el éxito obtenido. Porque era evidente que la primera fase de mi plan había salido redonda y sin un solo fallo.

Dejé transcurrir unos cuantos días antes de iniciar la fase segunda, para explotar al máximo esta publicidad inicial. La incertidumbre producida por la falta de noticias desde mi desaparición mantuvo candente el interés de todos los medios informativos. Se fantaseaba sobre mi posible paradero, y era lógico que la fantasía hiciera las suposiciones más fantásticas.

Según la prensa derechista, mi secuestro era una maniobra moscovita para obstaculizar la pacífica reforma de las instituciones que deseaba el país.

«Con actos vandálicos como éste —escribía un comentarista cuyo seudónimo era “Plus Ultra”—, el terrorismo internacional pretende romper nuestra serenidad y empujarnos hacia una ruptura revolucionaria.»

«Si G.U.R.I.P.A. se autodenomina el comando secuestrador —rebatía un izquierdoso que se firmaba “Hermano Marx”—, está claro que se trata de un grupúsculo militaroides con organización pseudocastrense y neofascista...»

Y en medio de aquella polémica, en la que todos culpaban a alguien de un secuestro que nadie había cometido, mi figura de víctima inocente salía del olvido para colocarse en primerísimo plano de la actualidad nacional.

Para refrescar memorias que ya me habían olvidado, se publicaba con frecuencia mi biografía. Y dada mi situación de mártir, nadie se atrevía a criticar mi conducta en el pasado. Por respeto y compasión a mis posibles sufrimientos a manos de mis secuestradores, hablaban bien de mí hasta los enemigos políticos que siempre me habían atacado. Se me llamaba ecuánime, patriota, leal a mis convicciones, y otras bonitas vaguedades que sin ser demasiado entusiastas resultaban suficientemente elogiosas. Y no salió a relucir ni una sola vez cierto *affaire* de importación ligeramente fraudulenta, en la que malas lenguas me envolvieron cuando yo ocupaba el cargo más alto de mi carrera política. *Affaire* en el que a mí, dicho sea puesto que agua pasada no mueve molino, me quedaron unos cuantos milloncesos.

No cabía dudar que aquel «secuestro» iba a proporcionarme una resurrección en todas mis esferas de actividad, desde la política a la financiera, pues mi nombre estaba alcanzando cotas de popularidad difícilmente superables.

Cuando la incertidumbre por mi paradero llegó al paroxismo, consideré que había llegado el momento de romper el silencio. Un misterio demasiado largo acaba por aburrir a la gente, y con el aburrimiento se echa a perder la campaña publicitaria mejor montada. El fuego del interés hay que alimentarlo para que no se apague, y eso fue lo que hice yo:

Confeccioné un nuevo mensaje en el que el G.U.R.I.P.A. reivindicaba mi secuestro, y en el que después de asegurar que yo estaba vivito e incluso coleando, prometía:

«Pronto comunicaremos el rescate que pedimos por el secuestrado.»

Yo mismo dejé el mensaje en un urinario público de una calle céntrica, al que me trasladé desde mi escondite convenientemente disfrazado. Llamé después a la redacción de un diario desde una cabina telefónica, y expliqué alterando el tono de mi voz:

—Habla un miembro del G.U.R.I.P.A. Si quieren tener noticias del secuestrado, vayan al urinario de la calle de las Flores y recojan un papel que hemos dejado bajo la taza del tercer meadero.

Colgué inmediatamente para no dar tiempo a la localización de la llamada, y emprendí el camino de regreso a mi escondite.

Tanto en el tren de ida como en el de vuelta, abarrotados ambos de excursionistas domingueros, pasé totalmente inadvertido. La peluca y el espeso bigotazo me hicieron sudar horrores, pero como hacía mucho calor y todo el mundo sudaba a nadie le extrañó.

Como yo había previsto, el mensaje del G.U.R.I.P.A. provocó una reacción instantánea y espectacular. Los diarios lo publicaron en primera plana, con letras bastante regordetas, y las emisoras de radio interrumpieron sus programas para comentarlo.

También la televisión le dio mucha importancia, casi tanta como a la visita de un ministro a Calahorra para inaugurar una plantación de espárragos. E incluso un locutor, con voz emocionada y muy bien peinadito, leyó una carta de mi familia a mis secuestradores pidiéndoles que tuvieran compasión y me soltaran.

El texto de esta carta era tan emotivo y bien redactado, que debió escribirlo algún académico pagado por el Ministerio de Información. Porque ni Rosalía ni mis hijos tienen talento suficiente para sacarse del caletre unos párrafos tan poéticos y literarios: «... el dolor que aflige nuestro hogar... el vacío irrellenable dejado por este cabeza de familia ejemplar...» Y otras chorradas a cual más bellas.

La emotividad de la carta quedó ligeramente escoñada por una postdata que fue leída también, en la que mi mujer rogaba a mis secuestradores que no me diesen alimentos laxantes por ser mi aparato digestivo muy delicado y propenso a la diarrea. Pero fuera de este colofón tan basto, estoy seguro de que la carta hizo llorar a muchos televidentes sensibles.

De acuerdo con mi plan, en el que todas las contingencias habían sido previstas con infinita sabiduría, dejé transcurrir el tiempo necesario para sacarle todo el jugo a esta nueva fase. Y antes de que se extinguiera el ruido de su impacto, deposité en otro urinario de otra calle otro mensaje del G.U.R.I.P.A.

Como ya no podía seguir estirando una situación que empezaba a resultar demasiado larga, en este mensaje el grupo secuestrador concretaba sus condiciones para soltarme:

«Como necesitamos dinero para sostener nuestra organización, pedimos treinta millones de pesetas como rescate del secuestrado.»

Ésta era la condición fundamental, rematada con la promesa de un nuevo mensaje para fijar los detalles de cómo sería liberado cuando el dinero estuviese listo para efectuar el canje.

Elegí la cifra de treinta millones, a sabiendas de que mi familia no podía disponer de esa cantidad en metálico. Y a sabiendas también de que para el Gobierno, en cambio, era una pequeñez. Partí de este razonamiento: como era lógico suponer que el Gobierno, por su propio prestigio, no iba a consentir que unos terroristas asesinaran a una figura del antiguo régimen...

¿Hace falta aclarar que gracias a tan astuto planteamiento, además de la fabulosa publicidad obtenida, yo obtendría también esos treinta millones para sanear mi economía?

El plan era tan perfecto y redondo, que hizo crecer la admiración que siempre sentí por mi propia inteligencia. Y en la soledad de mi habilísimo escondrijo me felicitaba constantemente por poseer un cerebro tan privilegiado.

Las condiciones exigidas por el G.U.R.I.P.A. fueron destacadas por todos los medios de difusión, y supuse que no le cayeron mal a la opinión pública pues nadie comentó que la cantidad del rescate le pareciera excesiva.

A punto estaba de descorchar una nueva botella de champán para celebrar mi éxito, cuando se produjo un fallo con el que yo no contaba: una nota oficial en la que el Gobierno comunicaba «su firme propósito de no ceder a ningún tipo de coacción por parte del terrorismo». En consecuencia se negaba a negociar con mis secuestradores, y les exigía que yo fuera liberado inmediata e incondicionalmente.

«Si algo le sucediese al secuestrado —concluía la nota en tono amenazador—, todo el peso de la ley caería sobre los culpables. Porque la ley, desde este mismo momento, los considera delincuentes comunes sin ningún tipo de atenuante por su presunto carácter político.»

—¡Miserables! —mascullé refiriéndome a todos los miembros del Gobierno—. Ponen la firmeza como pretexto para no soltar un duro. ¡Como si el dinero que les pido fuera suyo! ¿Qué trabajo les costaría poner en marcha la máquina de hacer billetes, y fabricar esos treinta milloncesos?

Pero mi cabreo no enderezaba la situación, que se había torcido de manera ostensible. Porque si el Gobierno se negaba a soltar la pasta, lo único que lógicamente podían hacer mis secuestradores era matarme. Así es como acaban los secuestros cuando no se paga el precio del rescate.

Dándole vueltas al asunto en busca de una salida airosa, pensé que quizá mi familia podría encargarse de reunir esa cantidad. Vendiendo todo lo que poseíamos, el total resultante no andaría muy lejos de los treinta millones pedidos por el G.U.R.I.P.A. Claro que después de vender nuestros bienes, de malvenderlos a toda velocidad dada la urgencia del caso, mi familia se quedaría completamente arruinada. Pero yo me dije:

—¿A quién le importa la ruina familiar cuando se trata de salvarle la vida a un ser querido?

Esto fue lo que me dije, pero el tiempo me demostró que estaba equivocado. La ruina le importaba por lo visto a toda mi familia, ya que pasó una semana completa sin que ningún familiar advirtiese al G.U.R.I.P.A. que estaban dando los pasos necesarios para reunir el dinero.

Este silencio me colocaba en un callejón sin más salida que mi propia muerte, pues lo natural era que mis secuestradores procediesen a mi ejecución en vista de que sus condiciones no se aceptaban.

El único recurso que me quedaba para salir airoso de aquel callejón era que el G.U.R.I.P.A. hiciera una rebaja considerable en el precio del rescate, y que diese facilidades para pagarlo en cómodos plazos mensuales.

Algo insólito iba a resultar que unos secuestradores aplicaran esta técnica de descuentos y pagos aplazados en una transacción tan rígida y sin concesiones como suele ser un secuestro. Pero pensé que, pasado el estupor inicial, se elogiaría al G.U.R.I.P.A. por dar a sus operaciones esta flexibilidad comercial muy adecuada a la crisis económica que padecía el país.

Hasta sería una buena propaganda capaz de suscitar comentarios favorables entre las personalidades secuestrables:

—Pues a mí —diría un ministro—, si alguien tiene que secuestrarme, me gustaría que fuera el G.U.R.I.P.A. Es el único grupo terrorista que trata a su víctima como a un cliente, permitiéndole pagar el rescate a su comodidad. Incluso es posible que acepte letras con aval bancario. ¡Menuda

diferencia con otras organizaciones, que te exigen el rescate a tocateja, y encima te devuelven el secuestrado desnutrido y con un trauma de aúpa!

Decidí por lo tanto enviar otro mensaje por «correo urinario», ofreciendo mi liberación con un descuento del treinta por ciento «en atención a la buena conducta del secuestrado». No era un pretexto demasiado bueno, pero supuse que la alegría por la rebaja ocultaría su ilógica concesión.

Pero cuando estaba componiendo el mensaje con letras de periódicos diversos, me llegó por la televisión una noticia paralizante: una declaración de mi familia, solidarizándose con la actitud del Gobierno.

Mi esposa y mis hijos venían a decir lo mismo que la nota gubernamental: que lamentaban profundamente mi secuestro, pero que aceptando las exigencias de los secuestradores fomentarían la proliferación en el país de estas coacciones inicuas.

«Amamos a nuestro esposo y padre —afirmaban cínicamente Rosalía, Ernestina y Alfonso—, pero seríamos unos egoístas si no antepusiéramos a este amor nuestro patriotismo. Y pensando en la patria, no podemos poner en peligro a nuestros compatriotas haciendo que estos actos terroristas resulten rentables para quienes los cometen. El G.U.R.I.P.A. debe saber que sus cobardes métodos de coacción no lograrán doblegar la entereza de una familia española, dispuesta si fuera necesario a emular el heroísmo de Guzmán el Bueno.»

¡Chúpate ésa! O sea que la cerda de mi esposa y los cerditos de mis hijos, además de quedar como unos héroes ante todo el mundo, cerraban sus bolsillos a la negociación de un posible rescate. O sueltan gratis al secuestrado —decían en el fondo quitando a su declaración los preciosismos en la forma—, o pueden cargárselo sin sacarnos ni un duro.

Ante tan monstruosa muestra de egoísmo, quedé anonadado. Y mi anonadamiento aumentó a medida que fueron pasando los días sin que volviera a hablarse de mi asunto.

Otros temas de mayor actualidad acapararon el espacio de los medios informativos, porque el público necesita variedad y yo había pasado a ser una noticia rancia.

—¿Pero sigue secuestrado ese pesado? —empezaría a preguntarse la gente, que como lee poco nunca se entera de nada—. ¡Pues vaya un rollo!

No hay sensacionalismo que pueda sostenerse más de un mes, y habían transcurrido más de dos desde mi secuestro.

Muerto ya como material noticiable, ¿qué podía esperar prolongando aquella situación? Muerto también para el futuro por haber sido un político del pasado, ¿a quién le importa ya lo que pueda sucederme?

Puesto que ni el Gobierno ni mi familia desean pagar mi rescate, sólo me queda un camino airoso: que el G.U.R.I.P.A. cumpla su amenaza.

No era éste, ni mucho menos, el resultado que esperaba obtener con mi plan. Pero al menos me quedará este consuelo: que pese a no haber logrado su objetivo, el plan salió perfectamente hasta el final.

Hoy mismo borraré todas las huellas de mi estancia en este escondrijo. Y mañana, en un urinario de la ciudad, aparecerá el último y terrible mensaje del G.U.R.I.P.A.:

«Rechazadas nuestras condiciones, hemos ejecutado al prisionero. Encontrarán su cadáver en la sierra, al fondo del barranco llamado Despeñadero del Lobo.»

OceanofPDF.com

Profesión incomparable

¡PERO QUÉ BRUTO HE SIDO, madre mía! Estaba allí, delante de mis narices. Y sin embargo, al elegir libremente mi profesión, no la tuve en cuenta. Y no hay actividad en este mundo que se le pueda comparar.

Ahora ya es tarde. Soy demasiado mayor y sólo me queda el desahogo de tirarme rabiosamente de los pelos. (No muy rabiosamente, claro, porque pelos me van quedando pocos y no es cosa de precipitar mi calvicie total con tirones demasiado enérgicos motivados por un cabreo.) Pero conteniendo mi rabia, lamento no haber elegido esa profesión incomparable.

Admito que la mía no es mala, aunque tiene dos riesgos: el de echar culo a fuerza de permanecer sentado escribiendo, y el de que te rompan la cara cuando publicas lo que has escrito.

Hay profesiones peores, ya lo sé, y mejores también. Pero ninguna tiene comparación con la de actor cinematográfico. Y no lo digo por el dinero que se gana ni por la popularidad que se adquiere, ya que hay carreras más substancialmente retribuidas y en las que puede obtenerse una dosis de fama muy superior.

Si por algo no puede compararse la carrera de actor con ninguna otra, es por las ventajas y comodidades que se adquieren fuera del horario laboral, en la vida cotidiana.

Basta haber visto unas cuantas docenas de películas para darse cuenta de que el actor de cine está inmunizado contra un sinfín de molestas pejugueras que incordian al resto de los mortales. Cualquier espectador habrá comprobado muchas veces que el actor cinematográfico, en cuanto alcanza el rango de protagonista, goza entre otros muchos de estos privilegios envidiables:

Cuando acude a una cita en su automóvil, siempre hay sitio a la puerta para que pueda aparcarlo.

Puede beber todos los líquidos que quiera, sin que nadie le vea en ningún momento apremiado por la necesidad de echar una meada.

En pleno centro de cualquier ciudad por populosa que sea, a la hora de mayor aglomeración y aunque llueva a cántaros, le basta acercarse al bordillo y levantar una mano para que acuda en el acto un taxi libre.

Puede atravesar sin miedo cualquier zona batida por el más intenso tiroteo, con la absoluta seguridad de que las balas, en el peor de los casos, sólo le herirán ligeramente en zonas no vitales.

El título de actor confiere tal fortaleza a sus músculos que puede transportar en sus brazos mujeres bellísimas, y pesadísimas también, sin experimentar ni el más leve síntoma de fatiga.

Esta fortaleza se extiende igualmente a las peleas de toda índole, en las que puede repartir y encajar puñetazos de potencia equivalente a las coces de una mula. Y es tan buen encajador, que una tanda de estas coces sólo le hace tambalearse levemente. Pero se recupera en seguida para seguir peleando.

En determinadas circunstancias, le bastan unos pocos tragos para emborracharse como una cuba. Ventaja nada desdeñable si calculamos, al elevado precio que hoy alcanza el whisky, lo mucho que le cuesta una borrachera a un señor corriente.

Le basta una mirada para conquistar a la mujer que será la madre de sus hijos.

Puede arrojarse con toda tranquilidad por no importa qué ventana, con la absoluta certeza de que caerá sobre el toldo de una tienda, sobre un carro de paja, o sobre cualquier otra materia blanda que la Providencia se encargará de disponer para amortiguar su caída.

Con idéntica calma y sangre fría podrá aguardar el desenlace de cualquier situación catastrófica en la que se vea envuelto. Ni las llamas de un incendio, ni las aguas de una inundación pueden asustar a un actor de cine, ya que los bomberos o los barqueros siempre le salvarán segundos antes de que se abraze o se ahogue.

Igualmente podrá cruzar toda clase de puentes que estén a punto de hundirse, con la absoluta seguridad de que no se hundirán estrepitosamente hasta que él los haya cruzado.

Con ser muchas las ventajas que puedan tener otras profesiones, ninguna tendrá tantas como la de actor cinematográfico. Parece mentira que por el simple hecho de salir en las películas, un individuo adquiera cualidades de *superman*. Pero así es, y yo lamento profundamente no haber aprovechado semejante bicoca.

Por no ser astro de la pantalla, tengo que conformarme con actuar en la película de mi vida como un hombre corriente que hace pipí varias veces al día, que se cansa al subir diez tramos de escalera, y que se desespera buscando un hueco donde aparcar. Tampoco he tenido ocasión de transportar en mis brazos mujeres bellísimas y livianas como plumas, ni de derribar a puñetazos a toda una banda de facinerosos.

Comparados con cualquier actor de cine, todos los hombres del mundo somos unas mierdas pinchadas en un palo.

OceanofPDF.com

El frenazo de McNeill

CASI ENLOQUECIDOS y al borde del infarto, con las melenas revueltas y los pulsos temblones, miles de sabios continúan una investigación angustiosa e interminable.

Se trata de batir, en todos los terrenos, nuevas marcas de velocidad. Se estudian aditivos para que los carburantes alcancen octanajes demenciales, se diseñan líneas aerodinámicas que perforen el espacio sin herir la finísima piel del aire, se inventan metales que aguanten sin desintegrarse los brutales esfuerzos supersónicos...

Hay mecánicos científicos que pasan meses sin dormir sobre los bólidos de Fórmula 1 para quitarles unos gramos de peso muerto y añadirles unos metros de velocidad punta, mientras otros especialistas insomnes mezclan el caucho con toda clase de porquerías pegajosas para calzarlos con ruedas que los mantengan pegados a las pistas e impidan que salgan volando.

Toda la gama de motores fabricados en el mundo, desde los utilitarios nacionales a los cohetes espaciales, sufren transformaciones constantes para sacar el máximo rendimiento veloz a sus respectivas cilindradas.

También en el aire y en el agua, lo mismo que en la tierra, se batan constantemente marcas de velocidad. El Concorde y su plagio el Tupolev, cuyas velocidades se miden en *mach* porque machacan el tiempo y el espacio, han logrado el disparate increíble de llegar a América tres horas antes de haber salido de Europa.

La Humanidad sigue sin saber de dónde viene ni a dónde va, pero quiere llegar cuanto antes a todas partes sin que se sepa tampoco por qué. Para mí que esta prisa injustificada es una enfermedad, la «velocitis», producida por algún virus desconocido que ataca los cromosomas de las generaciones actuales; un virus moderno surgido del petróleo, que nos ataca el sistema nervioso obligándonos a correr estúpidamente, como si tuviéramos una prisa loca que en realidad no tenemos.

Y lo malo es que esta «velocitis» parece incurable, e incluso se agudiza cada vez más: no paran de salir al mercado nuevos cronómetros más precisos, capaces de medir no ya la décima, sino la centésima e incluso la milésima de segundo que el velocista ganador consigue sobre su inmediato seguidor.

No paran de organizarse juegos, olímpicos o no, para seguir batiendo marcas de rapidez.

No paran de calentarse motores ni de tensarse músculos para pulverizar el récord anterior de los circuitos y de las pistas atléticas.

Todo el siglo veinte en bloque, enloquecido por el dinámico virus de la imparable «velocitis», corre cada vez más vertiginosamente con sus aceleradores pisados a fondo.

Todo el siglo veinte, menos el profesor R. McNeill Alexander, jefe del departamento de Zoología de la Universidad de Leeds. Porque este profesor, inglés y flemático, es el único ser humano inteligente que se ha librado de esta epidemia colectiva. Es el único que mientras todos pisamos el acelerador, se permite el lujo de pisar el freno delante de nuestras atónitas narices. Y nos explica, con una flema británica que deja en ridículo nuestra cachaza vernácula, el resultado de sus insólitas investigaciones.

Porque el profesor R. McNeill Alexander, aunque parezca mentira, ha investigado concienzudamente las velocidades que alcanzaban los grandes reptiles del mesozoico. Puede decirse que ha homologado los récords que se consiguieron hace cien millones de años, en carreras en las que participaron los miembros más distinguidos de una familia ilustre en aquella época prehistórica: los dinosaurios.

Me imagino que el Comité Olímpico Internacional y las Delegaciones Nacionales de Deportes del mundo entero concederán medallas extraordinarias a este extraordinario profesor que ha cronometrado las marcas obtenidas hace un millón de siglos por los tiranosaurios y los brontosaurios.

Medallas de oro e incluso de platino merece este McNeill que en pleno cogollo de esta civilización superdinámica, parándose en mitad de esta arrolladora corriente velocista, nos comunica con una flema que nos deja pegados:

—Mientras todos los científicos mundiales consagran su esfuerzo a estudiar los medios para conseguir más velocidad en el futuro, yo he consagrado mi vida a estudiar los lentísimos desplazamientos de las criaturas que vivieron en el más remoto de los pasados.

»Examinando las huellas de dinosaurios descubiertas hasta ahora y midiendo la longitud de sus pasos, he podido elaborar complicadas fórmulas matemáticas basadas en los datos siguientes:

»Amplitud de la zancada, tamaño y envergadura del animal, así como penetración de su pisada en el suelo que permite calcular su peso.

»Gracias a estas fórmulas, he llegado a resultados concretos que me permiten comunicar a la Humanidad el importantísimo hallazgo que expongo a continuación:

»Hace unos cien millones de años, aproximadamente, un brontosaurio de veintisiete toneladas de peso se desplazaba a una velocidad de tres kilómetros por hora. En cambio un tiranosaurio, pese a ser más gordo y voluminoso, podía ir de un sitio a otro algo más de prisa.

»En términos generales puedo decir, e incluso me atrevería a jurarlo por la gloria de mi madre, que un dinosaurio que pesara por término medio unas ocho toneladas era capaz de alcanzar, en un momento de apuro, de seis a ocho kilómetros a la hora.

Este sensacional descubrimiento del profesor R. McNeill Alexander, comunicado con estas mismas palabras que acabo de transcribir, ha caído como una bomba en todos los centros mundiales que estudian febrilmente nuevos aumentos de velocidad en todos los campos de la técnica y del deporte.

Una bomba que nos deja sumidos en honda perplejidad, pues no se comprenden los mecanismos mentales que pueden conducir a todo un señor profesor, sano y normal, a estudiar los andares jacarandosos de los dinosaurios. Ayer como quien dice: total, sólo han pasado cien milloncejos de añitos.

Pero allí está su descubrimiento, tan hermosamente inútil, para demostrarnos que todavía quedan sabios con sentido del humor dispuestos a perder el tiempo; ese precioso tiempo (¿precioso realmente?) que la civilización más avanzada trata de aprovechar corriendo hasta matarse.

De algo sí ha servido el sensacional hallazgo del profesor McNeill: sirvió para arrancar una alegre carcajada a esta pobre Humanidad que cada día, por desgracia, va teniendo menos ocasiones de reír.

OceanofPDF.com

El ritmo y la dosificación

CON MÁS O MENOS FORTUNA, se pretende en muchos países convertir en carrera lo que hasta ahora fue un arte: la información.

Un buen informador, un buen periodista, no se formaba en ninguna escuela ni universidad. Era un autodidacta con talento natural para buscar la noticia, para encontrarla, y para contársela al público con las palabras justas y cabales.

El periodista nacía, como nace un artista; no se hacía, como se hace un oficinista. Los Larra y los Cavia nacieron con el sentido periodístico ya puesto, y fueron maestros de esta especialidad sin haber sido discípulos de nadie.

Puede que el periodismo sea un arte menor, o por lo menos no muy grande, pero sin el correspondiente talento no hay forma de practicarlo bien. Porque mal lo practican bastantes que carecen de ese talento y nadie se lo ha dicho.

Eso es lo malo de las profesiones artísticas, por menores que sean: que por estar abiertas a todo el mundo, sin puertas de matrículas y exámenes, se cuelan en ellas muchos ineptos. Y hasta que su ineptitud no resulta tan inaguantable como para merecer su expulsión de los puestos que llegan a ocupar, el público tiene que aguantarlos en la prensa, la radio y la televisión.

Nuestro periodismo está lleno de estos «colados» sin talento que ingresaron por recomendación en una prensa oficial, que por estar sostenida con subvenciones estatales no necesitaba ser vendida ni leída.

Cualquier mindundi que permaneciera durante algún tiempo en estos periódicos artificiales, sin venta ni lectores, tenía derecho a adjudicarse el título de periodista. Y así se fue llenando un voluminoso Registro, con muchos nombres de presuntos profesionales que habían usurpado esa profesión.

Abundaban los redactores que apenas sabían redactar, ni falta que les hacía puesto que nadie les iba a leer. Tampoco era muy necesario conocer a fondo el arte y la ciencia de la información, porque informar no es precisamente la gran preocupación de las dictaduras.

En los regímenes dictatoriales no se crean los Ministerios de Información para informar, sino para reducir las informaciones a límites que no resulten perjudiciales para la tranquilidad de los gobernantes.

Todos aquellos polvos trajeron estos lodos. Y lodos actuales son las tiradas de la prensa nacional, las más bajas de la Europa culta. Lodos densos, inmovilizantes, cubren los engranajes mentales del lector después de tantos años de periódicos increíbles. Lodos hay también en los conductos por los que hasta ahora circuló la información casi en exclusiva: la Agencia Efe, la Radio Nacional, la Televisión Española.

Límpiese pronto esos conductos enlodados, y encárguense de esa limpieza periodistas del único Registro válido: el del talento y la vocación.

Periodistas que sepan devolver a los periódicos, a los noticiarios de radio y televisión, la credibilidad perdida en tantos años de información manipulada y mutilada.

Periodistas que sepan dar a cada noticia su calibre exacto.

Periodistas que tomen los telediarios de nuestra inefable televisión, como ejemplo de todo lo que no se debe hacer en la profesión periodística. Porque en los telediarios están, condensados, todos los lodos traídos por los polvos pasados. He aquí algunos «verbigracias», que no tienen ni pizca de gracia:

Por inercia de adulaciones muy propias de las dictaduras, se conceden espacios desmesurados a hechos y actos insignificantes del quehacer oficial. La inauguración de un modesto centro educativo por algún personajillo modesto también, ocupa durante más tiempo la pequeña pantalla que cualquier importante acontecimiento internacional.

Cinco breves segundos para un terremoto ocurrido en Pekín, frente a cinco largos minutos para un teleclub inaugurado en Panjón (provincia de Pontevedra).

Cien metros de filmación de los manifestantes protestantes en el Ulster, y cuatro palabras de un locutor para despachar las manifestaciones de

españoles que también protestan.

Foto fija en blanco y negro para anunciar la llegada del Vikingo a Marte, y película a todo color para informar de la llegada de un ministro a Lugo.

Ausencia total, por lo tanto, de la primera virtud que debe tener un bloque informativo: sentido periodístico para calibrar las informaciones, dando prioridad de espacio y tiempo a las que por su auténtico interés merecen ser destacadas.

Sólo unos oficinistas cobistas, que de periodistas sólo tienen el nombre, pueden anteponer el teleclub de Panjón al terremoto de Pekín, y considerar que la llegada de un ministro a Lugo es más trascendental que la del Vikingo a Marte.

Sólo estos funcionarios aduladores, que saben de periodismo lo que yo de termodinámica, pueden interrumpir el ritmo informativo de un telediario para intercalar lo que llaman «la crónica de nuestro corresponsal» o «el comentario de nuestro especialista». Aparece entonces en imagen, después de algunas demoras y vacilaciones técnicas, el busto parlante anunciado que suelta una parida bastante gorda. Aparte de que estos corresponsales y comentaristas no se caracterizan por su fotogenia ni por su dicción, pues el que no es bisojo es tartaja, el rollo que sueltan no tiene nada que ver con la actualidad palpitante de ese día. Es difícil poder programar algo más antiperiodístico que un señor casi siempre decrepito y jadeante leyendo penosamente sus opiniones sobre un tema que casi nunca viene a cuento.

Con estas torpezas y muchas más se ha conseguido confeccionar unos telediarios pesados e increíbles, sólo soportables para poseedores de televisión en color. Los colorines no sirven para compensar la falta de una información completa y bien dosificada; pero sirven al menos para que el espectador se distraiga admirando las novedosas corbatas de los locutores, sus bien peinados tupés y sus bien cortadas chaquetas, en espera de que los responsables de esos programas informativos sean relevados por periodistas de verdad.

Todo esto, esperémoslo, se logrará seguramente con la nueva España que está saliendo de las urnas.

Títulos para cretinos

DESDEÑANDO EL NIVEL MENTAL de nuestro pueblo, hace muchos años que las productoras cinematográficas extranjeras consienten que hagamos con sus películas toda clase de porquerías: doblarlas alterando el diálogo, y cortarlas modificando el argumento.

Es evidente que estas tolerancias sólo las tienen con nosotros y con algunas tribus africanas, pues a nadie le importa demasiado quedar bien artísticamente ante un público ignorante cuya mentalidad se considera próxima a la del orangután.

Me figuro que esas productoras exigirán que se respeten fielmente sus producciones cuando se exhiban en los países europeos considerados cultos, ya que cualquier alteración arbitraria podría mermar su prestigio ante los espectadores solventes y la crítica que cuenta en el mundo civilizado.

Cuentan París, Londres e incluso Roma, pero no Madrid ni Barcelona. Pesan las opiniones del *Times* y del *Monde*, pero importan un pito las del *ABC* o *La Vanguardia*.

A los públicos negroides como el nuestro, que ven casi todas las películas con un retraso de varios años, se les vende a buen precio una copia vieja y que hagan lo que quieran con ella. Ejemplos no faltan de haber hecho auténticas salvajadas: transformar amantes en hermanas, curas católicos en protestantes, y asesinos nazis en héroes de la nueva Europa.

Tijeras manejadas con sañuda ferocidad por mentes estrechas en las que sólo cabía una hostia de perfil, mutilaban cualquier exhibición carnal que rebasara los límites de codos y rodillas. Después de este tratamiento, era difícil reconocer la versión original.

Aumentaba esta dificultad el hecho de que tampoco se respetaban los títulos originales. Mutilado el argumento, ¿por qué respetar el título que poco tenía ya que ver con la película íntegra?

Envalentonados los distribuidores por la tolerancia sin límites de las casas productoras, puede decirse que no dejaron título con cabeza. Unas

veces con criterio moralizante y otras por adecuar el nombre al gusto de un público subdesarrollado, pocas eran las películas que llegaban a las pantallas con sus títulos auténticos.

Lo que originalmente se llamaba *La alegre divorciada*, por ejemplo, tenía muchas probabilidades de ser estrenada llamándose *La casquivana en pecado mortal*. Por la misma razón un atrevido filme francés que se titulara *Las pecadoras*, tenía que titularse *Las arrepentidas*.

Todo atrevimiento, toda originalidad, eran cretinizados inexorablemente por la censura y el distribuidor trabajando en estrecha colaboración. Sin exagerar más que lo estrictamente necesario, ofrezco a continuación los títulos aproximados que tenían algunas películas extranjeras; y las cretineces aproximadas también con las que fueron sustituidos para presentarse en las pantallas españolas:

Sodoma y Gomorra: Las ciudades infernales e impuras.

Madame de Pompadour: La desvergonzada en palacio.

El homosexual: Aberración anglosajona.

Monstruos concupiscentes: Feos que dan risa a mi tía Felisa.

Las lesbianas: Hermanitas cariñosas.

Far West: El vaquero enamorado.

Prostitución: Lacras de las ciudades extranjeras.

Y pongo un etcétera amplísimo, que abarca casi toda la producción internacional.

Pensé que al suavizarse la censura y autorizarse bastantes películas en versión íntegra, se respetarían también los títulos originales. Pero no ha sido así. Las casas distribuidoras, animadas por muchos lustros de hacer mangas y capirotos con el material extranjero, siguen bautizando las películas «al gusto español».

No son ya los productores de fuera quienes nos consideran un público formado por cretinos, sino nuestros propios compatriotas que se ocupan de la distribución cinematográfica. A éstos hay que convencerles de que nuestro cretinismo no es tan grande, y que no es necesario atraernos a los cines con títulos tan idiotas como vulgares. Porque a este paso, son capaces

de ofrecernos algún día una *Vida de don Quijote y Sancho Panza*, titulándola cretinamente *Aventuras del gordo y el flaco*.

OceanofPDF.com

La amnistía de cada cual

TAMBIÉN YO LA PIDO A GRITOS, hasta desgañitarme.

Todos los días que se convocan manifestaciones allí estoy yo, en primera fila, con mi garganta ya delicada de tanto gritar.

Hay que pedir amnistía porque la libertad es hermosa y todo el mundo tiene derecho a disfrutarla. Y hay que seguir pidiéndola mientras quede un solo tipo encerrado en una cárcel por sus ideas.

Todos los hombres, mujeres e incluso niños ya zangolotinos, tienen el deber de manifestarse en favor de una amnistía total. No dudo que esta presión general irá minando los pretextos y la resistencia de las autoridades, hasta que en las cárceles sólo queden aquellos para los que las cárceles fueron construidas: los delincuentes y mangantes.

Pero cuando se logre la liberación de todos los encerrados injustamente, que nadie cante victoria ni crea que su tarea pro amnistía terminó. Habrá que seguir manifestándose, gritando y desplegando pancartas, porque el mundo no será mucho mejor ni la gente más feliz si sólo nos conformamos con liberar al puñado de presos condenados en las cárceles oficiales.

Si de veras deseamos mejorar las relaciones de la sociedad en que vivimos, una vez lograda la amnistía oficial, sigamos pidiendo la amnistía de cada cual.

Porque dentro de cada uno de nosotros, dentro de usted y de mí, hay una cárcel secreta. Y en esa cárcel vamos encerrando, más o menos injustamente, a todos aquellos que contradicen nuestros gustos o no comparten nuestras ideas.

No habrá verdadera libertad, ni pueblo amnistiado de verdad, mientras no abramos al perdón nuestras cárceles individuales. Porque todos sin excepción, desde el santo al depravado, desde el indulgente al cínico, tenemos una mazmorra oculta en la que nos tomamos la justicia por nuestra mano. Negamos tenerla, naturalmente, como niegan los tiranos que tengan

campos de concentración y torturas policíacas, pero nos consta que mentimos con esa negativa.

Propongo por lo tanto que dejemos de mentir y que cada cual vaya preparándose a imitarme. Porque yo, predicando con el ejemplo, acabo de firmar mi decreto de amnistía particular. Un decreto amplísimo, generosísimo, por el que vacío mi cárcel interior y concedo el perdón total a cuantos cumplían condena dentro de ella.

El largo texto de mi decreto, que alcanza sin excepciones a todos los que condené a lo largo de toda mi vida, empieza así:

«Firmemente convencido de haber alcanzado con la madurez la necesaria objetividad para juzgarme, admito que cometí muchos errores a lo largo de mi vida y voy a tratar de corregirlos con este decreto.

»No es posible una perfecta convivencia social mientras la amnistía sea sólo oficial y no la otorgue cada cual a nivel individual. Todo ser humano, por lo tanto, debe redactar y firmar un decreto particular como éste que yo redacto y firmo en el día de hoy. En el que dispongo:

»En uso de las atribuciones que me confiere mi propia conciencia, concedo el perdón total a todas estas personas que condené en mi fuero interno por considerar que habían delinquido contra mí:

»Al doctor Acosta, otorrinolaringólogo, que siendo yo muy niño me operó de vegetaciones. Y al que hasta hoy no le he perdonado todo lo que me hizo sufrir en aquella operación brutal, hecha sin anestesia y mientras dos enfermeras me inmovilizaban sujetándome los brazos y las piernas.

»A la niña Pilarín Muñoz, de quince años, que se burló de mí cuando yo acababa de cumplir los trece y le declaré mi amor.

»Al chico José F. Ramírez, dos años mayor que yo y por lo tanto más desarrollado y fuerte, que al pegarnos un día a la salida del colegio me derribó de un puñetazo y me dio varias patadas humillantes cuando yo estaba en el suelo.

»A los directores de los diarios *ABC* y *Ya*, que en los primeros meses del año 1936 no me publicaron algunos artículos que les envié, ni se dignaron devolvérmelos explicándome que los periódicos no suelen publicar originales no solicitados a los niños de trece años.

»A dos ex ministros de Información y Turismo, de cuyos nombres no quiero acordarme, que me suspendieron *La Codorniz* cuatro y tres meses respectivamente. En amnistías parciales que concedí con anterioridad, a ambos les había perdonado las multas de un cuarto de millón y de cien mil pesetas que me impusieron, respectivamente también. Pero hasta este decreto de hoy, cumplían condena en mi fuero interno por esas suspensiones que siempre consideré desmesuradas e injustas.

»A M. L., una amante que tuve hace muchos años, que me dejó cuando yo la amaba todavía.

»A C. M., bella extranjera que de una relación fugaz me dejó como recuerdo un ramillete de espiroquetas bastante pálidas.

»Al editor Aguilar, que rechazó mi primera novela *Un naufrago en la sopa* pretextando que no tenía en su editorial ninguna colección en la que encajara “el estilo tan peculiar” que yo cultivaba.

»A todas las mujeres que pretendí conquistar, y que me dieron calabazas.

»A varias chicas de «alterne» que, siendo yo más joven y mucho más ingenuo, me dieron esquinazo después de decirme que las esperara a la puerta del cabaré. Concretamente ante la puerta principal, pues ellas disponen siempre de puertecillas secundarias para escaparse.

»A tres ex amigos que hace diecisiete años me estafaron trescientas veintisiete mil pesetas, por el procedimiento de unas letras de cambio que no pagaron jamás.

»A todos los censores de prensa y libros que durante casi cuarenta años mutilaron todo lo que escribí, provocándome cabreos incesantes y deseos —no cumplidos afortunadamente— de abandonar mi pluma para siempre.

»A un bromista cretino, cuya broma consistió en llamar por teléfono a mi casa anunciando que me habían puesto una bomba. Y que faltaban sólo veinte minutos para que la bomba estallara.

»A los ladrones infiltrados entre los mozos que manejan los equipajes en el aeropuerto londinense de Heathrow, que no sólo me han robado cosas guardadas en mis maletas, sino a veces también maletas completas.

»A todos los críticos literarios que atacan mis libros o los silencian desdeñosamente, quizá por considerarlos demasiado divertidos para

tomarlos en serio.

»A unos pocos discípulos ingratos, formados por mí en las páginas de *La Codorniz*, que omiten al hablar de sus orígenes la importancia decisiva que tuvo en su formación el maestrazgo codornicesco.

»A todos los mangantes, ladrones descarados o disfrazados de comerciantes, que me robaron a lo largo de mi vida. Incluyo también en este apartado a todos los negociantes que hicieron negocios a mi costa, engañándome sobre el valor real de las cosas que me vendieron.»

Mi decreto de amnistía continúa durante siete folios más, pero no me parece necesario reproducirlo totalmente. Si para muestra basta un botón, es evidente que me he excedido al ofrecer como muestrario esta botonadura completa. Pero creo que así queda más clara la forma en que cada cual, siguiendo este largo ejemplo mío, debe redactar su propio decreto individual.

Mientras no se vacíen totalmente estas cárceles particulares, no podrá decirse que se ha conseguido una auténtica amnistía absoluta.

Iniciemos cuanto antes esta tarea que bien puede calificarse de ardua, e incluso de ingente, porque sólo en España existen ¡treinta y seis millones de carceleros! Y por lo tanto treinta y seis millones de cárceles individuales, cuyas puertas no puede abrir el perdón oficial.

Como imagino, lector, que estará usted de acuerdo conmigo, deje un par de horas la lectura de este libro y haga como yo una lista de todos los encerrados en su fuero interno. Redacte después su decreto de amnistía particular, y mándeselo al ministro de Justicia.

Cuando el ministro de Justicia tenga en su poder treinta y seis millones de decretos como el suyo y como el mío, podrá anunciar que en España se ha alcanzado la verdadera amnistía total; y que el pueblo español está en óptimas condiciones de convivir en paz, armonía y libertad.

Novísimo cuento de la lechera

EN PLENO VERANO, estas horas de la madrugada son las mejores para viajar por carretera.

Llevo un montón de tiempo conduciendo sin parar, y tanto el coche como yo estamos tan frescos. Además el tráfico es casi nulo, lo cual me permite rebasar el límite de velocidad y conseguir una media muy aceptable.

Llegaré temprano y dispondré de todo el día para resolver mis asuntos en la ciudad. Así podré volver en seguida a reanudar mis vacaciones. Me quedan tres semanas aún, y espero no tener que interrumpirlas con una nueva escapada. La ciudad en verano es tan odiosa...

Ya está amaneciendo. Si la gente supiera lo bonito que es ver amanecer en mitad del campo, madrugaría más. Una claridad dorada va dibujando la silueta del paisaje en el horizonte. Se recortan contra el cielo los contornos de las colinas, de los árboles...

Un escritor podría lucirse describiendo poéticamente todas estas pijadas que baña una luz para mí indescriptible, puesto que no soy escritor sino hombre de negocios. Veo por lo tanto la Naturaleza con ojos prácticos y nada poéticos.

Para mí los campos sólo son terrenos edificables en potencia, con los que se puede especular. No en balde especulando con terrenos mejor situados que éstos hice la fortunita que ahora tengo y gracias a la cual vivo estupendamente.

Pero a pesar de ser práctico, no soy tan burro como para no darme cuenta de que hay paisajes virgueros, capaces de hacerme sentir una emoción estética que viene a ser como un agradable cosquilleo interior.

Siento ahora ese cosquilleo al contemplar la zona campestre que la carretera atraviesa, mientras un gran pedazo del horizonte empieza a ponerse colorado anunciando que por allí se dispone a salir el sol.

Enfilo ahora una larga recta, flanqueada por anchas praderas cubiertas de jugosos pastos. Lo de jugosos me lo imagino porque nunca comí hierba, pero siempre que se habla de pastos es costumbre decir que son jugosos. Y éstos deben de serlo verdaderamente, porque tienen encima mucho ganado vacuno madrugador que ya ha empezado a pastar.

Deduzco por estos datos que he entrado en una región lechera, no sólo por las vacas sino por los cántaros y cacharras de aluminio que veo a trechos al borde de la carretera, en los que todas las mañanas recogen la leche los camiones de una central.

Yo la única leche que tomo es un chorrillo insignificante para cortar el café, pero calculo que los productos lácteos deben de ser un negocio fabuloso.

Calculándolo estoy cuando la carretera tuerce suavemente a la derecha, y entro en una larga recta cuyo final coincide con la zona del horizonte por la que el sol empieza a salir. Quedo fascinado y un poco deslumbrado por la coincidencia, ya que el casquete solar que asoma justo frente a mí anula la potencia de los haces luminosos que mis faros proyectan sobre el asfalto.

El deslumbramiento me obliga a parpadear, y estoy parpadeando todavía cuando creo ver una sombra que cruza la carretera.

Mi creencia se confirma cuando, pese a mi brusco e instintivo apretón al pedal del freno, la sombra se transforma en algo sólido que produce un fuerte ruido al ser rozada por mi coche. Tan fuerte es este ruido, que alcanza la categoría de estrépito.

Me asusta horriblemente este inesperado estrépito, más propio de un choque frontal que de un roce lateral, y continuo frenando hasta que el coche se detiene tras un prolongado gemido de sus ruedas.

Me vuelvo aterrado a mirar por la ventanilla trasera, temblando de antemano por lo que haya podido dejar atrás.

Y mi terror aumenta cuando veo tirado en el suelo, sobre el firme de la carretera, el bulto de un ser humano.

A la luz del sol que ha seguido saliendo, fijándome mejor, puedo distinguir que el cuerpo yace en mitad de un charco escalofriante. Y desconcertante también ya que el líquido de ese charco no es rojo, como cabría esperar dadas las circunstancias, sino blanco. Su blancura destaca

poderosamente sobre la negrura del asfalto, rodeando el cuerpo inmóvil de un halo húmedo y espectral.

Mi desconcierto se transforma en verdadero terror cuando de pronto, con inusitada rapidez, el cuerpo empieza a moverse y a incorporarse del suelo.

No puedo asegurarlo, pero juraría que con el susto se me ha escapado un grito.

La figura caída se yergue por fin en las tres cuartas partes de su estatura, pues queda de rodillas en el centro de la mancha blanca. Veo entonces que se trata de una mujer de mediana edad, con la cabeza envuelta en un típico pañolón campesino. Descubro también a pocos metros de ella una cacharra de aluminio, dato que me ayuda a comprender lo sucedido:

La accidentada es una lechera que acudía a dejar su cacharra al borde de la carretera. El estrépito que oí lo produjo este recipiente al ser golpeado por mi coche. Y a consecuencia de este golpe la cacharra se derramó y su portadora fue derribada.

No parece que el accidente haya tenido consecuencias graves, puesto que la accidentada ya ha podido erguirse y arrodillarse, lo cual indica que se recupera con notable rapidez. En vista de lo cual se disipa bastante mi terror inicial, aunque no del todo. Mi impresión optimista puede ser engañosa. Debo examinar lo ocurrido de cerca y con detalle, para poder tranquilizarme totalmente.

Decido por lo tanto meter la marcha atrás, y hago retroceder el coche hasta aproximarlos a pocos metros de mi víctima. Detengo entonces el coche, me apeo, y me aproximo a la mujer que aún está arrodillada y empapada en leche.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunto como si no lo supiera, levantando cada vez más el tono de mi voz—. ¿Quería usted suicidarse? ¿A quién se le ocurre cruzar una carretera sin mirar?

—Sí miré —dice la mujer, llorosa y temblorosa.

—No sólo no miró, sino que puede decirse que se me echó encima —insisto con indignación creciente—. Más que atropellarla yo a usted, fue usted la que me atropelló a mí. Y menos mal que sólo pasé rozándola, gracias a lo cual no ha sufrido ningún daño. Porque el golpe, en realidad, se

lo di al cacharro de la leche. Fue ese golpe el que la derribó a usted por inercia. Reconozca que se encuentra perfectamente.

—Tanto como perfectamente... —sigue lloriqueando la lechera.

—A simple vista se ve que no ha sufrido ni un rasguño. Vamos, no siga allí de rodillas. Termine de ponerse en pie.

—No puedo.

—¡Claro que puede! —afirmo, rotundo—. Lo único que tiene es el susto que ya se le va pasando, y mucho cuento.

—¿Cuento yo?

—¡Muchísimo! Porque usted sabe, como todo el mundo, que ser víctima de un accidente puede ser tan rentable como descubrir una mina. No me diga que no ha mirado ya el número de mi matrícula y se lo ha aprendido de memoria.

—Pues no...

—¡Mentirosa y cazurra, como buena campesina! —prosigo—. Veo en la mirada de sus ojos astutos no sólo que sabe la matrícula, sino que se ha fijado también en el color y la marca de mi coche. Y lo que usted lamenta es que yo, después de atropellarla tan ligeramente que el atropello carece de importancia, me haya parado a atenderla.

—¿Cómo voy a lamentar eso? —protesta la mujer.

—Porque usted hubiera preferido que yo me hubiese dado a la fuga. Haciendo constar en su denuncia que yo me había dado a la fuga, podría sacarme muchísimo más dinero. Eso lo sabe de sobra su abogado.

—¿Qué abogado? —me pregunta ella, fingiendo ladinamente una total ignorancia.

—El que usted se buscará para que la represente y me destroce. Los hay tan expertos en esta clase de accidentes, que pueden arruinar al automovilista cuya inocencia sea incuestionable. Como yo, por ejemplo, que no he tenido la culpa de que usted se me tirara encima del coche. Pero el abogado, al denunciarme, se las arreglará para que yo aparezca como único culpable. La demagogia funcionará también en este caso: ¡una pobre lechera, vilmente atropellada por un señorito rico y juerguista! Porque a estas horas de la madrugada, ¿quién va a creer que yo iba a trabajar y que no venía de una juerga? Aprovechándose de que la benevolencia de los

jueces se inclina siempre hacia el aparentemente más débil, su abogado logrará que el juicio sea fallado en contra del juerguista rico y a favor de la lechera pobre. Y podré darme con un canto en los dientes si consigo que no me metan en la cárcel.

—¿En la cárcel? —se sorprende la mujer, que ha renunciado a levantarse y ha optado por sentarse a la orilla de la leche derramada—. No hay motivo para eso.

—¡Claro que no! No lo hay tampoco para que yo le indemnice a usted, y sin embargo su abogado me sacará una indemnización exorbitante. Pero allí no acabará la cosa —añado, suspirando desesperado.

—¿No? —vuelve a sorprenderse la lechera.

—Por supuesto que no. Ése será únicamente el primer asalto de una pelea que puede durar toda la vida. Porque una vez cobrada esa indemnización inicial, su abogado se encargará de que empiecen a surgir las secuelas del accidente. Seré llevado de nuevo ante los tribunales, acusado de que por mi culpa usted no puede trabajar.

—¿Y por qué no voy a poder? —se sorprende la mujer una vez más.

—Porque su abogado declarará que, a consecuencia del atropello, su capacidad física se ha visto seriamente disminuida por complicaciones traumáticas.

—¿Y eso qué significa?

—Eso es el principio de un calvario sin fin para mí. Significa que tendré que pagarle a usted costosísimos especialistas en traumatología para que averigüen sus presuntas lesiones. Y estos pagos podrán prolongarse durante todo el tiempo que quiera su abogado, pues no hay nada tan fácil como simular motivos que produzcan incapacidad para el trabajo.

—¿Y quién va a simular?

—Usted, naturalmente. Basándose en el golpe que hoy ha recibido, usted podrá inventarse raros calambres en la columna vertebral, fuertes dolores en la región lumbar, o parálisis intermitente de las extremidades inferiores con ramificaciones dolorosas insoportables. Las posibilidades de simulación son infinitas y escapan legalmente al diagnóstico de todos los médicos, ya que las radiografías no detectan los daños que puedan existir en el sistema nervioso. Y ése será el sistema utilizado por usted para

arruinarme. Aunque no se descubra ninguna lesión en sucesivas exploraciones, usted podrá decir: «Pues a mí me duele horrores.» La neurología es una ciencia moderna y aún llena de incógnitas, en la que pueden refugiarse los mangantes inventando síntomas de los tipos más diversos. Será inútil todo lo que yo haga para librarme de este timo permanente, que sólo terminará cuando usted se muera. Y que ha empezado ya, puesto que sigue negándose a levantarse.

—Le aseguro que no puedo —gimotea la mujer—. Puede que al caer haya sufrido alguna torcedura...

—¡Pues claro! —me burlo yo—. Eso es lo único que necesita su abogado para iniciar el negocio que acabará conmigo: una torcedura que quizá obedezca a algún derrame interno, que quizá produzca una anquilosis, que quizá haya seccionado un nerviecillo o dos, pero que en todo caso no se curará nunca y mantendrá mi bolsillo permanentemente abierto a la codicia de su abogado.

—Puedo jurarle que yo...

—¡Naturalmente! —sigo burlándome—. Ahora, a solas y sin testigos, puede jurarme cualquier cosa. Pero sé muy bien lo que jurará ante el juez. ¿O es que cree que me chupo el dedo?

—Escuche, señor —me dice al ver que doy media vuelta y me dirijo a mi coche.

Pero yo sé muy bien que es inútil escucharla. Sé también lo que me espera si sigo perdiendo el tiempo en esta carretera desierta. De modo que abro la portezuela, me siento al volante, y arranco a toda velocidad... después de haber metido la marcha atrás.

Muy poco después, mientras ya tranquilo sigo mi viaje hacia la ciudad, el cuerpo inmóvil de la lechera yace en un charco que va cambiando de color: el blanco lácteo se va tiñendo de rojo sanguíneo.

¡De buena me he librado!

OceanofPDF.com

Coba

EL MÉDICO ME LO DIJO muy seriamente:

—Lo que a usted le pasa es que no da coba. El organismo humano produce un alto porcentaje de coba, mediante glándulas semejantes a las productoras del jugo gástrico y pancreático. Y esa coba hay que darla, hay que soltarla, para que no se acumule dentro del cuerpo y envenene la sangre. Porque la coba es una sustancia más dulce y pegajosa que el azúcar y la miel. Y del mismo modo que el exceso de azúcar convierte a un hombre en diabético, un exceso de coba sin expulsar en el torrente sanguíneo le expone a sufrir un colapso cobístico.

»Hay que dar coba con regularidad, constantemente, para que el cuerpo aligerado de ese lastre pueda ascender. Observe a su alrededor, y verá cómo ascienden todos los hombres que dan toda la coba que producen.

»Soltando la coba se experimenta el mismo alivio que vaciando la vejiga; y ninguna de estas dos funciones debe avergonzarnos, por ser ambas igualmente naturales e indispensables para el bienestar orgánico.

»A usted le avergüenza dar coba, y por eso se encuentra cada vez peor: conseguir cualquier cosa, por pequeña que sea, le cuesta un trabajo agotador; está siempre malhumorado porque no prospera y porque ve prosperar a otros que valen menos que usted.

»Yo le garantizo que su vida cambiará completamente cuando pierda vergüenza y empiece a dar la coba que tiene dentro. No tiene que darla toda a la vez. Sufriría usted un choque psíquico demasiado intenso.

»Empiece dando un poco de coba antes de cada comida, y vaya aumentando la dosis gradualmente. Cuando elimine toda la coba que acumuló en su sangre por no atreverse a darla, el riesgo de que sufra un colapso cobístico estará conjurado.

»A partir de ese momento sólo tendrá que dar la coba que sus glándulas de secreción interna vayan produciendo. Si no sigue mis consejos, el índice

de caba que contiene su organismo aumentará hasta alcanzar una densidad inaguantable.

Seguí los consejos del médico. Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para vencer la vergüenza que me producía el tratamiento que me recomendó, pero fui dando poco a poco la caba que mi cuerpo tenía almacenada.

Y el resultado fue espectacular:

Mis ingresos se duplicaron en poco tiempo, y aumentaron también los tamaños de mi coche y mi vivienda. El médico me ha dicho que si continúo el tratamiento con constancia y al mismo ritmo, pronto podrá darme de alta porque no tardarán en nombrarme director general.

—Otros pacientes míos —me ha asegurado— llegaron a ministros por el mismo procedimiento.

OceanofPDF.com

El rollo de fotografía

ATARDECERES COMO EL DE HOY justifican el elevado precio del alquiler que sus inquilinos pagan por la casita. Porque la casita, en realidad, no vale nada. Ni siquiera tiene nombre, como todas las «villas» que salpican ese trozo de la costa, pero sí tiene en cambio un emplazamiento excepcional.

Construida en un saliente del acantilado, domina una bahía pequeña como un mordisco entre Niza y Montecarlo. Y al atardecer de los días claros, cuando el sol desaparece por poniente, todo el mar de la Costa Azul que puede verse desde la casita se vuelve rojo. Tan rojo como el vino tinto provenzal.

El fenómeno dura pocos minutos, pero al inquilino de la casita le compensa del precio que paga por ella. Y le compensará más aún cuando logre trasladar ese efecto cromático a sus lienzos, ya que el inquilino es pintor y bastante bueno por cierto. Tan bueno que pese a su juventud ya vive de su pintura, y hasta tiene un marchante que está a punto de conseguirle una sala de primera categoría para exponer en París.

Para trabajar en esa exposición futura alquilaron la casita él y Colette, en cuanto dieron por terminado su viaje de novios, y desde entonces no han perdido el tiempo: Marcel ya ha terminado dos cuadros magníficos, y Colette ha tenido ocasión de demostrar en sólo dos semanas su extraordinaria capacidad para organizar una confortable vida hogareña en plena Naturaleza, a cinco kilómetros y medio de la civilización. Porque a esa distancia está el pueblo más próximo, en el que ella se abastece y hace todas sus compras.

Del pueblo llega en su pequeño utilitario, precisamente cuando Marcel ha terminado de contemplar esa luz asombrosa del atardecer. Y la pareja se abraza con la efusión propia de los recién casados.

—¿Me echaste de menos? —quiere saber ella.

—Tanto, que deberías espaciar tus viajes al pueblo.

—¿Más aún? Pero si sólo voy dos veces por semana.

—Si compraras los víveres al por mayor, sólo tendrías que ir una vez al mes.

—Pero un genio como tú necesita alimentos frescos. Pescado sobre todo, que tiene mucho fósforo. Y el pescado hay que comprarlo cuando acaban de pescarlo. Hoy precisamente acababan de llegar las barcas con unos salmonetes vivitos y coleando...

—Deja ahora los salmonetes —ruega Marcel, abrazándola de nuevo.

—Los he dejado ya en la nevera. Te traje también los periódicos de París, y recogí las fotos.

—¿Qué fotos?

—El último rollo que hice en nuestro viaje de novios.

—¿Qué tal salieron?

—No las he visto aún —dice ella desasiéndose del abrazo y buscando las fotos en el bolso que trae en bandolera—, pero me figuro que habrán salido estupendamente. Porque tú serás un gran pintor, pero yo soy una gran fotógrafa. Aquí están.

Colette saca del bolso el habitual sobre amarillo en el que los laboratorios fotográficos entregan sus trabajos. Dentro del sobre están los negativos y las copias, que Marcel empieza a examinar con ojos críticos.

—No están mal —concede después de ver las dos primeras—. Teniendo en cuenta que están hechas con una máquina que es una birria...

—No tan birria —protesta ella—. Ya quisieran muchas máquinas caras hacer unas fotos tan buenas como las Instamatic. Déjamelas ver a mí también.

Y Marcel se las va pasando a medida que las va viendo.

—Ésta es magnífica —reconoce él deteniéndose en una—, aunque pudiste centrarla mejor y no cortarme una oreja.

—Lo hice a propósito, para que se vieran los jardines con el mar al fondo. Porque los jardines del Casino son ideales.

—Del Casino de Montecarlo, ¿no?

—Sí. Todo este rollo es de Mónaco. De la última etapa del viaje.

—Tampoco yo soy mal fotógrafo —presume él—. Mira lo bien que te saqué aquí, a la puerta del palacio.

—No tan bien —critica ella—. He salido un poco movida.

—Porque en aquel momento salió del palacio un señor gordo, y te volviste a mirarlo creyendo que era el príncipe Raniero. La que no está nada mal es ésta, en la que estamos los dos.

—Preciosa —la admira ella—. Se ven todos los barquitos del puerto. Nos la hizo el camarero de aquel restaurante donde comimos tan mal y nos cobraron tan caro, ¿te acuerdas?

Pero Marcel no contesta, porque está contemplando asombrado las fotos restantes.

—¿Quién es este tío con barba? —pregunta sin salir de su asombro—. ¿Y este flaco con gafas?

—¿Qué estás diciendo? —se aproxima a mirar Colette.

—Fíjate en estas cuatro fotografías —se las enseña Marcel—. ¿Quiénes son estos tipos?

—¿A ver? —dice ella mientras mira con atención—. ¡Qué raro! No he visto en mi vida a ninguno de los dos. Ni a esta rubia platino que está con ellos en la última foto.

—Sin embargo, parece que todas están hechas con tu máquina: tienen el mismo tamaño, la misma luz...

Ambos examinan juntos y muy atentamente las cuatro fotografías insólitas:

La primera es un plano corto de un hombre corpulento, moreno y con barba, que sonríe ante la puerta de un chalé.

En la segunda aparece sentado en una terraza, con un trozo de costa al fondo, un individuo muy delgado y casi calvo que oculta sus ojos tras unas gafas negras tan grandes como un antifaz.

En la tercera están juntos el barbudo y el gafudo, recostados en el capó de un automóvil visto de frente.

La cuarta es una panorámica del chalé, ante el cual pueden verse los mismos sujetos, dando un brazo cada uno a una chica teñida de rubio platino colocada entre los dos. La chica es alta y se ve claramente que está muy bien hecha, pues su somero bikini amarillo apenas oculta sus hechuras.

—Es evidente que en la tienda a la que llevaste a revelar el rollo, o en el laboratorio donde lo revelaron, han sufrido un error —deduce Marcel.

—Sí —está de acuerdo Colette—. Eso es sin duda lo que ha pasado. Aunque también es verdad que estas fotos parecen hechas con mi máquina.

—Ten en cuenta que hay millones de maquinitas Instamatic como la tuya. Justamente por eso se habrán equivocado: por haber tantas fotos hechas con máquinas iguales.

—Tienes razón. Llevaré estas fotos a la tienda, y que me den las mías.

—Lleva también el negativo del rollo —aconseja él, sacándolo del sobre—. Porque llevando este negativo, podrán ver cuáles son las que no te han entregado. Y si no las encuentran, que las repitan.

Marcel estira el pequeño rollito de película para examinarlo al trasluz.

—Éstas son las fotos del palacio... —va diciendo a medida que las va reconociendo—... la mía frente al Casino... la tuya en el puerto... y ésta...

Hace una pausa, frunce el entrecejo y exclama:

—¡No puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser?

—¡Que las cuatro primeras fotos del rollo —exclama Marcel— son ésas!

—¿Cuáles?

—¡Las de esos tipos!: ¡aquí, en el negativo, están el barbudo, y el de las gafas, y la rubia platino!

—¿Y qué?

—¿Pero es que no lo comprendes?

—Pues no.

—¡Eso significa que en la tienda no cometieron ningún error!

—¿Cómo que no? —protesta ella.

—¡Claro que no! ¡Y eso es precisamente lo que no puede ser! Porque, que esas cuatro fotos estén en el negativo, no tiene más que una explicación.

—¿Cuál?

—Que las hiciste tú.

—¿Yo? —exclama Colette, y rechaza a continuación—: ¡No digas disparates!

—Tengo que decirlos, ya que en este caso se da la paradoja de que un razonamiento lógico me lleva a una conclusión disparatada: puesto que esas

fotos forman parte de la tira única en la que están las doce instantáneas del rollo, es evidente que la tienda no se equivocó. Y si ocho de esas fotos las hiciste tú, es evidente que tú harías también las otras cuatro.

—¿Pero no comprendes que es completamente absurdo? —se indigna Colette—. Ni yo conozco a los tipos retratados, ni pude retratarlos en ningún momento sin que tú te enteraras. Porque durante todo el viaje de novios, no me separé de ti ni medio minuto.

—Tienes razón —reconoce él—. Pero el caso es que las fotos se hicieron con tu máquina, y alguien tuvo que hacerlas.

—Alguien que cogería mi máquina sin que yo me diera cuenta.

—Pero nadie te la robó, ni recuerdo tampoco que la echaras en falta en ningún momento del viaje —dice Marcel, pensativo—. Tampoco es lógico que alguien te quitara la máquina para devolvértela después de haber hecho esas cuatro fotos.

—Es inexplicable.

—No señora —rechaza él—. Todo lo que parece inexplicable, tiene siempre una explicación. Y se acaba por encontrar, si se busca con serenidad y lógica.

—Tampoco vale la pena que por esa tontería nos rompamos la cabeza —se encoge de hombros Colette.

—¿De veras te parece una tontería que tres personas desconocidas se hayan colado en una máquina fotográfica que no se ha separado de nosotros?

—Es raro, desde luego.

—Es más que raro, guapa: es un misterio que podremos descifrar procediendo con lógica —dice Marcel, examinando de nuevo al trasluz la tirita de celuloide—. Para empezar, tenemos un dato que puede ayudarnos: las fotos misteriosas son las cuatro primeras del rollo. Eso significa que se hicieron cuando tú acababas de poner el rollo nuevo. ¿Recuerdas cuándo lo pusiste?

—Pues así, de pronto...

—Haz memoria —ruega Marcel—. No te será difícil recordarlo, puesto que fue el último rollo del viaje. Y como la última etapa del viaje fue Mónaco, es probable que lo pusieras allí.

—¿En Mónaco? —repite Colette, pensativa—. Pues no. Me parece que este rollo lo compré antes. En Italia, sí.

—¿Estás segura?

—Pues sí. Lo compré en San Remo, dos o tres días antes de ir a Montecarlo. Incluso creo que allí hicimos algunas fotos.

—¿En dónde?

—En San Remo. Tú me hiciste una a la puerta del hotel, y yo hice un par de ellas en el paseo marítimo.

—Con este mismo rollo, no —niega Marcel.

—Con éste tuvo que ser —afirma Colette—, puesto que luego se puso a llover y no hice más fotos hasta que llegamos a Mónaco. Y en Mónaco acabé este rollo que empezamos en San Remo.

—¿Dónde están entonces las fotos que hicimos en San Remo?

—¡Anda, pues es verdad! —cae en la cuenta Colette—. Tendrían que estar con las demás, claro... A lo mejor es que no salieron.

—Si no hubieran salido, se verían veladas en el negativo. Y en el negativo se ven las doce fotos del rollo completo.

—Pues no lo entiendo, la verdad.

—Tratemos de entenderlo por medio de la lógica —propone Marcel—. Si las cuatro primeras fotos de este rollo son las inexplicables, significa que tu máquina estuvo en otras manos justamente antes de que tú hicieras la quinta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo hasta cierto punto, puesto que queda por saber dónde fueron a parar las fotos hechas en San Remo.

—Eso forma parte del mismo misterio: ¿cómo pudo arreglárselas quien tuvo tu máquina en su poder para sustituir nuestras fotos de San Remo por las de esos tres desconocidos? Pero si tenemos en cuenta que la quinta foto del rollo me la hiciste tú en Montecarlo, en los jardines del Casino, ya sabemos algo.

—¿El qué? —quiere saberlo también Colette.

—Que quien usó tu máquina lo hizo justamente antes de esa quinta foto. Y como esa foto me la hiciste al salir del Casino, aquella tarde que estuvimos jugando a la ruleta...

—Pues no sé... —empieza a decir ella, pensativa, pero luego rectifica—: o mejor dicho, sí. ¡Creo que ya lo sé!... ¡Fue allí la única vez que dejé la máquina!

—¿Dónde?

—¡En el Casino! ¿No recuerdas que me advirtieron que estaba prohibido entrar en las salas de juego con aparatos fotográficos?

—Sí, es cierto. Y la dejaste en el guardarropa.

—Exactamente. Tuvo que ser entonces: alguien la cogió de allí para hacer esas fotos.

—No —rechaza Marcel—. No es lógico, porque nadie podía cogerla de un guardarropa vigilado y protegido, en el que docenas de turistas depositan docenas de máquinas.

—Tienes razón —admite Colette—. Había tantísimas... De todas las marcas y tamaños. No sé cómo se las arreglaba la empleada para no equivocarse, puesto que había muchas iguales...

—¡Muchas iguales! —repite Marcel, dándose una palmada en la frente—. ¡Allí está el quid de la cuestión! ¡Acabas de dar en el clavo!

—¿Qué quieres decir?

—¡Lo has dicho tú! ¡Que por haber muchas máquinas iguales, la empleada se equivocó! Y cuando al salir del Casino fuiste a recoger la tuya, te dio otra.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Eso explica esas fotos inexplicables al principio del rollo, y que no aparezcan en cambio las que hicimos en San Remo: la máquina que recogiste era igual a la que entregaste, pero no la misma. Las Instamatic son tan idénticas y abundantes, que es fácil confundirlas.

—Puede que tengas razón —admite Colette.

—Estoy seguro de que la tengo. Y eso lo aclara todo.

—Entonces —opina ella—, tendremos que ir al Casino de Montecarlo.

—¿Para qué?

—Para devolver la máquina que me dieron por error y recuperar la mía.

—No vale la pena —razona Marcel—. Es de suponer que la tuya se la darían al dueño de la que tú recogiste. Y puesto que ambas eran iguales, nadie ha salido perjudicado. Habéis quedado en paz.

—Pero nosotros tenemos estas cuatro fotos tuyas.

—Y en el otro rollo aparecerán las tres o cuatro nuestras. Por esa pequeñez, como comprenderás, no vale la pena molestar al Casino más importante de Europa.

—No, claro —reconoce Colette—. Es de suponer que tendrán problemas más importantes.

—Y tan importantes. Puedes imaginarte los problemas que habrá en un Casino que gana millones todos los días, y que los pierde también. Porque el día que estuvimos nosotros se cometió aquel robo tan gordo.

—Tienes razón. Y nosotros, que estábamos allí, ni nos enteramos.

—Pero, según dijeron los periódicos, los ladrones se llevaron diez millones. Y con la máxima discreción, mientras todas las salas de juego estaban abiertas al público.

—Y mientras nosotros perdíamos casi trescientos francos —suspira ella.

—Pues a lo mejor los ladrones estuvieron a nuestro lado sin que nos diéramos cuenta —recuerda Marcel—. Leí que entraron respetando todos los trámites y pagando su entrada como todo el mundo. Una vez dentro, se colaron en las oficinas y dieron el golpe.

—Más de un golpe darían para dormir a los cajeros.

—Según dicen, los durmieron con cloroformo. Y cuando se despertaron, habían volado los ladrones con los millones. Por lo visto, o mejor dicho por lo no visto, salieron tranquilamente por la puerta principal sin que nadie sospechara nada. Mezclados con los turistas. Comprenderás que sería ridículo pretender que el Casino de Montecarlo busque tu maquinita de noventa francos, cuando debe de andar de cabeza buscando a los ladrones de esos diez millones.

—Ya verás cómo acaban por encontrarlos —opina Colette—. Esos robos tan grandes y espectaculares siempre se descubren.

—Pues éste, según los periódicos, podría ser uno de esos robos perfectos que nunca llegan a descubrirse. Hasta ahora lo único que se sabe es que los ladrones eran tres: dos hombres y una mujer.

—¡Qué casualidad!

—¿Por qué?

—Que también fueron tres, dos hombres y una mujer, los que se llevaron mi máquina.

—Es verdad —ríe Marcel—. Si no nos hubieran dejado la suya, podríamos pensar que te la robaron los mismos ladrones para redondear su botín.

—De todos modos, la casualidad tiene gracia.

—Pues sí; porque uno de los ladrones, según declaración de los cajeros, también tenía barba. Y tan poblada como el barbudo de la foto.

—¿Y nadie vio el color del pelo de la ladrona?

—Nadie pudo verlo con claridad, porque se cubría la cabeza y la cara con una media de seda. Pero debía de llevar una peluca, ya que todos coinciden en que no era rubia ni morena.

—¡No me digas que cabe la posibilidad de que tuviera el pelo blanco, o platino! —exclama Colette.

—Pues sí, ¿por qué no?

—¡Porque rubia platino es la que aparece retratada en las fotos misteriosas!

—¿Estás segura? —pregunta Marcel, cogiendo de nuevo las fotografías para examinarlas—. Pues sí, tienes razón: tiene el pelo casi blanco, platinado.

—Y el de la barba que está junto a ella —opina Colette mirando también la foto junto a Marcel—, tiene una cara patibularia que da miedo.

—No te sugeriones, mujer.

—No me digas que con ese gesto y la boca entreabierta no resulta feroz.

—A mí me parece que está sonriendo.

—Está enseñando los dientes, que no es igual. Tampoco el otro compinche tiene una pinta muy tranquilizadora.

—Muy simpático no parece —admite Marcel, examinando también las otras fotografías en las que el flaco aparece solo en una terraza, y con el barbudo junto al capó de un coche—. Pero de eso a pensar que puedan ser unos bandidos... Aunque esto sí que es raro.

—¿El qué? —quiere saber Colette.

—Fíjate en el flaco, y también en el barbudo. A los dos les asoma algo en el costado derecho, por encima del cinturón. ¿Lo ves?

—¿A ver? —se fija ella, acercándose las fotos a los ojos—. Pues sí: se ven como unas manchitas oscuras.

—Pues estoy casi seguro de que son pistolas. Culatas de pistolas metidas en el cinturón. Y en ese caso...

—En ese caso ¿qué?

—Como no es frecuente que unos simples turistas vayan armados, teniendo en cuenta también que son dos hombres y una mujer, puede que sean los ladrones del Casino.

—¡Dios mío! —exclama Colette, asustada—. ¿Y qué podemos hacer?

—Ante todo, asegurarnos de que no nos equivocamos analizando los hechos con frialdad. Sabemos que los ladrones eran tres, y es muy probable también que la mujer fuera rubia platino. Sabemos igualmente que uno de los hombres era barbudo, y que iban armados con pistolas. Hasta ahora, todos estos detalles coinciden con el trío de las fotos. Sabemos también que entraron y salieron del Casino sin llamar la atención, como simples visitantes. Supongamos que para dar más verosimilitud a su disfraz de turistas corrientes, llevaban una máquina de fotografías. Es lógico que cumpliendo el reglamento tuvieran que dejarla en el guardarropa, y muy lógico también que la empleada se equivocara al devolvérsela. Creo por lo tanto que este pequeño error ha desbaratado un robo que pudo ser perfecto: el azar ha puesto en nuestras manos, nada más y nada menos, que las fotos de los ladrones.

—¡Cielo santo! —vuelve a asustarse Colette—. ¿Y qué vamos a hacer con ellas?

—Dárselas a la policía, naturalmente —contesta Marcel—. Pero hay que pensar cómo se las daremos.

—No creo que haga falta pensar nada —opina ella—: se las damos y se acabó.

—Hay que dárselas de la forma que más nos convenga. Sería tonto que no aprovecháramos nuestra buena suerte.

—¿Qué buena suerte?

—La de haber descubierto a los autores de un robo importantísimo y perfecto: ¡diez millones de francos, sin dejar ni una pista! Y cuando toda la

policía tiene que confesar su fracaso, nosotros proporcionamos la solución del misterio. ¿No es natural que nos aprovechemos de este éxito?

—Sí —está de acuerdo ella—. Pero ¿cómo podemos aprovecharnos?

—Haciéndonos una publicidad formidable. Debemos asegurarnos de que todo el mundo se enterará de que la banda fue capturada gracias a nosotros: entrevistas en los periódicos, reportajes en la televisión... Esto nos dará una fama que le vendrá muy bien a mi nombre, de cara a la exposición de mis cuadros en París.

—Para eso haría falta que esas cuatro fotos bastaran para capturar a los ladrones.

—Bastarán, naturalmente —afirma Marcel—. Son una pista definitiva.

—Tanto como eso... —duda Colette.

—¡Pues claro que sí! En las fotos están todos los datos necesarios para la captura. Aparecen los tres miembros de la banda a cara descubierta, fáciles por lo tanto de identificar. Y fáciles también de localizar, puesto que las fotos están llenas de detalles para su localización. Fíjate en ésta —las va seleccionando Marcel para mostrárselas—, en la que aparecen los tres ante una casa. Sobre la puerta del jardín, ¿no ves unos mosaicos?

—Sí, sí.

—Pues en ellos está escrito el nombre de la finca.

—Es verdad —observa ella primero y lee después—: «Les hirondelles.»

—Pues ya sabemos el nombre de su guarida. Y no es difícil tampoco averiguar su emplazamiento, si nos fijamos en esta segunda foto del flaco sentado en una terraza. Se ve al fondo un trozo de costa, que la policía identificará rápidamente. Y por si estos datos no bastaran, que sí bastarán, suministraremos otro muy valioso también: el coche de los ladrones visto de frente en esta fotografía, con su matrícula perfectamente visible y legible. No es por lo tanto una pista vaga la que vamos a proporcionar, sino una información muy completa y concreta.

—Nosotros en cambio no corremos ningún riesgo, ¿verdad? —quiere saber ella.

—¿Nosotros? —se extraña él—. ¡Claro que no! ¿Por qué habríamos de correrlo?

—Por nada, por nada. Se me ocurrió pensar...

—¿Qué pensaste?

—Que si nosotros tenemos las fotos de los ladrones, ellos, a consecuencia del mismo error, tienen también las nuestras.

—¿Y qué?

—Que si a ellos puede localizarles la policía por estas fotos, a nosotros se nos podría localizar por la misma razón.

—Es verdad —cae en la cuenta Marcel—. Lo que acabas de decir no es ninguna bobada. Puede ser incluso importantísimo.

—Eso creo yo.

—Si los ladrones revelaron el rollo de tu máquina que les dieron por error —analiza Marcel según su costumbre—, habrán hecho deducciones hasta llegar a la misma conclusión que nosotros: que los desconocidos retratados al principio del rollo que ellos tienen, son los que tienen su máquina con estas cuatro fotos que ellos hicieron.

—¡Dios mío! —exclama Colette, alarmadísima. Y razona a continuación—: ¡Si son de veras los ladrones del Casino y saben que estas fotos pueden servir para identificarles, querrán recuperarlas a toda costa!

—Sí, claro —se alarma también Marcel—. Tratarán de localizarnos siguiendo las pistas que puedan proporcionarles nuestras fotos.

—¡Y si nos localizan —junta ella las manos, angustiada—, nos matarán!

—¡Mujer, por favor! No exageres.

—¿Qué otra cosa pueden hacer para salvarse, puesto que somos los únicos que sabemos quiénes son y podemos denunciarles? Diez millones y la impunidad, tienen mucho más valor para esa gentuza que un par de vidas humanas.

—Estoy de acuerdo —admite él—. Pero suponiendo que hayan decidido matarnos, no les resultará tan fácil localizarnos.

—¿Cómo que no? En las fotos que hicimos en San Remo aparecíamos los dos muy claramente.

—Pero hay un abismo entre vernos con claridad y averiguar nuestra identidad. Aunque, pensándolo bien —murmura él, preocupado—, te hice un par de fotos en el paseo marítimo apoyada en nuestro coche. En una de

ellas es seguro que saldría el número de la matrícula. No es difícil que hayan seguido esa pista.

—Más fácil aún es que hayan seguido la que yo les proporcioné, retratándote a la puerta del Hotel Paradiso. Enseñando esa foto en el hotel, pueden obtener todos tus datos que constarán en el fichero de huéspedes recientes.

—Pero necesitarán mucho tiempo para hacer todas esas deducciones —opina Marcel tratando de tranquilizarse—. También tardarán lo suyo en ir a San Remo y volver.

—Han podido revelar su rollo antes que nosotros el nuestro —razona Colette, nerviosa—. Y en ese caso, puede que se nos hayan adelantado.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá hayan ido ya a San Remo, y estén en camino de encontrarnos.

—No seas pesimista, mujer.

—Por si acaso, coge las fotos y vamos a presentar la denuncia.

—¿Ahora?

—Cuanto antes, mejor. ¿No te das cuenta de que estamos corriendo un peligro espantoso?

—Tanto como espantoso... Tampoco hay que desquiciar las cosas.

—Pero yo tengo mucho miedo, Marcel.

—No hay ningún motivo, tontina —trata de tranquilizarla él—. Al fin y al cabo, todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido suponer. Hemos supuesto todo lo que ha ocurrido y todo lo que puede ocurrir. Y por lógicas que hayan sido nuestras suposiciones, podemos estar equivocados.

—De todos modos, debemos ir a la policía.

—Sí, mujer —concede él, mirando su reloj—. Pera ya es un poco tarde.

Es un poco tarde, en efecto, pero no sólo por la hora. Es tarde también porque un coche acaba de detenerse a la puerta de la casita y en él viajan tres personas: un hombre barbudo, otro muy delgado y una mujer con el pelo teñido de rubio platino.

El remoquete

NO HAY PUBLICACIONES tan monárquicas como las revistas del corazón, puesto que viven fundamentalmente gracias a los chismorreos de todas las monarquías.

Por estas revistas se habrán enterado ustedes de que Filiberto IV falleció hace tres meses, después de reinar en Burlonia durante veinte años. El pueblo burlón le lloró bastante, porque Filiberto IV reinaba bien. Sin ser ninguna lumbrera, virtud que por otra parte nadie le exige a ningún monarca, supo dejarle a su hijo lo mismo que él había recibido de su padre: un pequeño país ni muy rico ni muy pobre, en el que sus habitantes no vivían ni bien ni mal. Más o menos como en todos los países que son agrícolas porque no pueden ser nada mejor, por carecer de minas en su subsuelo y de costas en su perímetro.

Esta falta de recursos minerales y de salidas al mar hacía de Burlonia una nacioncilla tranquila, sin más ambiciones que las modestas cifradas en la obtención de buenas cosechas.

También la gente era calmosa y pacífica, pues la agricultura se hace a base de calma y paz, con larga paciencia para esperar que un grano se transforme en espiga.

No es difícil por lo tanto reinar bien en un reino agricultor sin hombres impacientes ni industrias contaminantes, donde toda la producción depende de la Naturaleza, que nunca tiene prisa. Pero que tiene en cambio toda la responsabilidad cuando las cosas marchan mal, porque ésa es la gran ventaja de los países agrícolas: que no es el Gobierno quien tiene la culpa de las sequías y otras circunstancias climáticas que hacen las cosechas catastróficas, sino la Naturaleza. Y de este modo, al no ser culpables los gobernantes de estos desastres naturales, los regímenes en los países agrícolas son siempre mucho más estables.

Por eso mismo la monarquía burlona conserva su estabilidad desde hace un montón de siglos. Concretamente desde los tiempos de Maricastaña, que

debió de ser la madre del primer rey burlón.

Del último no hará falta que me extienda en descripciones, porque toda la prensa mundial acaba de publicar abundante material fotográfico con motivo de su subida al trono. Filiberto V, como todo el mundo ha visto, es un joven delgaducho con más facha de paje que de monarca. Ni siquiera tiene un perfil con personalidad, tan importante a la hora de imprimir sellos y acuñar monedas. Pero con la coña de la primogenitura que todas las monarquías respetan, no hereda la corona el infante que reúna más condiciones físicas y mentales, sino el primogénito aunque sea un hortera en todos los sentidos. Pero a mí, plin. Allí las tradiciones dinásticas con su perseverancia en los errores. Yo sólo quiero contar una conversación que acaba de sostener el chambelán de la corte burlona con Su nueva Majestad:

—Permitidme, señor, que os aconseje en un detalle que carece por ahora de importancia, pero que tendrá en el futuro verdadera trascendencia histórica.

»Vuestra Majestad acaba de iniciar su reinado, y es conocido de momento por el nombre de Filiberto V, pelado. Quiero decir que vuestro nombre no tiene aún el aditamento complementario y definitorio de vuestra augusta personalidad. Sois joven, sí, pero no os chupáis el egregio dedo; y de sobra sabéis que todos los monarcas importantes pasan a la Historia con un apelativo certero que define el rasgo predominante de su carácter.

»El apelativo o sobrenombre es al rey lo que el remoquete o el alias al delincuente. Permitidme que os ponga un ejemplo terrible pero muy claro: del mismo modo que un monarca culto mereció el título de Alfonso «el Sabio», un asesino abyecto pasó a la historia del crimen con el sobrenombre de Jack «el Destripador».

»Inconmensurable es la distancia que hay que salvar entre ambas nomenclaturas, pero es evidente que en ambos casos el apelativo entrecomillado cumple una eficaz misión definitoria de la figura correspondiente.

»Ignoro las oscuras razones por las cuales una testa reinante recibe el mismo tratamiento entre comillas que un despreciable mangante, pero mi ignorancia no impide que este hecho exista. Y puesto que el hecho existe, tratemos de paliar sus consecuencias anticipándonos a los acontecimientos.

No esperemos a que sea la Historia quien califique el comportamiento de Vuestra Majestad. Anticipémonos y adoptemos desde ahora ese aditamento a remolque de vuestra numeración que os definirá por los siglos de los siglos:

»Filiberto V, «el...» ¿qué?

»Pensadlo bien, Majestad. Estáis a tiempo de elegir el remoquete que os satisfaga. Hubo ya, como sabéis gracias a vuestros amplios conocimientos históricos, monarcas con apelativos tan sonoros como éstos: «el Santo», «el Cruel», «el Magnánimo», «el Hermoso», «el Doliente», «el Breve», «el Hechizado», «el Impotente», «el Católico»...

»Puesto que el apelativo debe reflejar la conducta predominante del rey durante su reinado, debéis decidir cuál pretendéis que sea esa conducta. Si vais a proteger las artes, adoptad desde ahora como apelativo «el Artista». O «el Folklórico» si vuestra protección piensa centrarse en las artes populares. Tampoco os iría mal, puesto que sois bien parecido aunque sin excesiva hermosura, «el Bonito».

»No os aconsejo, en cambio, «el Orador», pues aunque os gusta la oratoria tenéis el insignificante defecto de ser completamente tartaja.

»Tened en cuenta también que una concesión a lo popular os dará una imagen campechana a los ojos del pueblo, y dentro de esta línea puedo sugeriros algunos sobrenombres que caerían bien aunque suenan mal: «el Cachondo», «el Machote», «el Pistonudo»...

»Creo sin embargo, si Vuestra Majestad me permite un consejo sincero, que sólo hay actualmente un camino para que a Filiberto V no le pongan el mismo remoquete que al rey Pipino: «el Breve».

»Estamos viviendo una época de hondas y revolucionarias transformaciones sociales. Aterra ver en los mapas el avance incontenible de las hordas rojas, y aterra también ver cómo gran parte de los países occidentales van adquiriendo una tonalidad rojiza cada vez más pronunciada. Un mundo sin líderes ni economistas eficaces, incapaz de vivir holgadamente con unos recursos que no sabe repartir ni administrar, tiene que hacer economías para poder subsistir. Hoy se está dando la absurda paradoja de que el progreso y la técnica, en lugar de enriquecer a la Humanidad y conseguir que viva mejor, la está empobreciendo y

empeorando su nivel de vida. A este disparatado contrasentido se debe que muchos antiguos lujos tiendan a desaparecer. Y no puede negarse que uno de los lujos más bellos que las naciones del pasado se permitieron, fue la monarquía.

»Costosos eran los palacios y el boato cortesano, pero no arruinaban las saneadas economías nacionales de aquellas venturosas épocas. Ahora, no sé por qué, se recortan los presupuestos de las familias reales como si ese gasto resultara insostenible incluso para los países más poderosos de la tierra.

»Los palacios se transforman en museos y prospera la idea de que las monarquías son despilfarros anacrónicos. En estas circunstancias, me permito aconsejar a Vuestra Majestad que proceda con la máxima discreción.

»Merecéis sin duda un apelativo rimbombante, algo así como «el Conquistador», «el Poderoso» o «el Magnífico», pero temo que sería contraproducente. Puesto que el progreso nos lleva a apretarnos cada vez más el cinturón, no son aconsejables los alardes.

»Son pocas las monarquías que van quedando en el mundo, y menos quedarán si no se comportan con exquisita modestia. Si Vuestra Majestad desea permanecer en el trono, le sugiero que adopte este sobrenombre paradójico pero sumamente eficaz: Filiberto V «el Republicano».

»Sólo apoyándose en contradicciones disparatadas, se puede sobrevivir en este mundo enloquecido y contradictorio. Si ya vimos la transformación de muchos fascistas en demócratas, ¿a quién puede extrañarle que un rey lance astutos vivas a la república? Los tiempos actuales son tan difíciles, que pueden llevarse a cabo los más rastreros e increíbles chaqueteos con tal de no perder el pan nuestro de cada día.

»Decídase pronto Vuestra Majestad. A la hora de chaquetear, hay que perder todo el pudor. Y yo estoy seguro de que «el Republicano» es buen remoquete para reinar en Burlonia, país todavía monárquico hasta que a algún gracioso se le ocurra someter la monarquía a referéndum nacional.

El retrato-robot

ES DURA LA VIDA del viajante y cada año se endurece más. Sobre todo cuando los artículos que uno representa se quedan anticuados y los fabricantes se niegan a modernizarlos.

Como me ocurre a mí con las fajas y sostenes Spring, cuyos modelos no varían desde hace un siglo. Nada consigo con explicarle a la fábrica que los gustos han variado y las curvas femeninas también: la marca Spring no modifica su catálogo. Sigue produciendo corsés como armaduras medievales, y sujetadores con tirantes y refuerzos para tetas de tamaño vacuno.

Lo cual me obliga a trabajar las zonas rurales, donde no han llegado aún las modas dietéticas y estéticas que separan ampliamente a las mujeres de las vacas. Sólo en esas zonas encuentro todavía una clientela capaz de llenar las copas como copones de los sostenes Spring, y de las fajas que por sus anchuras más parecen gualdrapas.

Pero también es verdad que para ciudadanas esbeltas, con caderas escurridas y parejas de pechetes cual limón partido en dos, ¿qué necesidad hay de fabricar sujeciones de ninguna clase?

Lo malo es que la gente de los pueblos se está modernizando por culpa de la televisión, y ya empiezan las mozas campesinas a querer imitar las esbelteces de las artistas televisuales. Con lo cual se va reduciendo también en el sector campestre mi clientela tetuda y nalguda.

Pero no tengo más remedio que seguir trabajando la representación de Spring durante todo lo que me resta de vida laboral, porque a mis sesenta años cumplidos ya no puedo conseguir representaciones nuevas. Moriré con las fajas y los sostenes puestos, y los pocos que aún pueda poner.

Aun mejor me iría si esa fábrica vetusta modernizara su muestrario, como me he modernizado yo. Para este último viaje pinté mi viejo coche de amarillo chillón, y teñí mis canas de colorado. Como con la edad me han

salido en la piel pecas seniles, teñido de pelirrojo parezco irlandés y mucho más joven.

La apariencia cuenta mucho a la hora de vender; y un vendedor anciano contagia su ancianidad a los productos que ofrece, predisponiendo desfavorablemente a los posibles compradores.

La verdad es que hasta ahora el rejuvenecimiento en la presentación de mi coche y de mis canas, no ha aumentado gran cosa el volumen de mis ventas. Pero no he llegado todavía ni a la mitad de mi itinerario, y espero que el resultado final sea positivo.

He modernizado también en este recorrido mis alojamientos, pues desde hace casi cuarenta años siempre me alojaba en los mismos hoteluchos y pensiones de poca categoría. Pienso que esta costumbre no favorece a un vendedor actual, pues ahora la gente es más despabilada y puede razonar:

—No serán tan buenos los artículos cuando quien los vende tiene que vivir tan miserablemente.

Desde hoy, aunque me cueste más, voy a alojarme en hoteles nuevos donde nadie me conozca. Es una forma de reforzar mi prestigio y demostrar a mis clientes que los productos Spring son muy rentables.

En este pueblo, por ejemplo, al que acabo de llegar y en el que pernoctaré, voy a instalarme en un hotel que se acaba de inaugurar. Está en la mejor esquina de la calle principal y se llama Príncipe. El nombre se ajusta a su categoría, ya que no es tan bueno ni tan grande como para llamarse Rey o Emperador, pero parece cómodo y funcional.

No deben de abundar los huéspedes en esta época del año, ya que puedo estacionar frente a la puerta principal mi flamante coche amarillo. El vestíbulo es amplio, y quizá me parezca más amplio aún porque está desierto. Es natural, ya que son casi las once de la noche y esa hora en los pueblos, por grandes que sean, es tan avanzada como la madrugada en una ciudad.

Me atiende un hombre mayor, con gafas y bastante calvorota, que desempeña simultáneamente los cargos de recepcionista y conserje. Le pregunto si tiene habitaciones disponibles sólo por ser fino, pues la ausencia de automóviles en la puerta y de huéspedes en el vestíbulo me ha indicado

que el hotel debe de estar casi vacío. Me contesta amablemente que sí, y añade mirándome por encima de sus gafas:

—¿El señor ha estado ya en el hotel?

—No —le respondo—. Es la primera vez.

—En ese caso, tenga la bondad de rellenar la ficha.

La relleno, mientras él coge de un casillero la llave de la habitación que me ha asignado.

Cuando termino de rellenar la ficha y se la entrego, él ya tiene la llave en la mano pero observo que ahora me mira con más fijeza y menos amabilidad.

—¿Está seguro de que no estuvo aquí antes? —se decide a preguntarme después de observarme.

—En el pueblo, sí; pero en el hotel no, porque cuando estuve la última vez no se había inaugurado aún.

No parece demasiado satisfecho con mi explicación, porque sigue mirándome mientras murmura:

—Pues yo juraría... —y me entrega la llave con el ceño fruncido, añadiendo en tono profesional—: Habitación treinta y dos. ¿Tiene equipaje?

—Sólo este maletín —le muestro el que llevo en la mano, que he sacado del coche—. Yo mismo lo subiré.

—Su habitación está en el tercer piso, frente a la puerta del ascensor.

—Gracias —le digo; y al observar sobre el mostrador un montón de periódicos del día, añado—: ¿Puedo llevarme uno?

—Sí, desde luego.

Cojo un ejemplar del montón y oigo entonces que el conserje-recepcionista, como si acabara de recordar algo, exclama:

—¡Ah!

—¿Decía usted algo? —le pregunto, un poco sorprendido por su exclamación.

—No, nada —se disculpa, confuso.

—Buenas noches —le deseo, dirigiéndome al ascensor.

—Buenas... noches —balbucea él, con voz repentinamente temblorosa.

Sin comprender su extraña reacción, pero pensando que allá él y que a mí no me incumbe, subo en el ascensor a mi habitación.

Compruebo al entrar en ella que me va a costar muchísimo más que la fonda en la que paré en mis viajes anteriores, pero vale la pena. ¡Menuda diferencia entre este hotel y aquel fonducho!

Aquí todo es nuevo y moderno. La ventana tiene cortinas, y la cama una colcha preciosa. El colchón debe de ser comodísimo, y no un saco relleno de lana apelotonada como se estila en los hospedajes pueblerinos. Tampoco tendré que salir en busca de un retrete cuando tenga ganas de mear, pues hay en la habitación un lavabo a la altura conveniente.

Pensando en lo mucho que va a costarme pernoctar en este hotel, decido aprovechar la noche al máximo. Me desnudo de prisa, meo en el lavabo, y me meto en la cama, que es efectivamente tan blanda y relajante como supuse.

Pero el cansancio de mi jornada agotadora me impide dormir con la prontitud que yo deseaba. Siempre que estoy demasiado cansado, me ocurre lo mismo: tardo una barbaridad en conciliar el sueño.

Por fortuna dejé en la mesilla de noche el periódico que cogí en la recepción, y decido leerlo sentado en la cama hasta que pueda vencer el insomnio. Como no soy partidario de los somníferos, siempre lo venzo así: leyendo algo hasta que se me cierran los ojos.

Veo en el diario que las noticias del día no son demasiado aterradoras, pues la tipografía de la primera plana es discreta y nada escandalosa. Hay únicamente un recuadro que destaca y llama mi atención, por estar compuesto en letra gruesa y llevar una orla tan negra que le hace parecer una esquela mortuoria. Dice así:

«Tirar a matar» es la orden que tiene la policía. No hay otra alternativa frente al sanguinario «Asesino de la carretera», que ayer mismo añadió dos nuevas víctimas a su macabra lista. Bien armado y excelente tirador, no vacila en vaciar los cargadores de su metralleta contra los agentes que le persiguen. Todas las fuerzas policiales han sido movilizadas para acabar con este monstruo, cuya larga persecución va dejando un reguero de sangre por todo el país. (Más información en la página 6.)

Larga persecución, en efecto, pienso mientras busco la página seis y la información anunciada, pues hace ya más de tres meses que este tristemente célebre «Asesino de la carretera» empezó a matar. Y como es un loco que mata sin motivo, por darle gusto al dedo con el que aprieta el gatillo, se ha convertido en una pesadilla nacional. El tráfico en las carreteras ha disminuido sensiblemente desde su primer crimen, cuando ametralló a una familia que viajaba en un utilitario.

No soy cobarde, pero cuando mis itinerarios de viajante me obligan a recorrer de noche carreteras solitarias paso bastante miedo. Me alegraré de que cacen a ese monstruo, como muy acertadamente le llama el periódico, porque en este viaje me queda por recorrer una zona muy próxima al lugar donde acaba de cometer su último asesinato. Claro que por eso mismo todas las carreteras de esa zona estarán más vigiladas, pero un tipo tan astuto siempre puede burlar la vigilancia y darle a cualquiera un susto mortal.

Todo el país dormirá más tranquilo cuando acabe esa pesadilla. Y según leo en la página seis, como ampliación al recuadro de la primera, hay esperanzas de que acabe pronto. Dice la información, entre otras cosas:

La policía tiene ya un dato importante: un retrato-robot hecho con todas las descripciones de quienes vieron al «Asesino de la carretera» y sobrevivieron después de haberle visto. Este retrato-robot, bastante exacto según los testigos que han colaborado en su realización, facilitará considerablemente la tarea de estrechar el cerco en torno al monstruo. Desde hoy este enemigo público tiene un rostro que todos podremos reconocer y denunciar. Vea en nuestras páginas en color la reproducción de este retrato-robot y grábelo en su memoria. El peligro nos acecha a todos por igual. Todos por lo tanto debemos ayudar a conjurarlo.

Aunque se trata de un diario provinciano, el llamamiento a la colaboración ciudadana está bien hecho. Lenguaje grandilocuente e imágenes facilonas, pero eficaz. Yo mismo me apresuro a buscar las páginas en color para ver el tan anunciado retrato. Y lo encuentro al fin, bajo un grueso titular que advierte:

¡ÉSTE ES EL «ASESINO DE LA CARRETERA»!

Examino el rostro dibujado y coloreado. Lo examino con atención, y... ¡Dios mío!... ¡Siento de pronto como un puñetazo en el pecho!... ¡Se me corta la respiración!...

¿Qué me pasa?... ¿Por qué veo visiones? Porque tiene que ser una visión este retrato-robot que tengo ante los ojos.

¿Cómo es posible si no que el hombre que estoy viendo en el dibujo se parezca tanto a mí? ¿Será un efecto óptico debido a la poca luz que da la lamparita de la mesilla de noche?

Salto de la cama y corro a accionar el interruptor que enciende una lámpara grande que cuelga del techo. La habitación se inunda de una claridad intensa y blanca, que disipa todas las sombras y todas las dudas.

Vuelvo a mirar el periódico... ¡Dios!... ¡Nuevo puñetazo del corazón y nuevo ahogo!

Acabo de comprobar que el retrato-robot no sólo se parece a mí, sino que SOY YO MISMO.

Noto una flojera repentina, síntoma de que me voy a desmayar, y me doy unos cachetes en la cara. Me siento después, anonadado, a los pies de la cama. Pienso que quizá estoy soñando, pero tengo que rechazar este pensamiento consolador al pellizcarme los muslos y comprobar que los pellizcos me duelen.

Tampoco soy víctima de una alucinación pasajera, pues miro el periódico una y otra vez con idéntico resultado: tan igual a mí es el retrato-robot, que ni siquiera se diferencia en el color del pelo. ¡También él es pelirrojo!

El dolor de mi pecho se acentúa. Tengo que respirar profundamente, rítmicamente. El susto ha sido muy gordo, pero debo superarlo y encontrar una explicación.

¿Qué explicación puede haber? Tengo que pensar con calma. No se trata de una fotografía, sino de un dibujo. Y el dibujante lo hizo sin modelo, basándose en datos sueltos que fueron suministrándole diversos testigos. El retrato-robot es por lo tanto una suma de datos aproximados y bastante inexactos, cuyo parecido conmigo es puramente casual.

Pero esta casualidad es gravísima para mí, puesto que corro el riesgo de ser confundido con el «Asesino de la carretera»... Y si me confunden con él, me perseguirá toda la policía que tiene orden de tirar a matar...

¡Santo Dios! Si alguien me ve y me denuncia, estoy perdido.

¡Pero ahora recuerdo que alguien me ha visto y me habrá denunciado! ¡Claro! ¡El conserje que me recibió en el hotel!... Me extrañó que se asustara de pronto sin motivo aparente, pero ahora comprendo que se asustó cuando me comparó con el retrato-robot que había visto en el periódico. Y se apresuraría a avisar a la policía.

Pronto empezarán a oírse las sirenas de los coches-patrulla. Lo raro es que no se hayan oído ya, dado el tiempo transcurrido desde que subí a mi habitación y el conserje me denunció...

Es posible también que la policía haya optado por no hacer ruido. Si el asesino que buscan es tan astuto, se escaparía al oír las sirenas. Es probable por lo tanto que los agentes hayan venido sigilosamente, y que a estas horas el hotel esté rodeado para que no pueda huir. Como en las películas de la tele. Para la captura de los delincuentes peligrosos, se emplea siempre esa táctica: el teniente y sus hombres rodean el edificio donde se ha refugiado el criminal...

Eso estarán haciendo en estos momentos. Si pudiera asomarme a la ventana, los vería tomando posiciones en las calles adyacentes y en las casas de enfrente. Pero si me asomo, me acribillarán a balazos. Porque tienen órdenes de tirar a matar...

Aunque estoy paralizado por el terror, me doy cuenta de que algo debo hacer para advertirles que están equivocados; que mi parecido con el retrato-robot es pura chiripa; que no soy el «Asesino de la carretera», sino un representante de fajas y sostenes...

¿Son figuraciones mías, o hay hombres cuchicheando en el pasillo, cerca de mi puerta? Es natural que no sólo tomen posiciones alrededor del hotel, sino también dentro. Por lo tanto estoy copado. No tengo posibilidad de escapar...

¿Y por qué tendría que escaparme? ¡Yo no he hecho nada! Soy un modesto viajante que se ha teñido el pelo para parecer más joven y causar

mejor impresión. ¿Cómo podría explicárselo a todos esos policías que me rodean y que se disponen a caer sobre mí?

El pecho sigue doliéndome y apenas puedo mover el brazo izquierdo. Pero quizá alargando el derecho pueda alcanzar el teléfono que está en la mesilla... Eso es: por teléfono podré pedir socorro, explicar quién soy, impedir el error que van a cometer...

Intento alargar el brazo, pero el dolor es insoportable. Me llevo la mano al corazón... Noto que la vida se me está escapando por alguna parte, que no podré llegar al teléfono, que me estoy doblando, que me estoy cayendo...

—Pase a levantar el cadáver, señor juez, nadie lo ha tocado, está como lo encontramos esta mañana, caído en el suelo para que usted lo levante. Desgraciadamente, no es la primera vez que un huésped se nos muere de infarto. Por la ficha que yo mismo le di anoche para que la rellenara, sabemos que era viajante de comercio. Y era la primera vez que se hospedaba en el hotel. ¿Querrá usted creer que por un momento pensé que se trataba del hombre cuyo retrato-robot habían publicado los periódicos? Sólo por un momento, claro, pues todo el país sabe que el famoso «Asesino de la carretera» es un hombre joven, y a este infeliz se le notaba a la legua que era un viejo. Además de viejo, se le veía cansado y enfermo. Pero con ese pelo teñido de rojo, se daba cierto aire con el retrato dibujado. Si llego a fiarme del primer golpe de vista y le denuncié, ¡menudo planchazo! ¡Y menudo disgusto le hubiera dado al pobre! Aunque el disgusto se ha encargado de dárselo su propio corazón, sin intervención de nadie...

La fuerza del clandestino

Señor Jefe del Gobierno de Burlonia.

E.P.M. (estas letras no son siglas de un partido político, sino la abreviatura de «en propia mano»).

Señor Jefe del Gobierno:

Que no se culpe a nadie de su futura muerte. A nadie más que a mí, pues yo soy quien va a matarle tan pronto como se me ponga a tiro.

Queda por lo tanto hecha la reivindicación de ese próximo magnicidio. Aunque a mí me parezca desmesurado que me llamen magnicida por cargarme a un tipejo como usted, que tiene de magno lo que yo de obispo, apechugaré con ese título que honrará mi nombre y el de mi partido.

No quiero que otros se lleven la fama, cuando voy a ser yo solo el que carde esta lana. Avisándole de antemano le demuestro mi nobleza, pues el que avisa no es traidor. Y puesto que ya sabe que le mataré, voy a explicarle también por qué:

Me llamo Bipo Kremp y soy el jefe del R.I.P. Para ahorrarle el trabajo de consultar la Guía de Políticos, casi tan voluminosa como la de Teléfonos, le diré que estas siglas corresponden al partido Revolución Internacional Permanente.

No necesito decirle más, ya que usted y todo el país nos conocen de sobra. Somos el grupo de la oposición que más ruido ha armado en los últimos tiempos; y no digo lo del ruido en sentido figurado sino al pie de la letra, puesto que nuestras bombas fueron las más sonadas. También nuestros actos terroristas fueron ruidosos, pues disponíamos de armas automáticas y explosivos de todas clases.

Así, pese a su ubicación en la clandestinidad, el R.I.P. alcanzó una popularidad que para sí la quisieran muchos grandes partidos legalizados. Por nuestra presencia constante en el primer plano de los

sucesos nacionales, podía calculársenos una enorme potencia. Dábamos tantos golpes espectaculares en todo el territorio nacional, que hasta las fuerzas armadas nos respetaban y temían como a un poderosísimo ejército clandestino. Si se preguntaba a cualquier ciudadano:

—¿Cuántos afiliados cree usted que tiene el R.I.P.?

—¡Uf! —respondía invariablemente el interrogado.

Y ya se sabe que «uf», como «pi» y otras claves aritméticas, tiene su traducción matemática: «uf» no expresa una cantidad concreta, pero indica un número muy considerable que puede llegar a ser la hostia e incluso la repera.

Esta imprecisa pero altísima estimación de nuestros efectivos humanos, nos ponía en cabeza de las estadísticas que se publicaban sobre las fuerzas underground de la oposición.

Desde esta posición privilegiada presionábamos al gobierno, y el gobierno cedía muchas veces a nuestras presiones. Sin voto pero con la voz de sus armas, el R.I.P. se iba imponiendo a la opinión pública como una mayoría ilegal de amplitud incalculable.

La incógnita sin despejar de los votos que podríamos obtener en una confrontación electoral, pesaba también lo suyo a la hora de planear alianzas y estructurar coaliciones. Todos podían pensar, y muchos realmente lo pensaban, que si los votantes pertenecientes al R.I.P. se inclinaban a uno u otro bando de elegibles, podrían decidir con su inclinación el resultado de una votación.

De mi prestigio como jefe de estos activísimos activistas, ¿para qué le voy a hablar? Hablan por sí solas las colecciones de los periódicos, en las que mi nombre aparecía diariamente aureolado de ditirambos o denuestos. Bien sabe usted que, para denigrarme o enaltecerme, raro era el día que no se hablaba de mí.

La clandestinidad me convirtió en una figura mítica, superdotada de poderes casi sobrenaturales. Para las derechas era una especie de temible «coco», hasta el extremo de que las madres derechistas me empleaban como amenaza para someter a sus pequeñuelos desobedientes.

—Si no comes la sopa o no duermes la siesta —decían a los niños con voz cavernosa de cavernícola—, vendrá Bipo Kremp y te secuestrará. Inútil seguir explicándole la privilegiada posición que ocupé en el país, pues aunque usted me perseguía jamás logró echarme el guante. Moviéndome por los caminos de la clandestinidad, fui tendiendo una red para pescar el Poder en una fecha no muy lejana.

Pero este panorama acaba de cambiar radicalmente, y ha sido este cambio radical el que me obliga a eliminarle. Yo le mato a usted porque usted ha matado al R.I.P. Nuestras siglas van a tener ahora el fúnebre significado latino de un epitafio. El magnicidio en su persona será mi venganza por el daño mortal que nos ha hecho. Será también la última actuación del R.I.P. antes de desaparecer. Porque el R.I.P. desaparece por culpa de usted, no víctima de la persecución sino de la legalización.

Mire usted por dónde, lo que no logró persiguiéndonos lo ha logrado legalizándonos. Parece un contrasentido, pero es una verdad aplastante que nos ha aplastado.

Usted pensará que estoy loco, ya que yo mismo presenté hace tiempo la documentación necesaria solicitando que se nos legalizara oficialmente. Pero se lo pedí como el que pide peras al olmo, convencido de que jamás prosperaría mi solicitud.

En su negativa a sacarnos de la clandestinidad estaba la fuerza secreta de nuestro poderío, ya que la fuerza de todo grupo clandestino reside en que nadie sepa con exactitud su potencia real y los detalles de su organización.

Inesperadamente sin embargo, el olmo empezó a dar las insólitas peras que se le pidieron. Y obtuvimos el decreto de la legalización, que es al mismo tiempo y paradójicamente nuestra sentencia de muerte. Porque ahora, deslumbrados y parpadeantes, tenemos que salir de las tinieblas clandestinas a la luz pública. Tenemos que abandonar nuestros escondrijos y abrir unas oficinas, paso nefasto que descubrirá nuestra verdad a los ojos de todo el país.

Y la verdad es que somos cuatro gatos.

Cuatro gatos muy activos y dinámicos, eso sí, que no paran de moverse ni un momento para dar la sensación de que son muchos. Cada uno de los poquísimos miembros que forman el R.I.P., se multiplica por diez e incluso por cien. Hay miembros que ponen por la mañana una bomba en el Sur, que reparten por la tarde octavillas en el Norte, y que arrojan por la noche unos cócteles molotov en el Oeste.

Gracias a estas jornadas intensivas, hemos logrado dar la impresión de que somos un verdadero ejército con unidades repartidas por todo el país. Y en lo único que no mentimos es en llamarlas «unidades», puesto que están compuestas por un solo hombre.

Exagero un poco al decir que mi partido está formado por cuatro gatos, porque contando a las esposas y a los niños de los militantes alcanzamos un total de ochenta y siete afiliados. Pero debo admitir que como fuerza electoral, teniendo en cuenta que los niños no han alcanzado aún la edad de votar, el R.I.P. no tendría una influencia decisiva en ninguna votación.

Si cuando estábamos en la clandestinidad se calculaba nuestro número con un «¡uf!» admirativo e incalculable, ahora que pueden contarnos de verdad todo el mundo se burlará de nosotros con un «¡ja!» despectivo y risible.

¿Se da cuenta, señor Jefe del Gobierno, de la cabronada que nos ha hecho al legalizarnos? Creo que ahora comprenderá por qué tendré tanto gusto en cargármelo.

Pensándolo bien, con este magnicidio puedo matar dos pájaros de un tiro. El primer pájaro muerto será usted, naturalmente, por haberme legalizado. Y el segundo puede ser esa misma legalización, que quizá se me retire por haberle matado. De esta forma el R.I.P. volvería a la clandestinidad, de la que nunca deben salir los grupúsculos revolucionarios que deseen conservar la fuerza que da la ignorancia de su verdadera potencia.

Los terroristas dejan de ser terroríficos cuando se les saca de sus escondites y se les mete dentro de la ley. Esto ya lo sabía yo, y es posible que también lo supiera usted. Por eso somos incompatibles.

En espera de que se me ponga a tiro, le saluda nada cordialmente,
BIPO KREMP

OceanofPDF.com

El humor puro en peligro

QUE LA DICTADURA es inaguantable ya lo sabíamos, pero ahora lo podemos decir. Lo dice incluso mucha gente que parecía muy amiga del dictador, pero quizá pueda aplicarse aquí ese refrán de que las apariencias engañan, o ese otro de que muerto el burro la cebada al rabo.

En todo caso, parece evidente que existe una casi unanimidad nacional que rechaza toda clase de tiranías pasadas y futuras. El casi que le quita un pellizco a esta unanimidad, es una minoría insignificante de fanáticos y despistados que no se ha dado cuenta de que pasarán muchos años antes de que sus ideas dictatoriales vuelvan a estar de moda. Los dictadores nacen, no se hacen. Y si alguno acaba de nacer tendremos por lo menos treinta años de libertad, que es lo que tarda un recién nacido en hacerse adulto.

En este ancho y esperemos que largo período democrático, deben florecer todas las actividades que hasta ahora no pudieron desarrollarse libremente. La censura viene a ser como esos atroces zapatos de madera que ponían a las mujeres chinas para limitar el crecimiento de sus pies, sólo que tiene forma de sombrero y se pone en las cabezas para limitar el crecimiento de las ideas.

Bastante libres ya en el momento de escribir estas líneas, y espero que más libres aún cuando terminemos de hacerle el rodaje a la libertad que estamos estrenando, hay únicamente una faceta literaria que peligra: el humor puro.

En España hay muchos y excelentes humoristas, por la sencilla razón de que la materia prima racial es buena para el cultivo del humor. Los españoles nos creemos muy graciosos; y aunque no lo somos tanto como imaginamos, es innegable que tenemos bastante gracia natural. Educando esta gracia espontánea, este gracejo en bruto, se puede llegar a ser un humorista aceptable; pero esta educación requiere tiempo y esfuerzos de los llamados ímprobos. Sólo así puede llegar a producirse un humorismo de cierto valor, con un aceptable grado de pureza.

Humor puro es aquel que tiene una vigencia permanente por estar hecho con ingredientes intemporales y no perecederos. De humor puro están hechas las obras maestras de la literatura humorística, que permanecen inalterables y no pierden ni un ápice de su maestría con el paso de los siglos.

Si algo puede decirse en favor de la censura impuesta por los dictadores, es la de haber prohibido a los humoristas la utilización de dos ingredientes que permiten producir mayor cantidad de humor, pero de calidad inferior. Estos ingredientes son la política y el sexo.

Fácil es caer en la tentación del mínimo esfuerzo, porque poco trabajo cuesta llenar unas cuartillas burlándose de un ministro o contando un cuento verde. La dignidad de su firma puede mantenerla el que ya tiene un nombre, pero no el que está tratando de tenerlo. Este novel, como la mayoría de los noveles en iguales circunstancias, optará por el camino facilón que le brinda la libertad de satirizar al gobierno o de urdir una historia chocarrera a base de cornudos, putas y maricones, que siempre producen tantísima risa.

La censura, impidiendo que se atacara a los políticos del régimen y defendiendo una moral de la Edad Media, actuó sin proponérselo como filtro de mucha escoria pseudohumorística. Eliminaba radicalmente al gracioso simplón que sólo es capaz de urdir retruécanos politicoides o chascarrillos pornográficos, colocando el título de humorista a mayor altura. A una altura sólo alcanzable a creadores con verdadera estatura, que sabían hacer el humor puro sin recurrir a esas bajezas.

Más talento se requiere para crear personajes fantásticos, que para cachondearse de los personajillos auténticos. ¡Si lo sabré yo, que hice gran parte de mi carrera humorística a base de fantasía, porque la censura había hecho intocable la realidad! Con razón probablemente, porque cuando la realidad resulta grotesca a fuerza de querer ser trascendental, o se prohíbe la risa, o la risa acaba con el régimen.

Pero es evidente que al prohibirme temas tan amplios y fáciles como la política y el sexo, se me obligó a un esfuerzo intelectual más intenso para la búsqueda de temas, fórmulas y resortes, no vinculados a una realidad que era realmente bastante triste.

Gracias a este esfuerzo produjimos todos los humoristas un humor más deshumanizado quizá, pero también más puro. Y esta pureza, sostenida por la dificultad de mantener la pluma lejos y por encima del lápiz rojo, es lo que peliga con una libertad total, que libera también las caricaturas groseras y las fáciles ordinariieces.

Sin perspectiva aún para poner ejemplos a nivel nacional, dado que nuestra libertad es todavía reciente y no sabemos hasta dónde podrá llevarnos, sí puedo citar un precedente que puede servirnos de ejemplo por haber ocurrido en un país mediterráneo también, con habitantes de reacciones y vehemencias parecidas a las nuestras: Italia.

Bajo el largo período fascista, que el pueblo italiano padeció o disfrutó según se mire, florecieron estupendos humoristas obligados también a superar las barreras de una censura tan rígida como la nuestra. Vedadas las burlas a los jefes del fascismo, y prohibido a las mujeres quitarse las camisas negras para enseñar las tetas, los colegas italianos remontaron el vuelo de su humor hasta alturas asombrosas de ingenio, fantasía y pureza literaria.

Mosca, Guareschi, Manzoni, Campanile, Novello, Rossi... Éstos son algunos de los nombres de una lista larguísima que llenó de sonrisas inteligentes una etapa histórica tan negra para las libertades humanas como las camisas fascistas. Sonrisas cultas de un humorismo intelectual, obligado por los censores a refugiarse en alturas alejadas de la realidad. Sonrisas antológicas que podían disfrutarse en semanarios y revistas, en cuyas páginas se evadía el pueblo italiano de una realidad sin imaginación y con desagradable sabor a aceite de ricino.

Pero muerto don Benito y barrido su fascismo, se abrieron en Italia todas las compuertas de la libertad. Aquélla fue una apertura auténtica, y no como otras, que cambió radicalmente la fisonomía del país. La política lo inundó todo hasta niveles jamás alcanzados, empapando con sus temas hasta el último centímetro cuadrado de papel impreso.

Lógicamente, los humoristas se unieron también a esta politización masiva. Descubrieron lo fácil que era gastarle cuchufletas al Gobierno, o a los partidos y líderes enemigos, y dejaron de cultivar ese hermoso humor de evasión que tan óptimos frutos había producido. Y una detrás de otra, todas

las publicaciones humorísticas fueron desapareciendo. Ni una queda ya en los quioscos italianos, degradados por papeluchos de sátira política y revistillas pornográficas.

Lamentaría que esta misma degradación, ya iniciada en España, alcanzara los mismos niveles italianos. Lamentaría que las revistas de humor tuvieran que cederle el puesto a cualquier ordinariéz llamada *Las Cortes de Mangas*, o *La Tetorra*.

Esperemos que los humoristas españoles, desfogadas sus tan largamente reprimidas ansias de coña política y erótica, vuelvan al cultivo del humor puro. Es más difícil, de acuerdo, pero es el único que permanece y que da la verdadera dimensión del talento humorístico.

Como ejemplo definitivo allí sigue *El Quijote*, en el que su autor no tuvo necesidad de cachondearse de los políticos de la época, ni de destapar a Dulcinea para que la obra resultara más comercial.

OceanofPDF.com

«Abortour»

OXFORD STREET alcanza a esa hora el apogeo de visitantes. Las aceras están rebosando gente que ya no cabe en las tiendas. Tiendas en cuyos escaparates se anuncian saldos permanentes, porque es un truco que no falla para que pique el comprador.

Acaba de salir el sol, que seca apresuradamente el asfalto del chaparrón anterior y lo deja preparado para el próximo. El viento, encargado de traer y llevar nubes primaverales cargadas de agua sopla con más fuerza y es muy capaz de traer nubarrones con granizo e incluso con nieve. Londres es una ciudad tan fabulosa que en una sola tarde, entre las horas del *lunch* y del *tea*, puede vivirse con intensidad el clima de las cuatro estaciones del año.

De los grandes almacenes sale todo el mundo con sus compras auestas, porque sólo se entrega la paquetería a domicilio a partir de paquetes que contengan un piano. A la puerta de uno de estos paraísos de la sociedad consumista, una compradora que entra se detiene al reconocer a otra compradora que sale. Ambas son bastante jóvenes, y bastante españolas también.

—¡Pero si es Cachita! —exclama una, cortándole el paso a la otra—. ¡Hola, Cachita!

—¡Caramba, Terele! ¿Cómo tú por aquí?

—Pues ya ves, majuela. Qué casualidad, ¿no?

—Ya, ya. Ayer como quien dice nos vimos en la calle de Serrano, y hoy nos vemos en Oxford Street.

—Es que el mundo es un pañuelo, Cachita.

—Y que lo digas, Terele. ¿Cuándo llegaste tú?

—El martes. Sólo estaré cinco días.

—Igual que yo. ¿Y en qué clínica te hospedas?

—¡Cachita, por Dios! Me sacas los colores, rica. ¡Qué manera de señalar!

—¿Para qué vamos a andar con tapujos? A Londres todas venimos a lo mismo. ¿Es verdad o no?

—Pues sí. Pero también venimos a hacer compras.

—Las hacemos de paso, para aprovechar el viaje. Puede decirse que así matamos dos pájaros de un tiro.

—Puede decirse, pero no se debe. Porque suena fatal.

—Pero tú ya sabes lo que quiero decir.

—Que al tiempo que abortas, te equipas.

—Eso. Yo vine también la temporada anterior, porque Paco es un bruto y con él fallan hasta las píldoras de más garantía. Y de paso me compré unos jerseys ideales.

—Pues para venir con tanta frecuencia, deberías hacer lo mismo que yo.

—¿Y qué haces tú, ricura?

—Utilizar el «Abortour» de la Agencia Pons. Sale mucho más económico.

—Te agradezco el consejo, porque yo he venido con tarifa de excursión, y como el aborto lo pago aparte, me cuesta un ojo.

—Pues el «Abortour» es una ganga. La Agencia Pons hace un precio global bastante módico que lo incluye todo: avión de ida y vuelta en vuelo regular, y estancia con intervención incluida en clínica de cinco bisturíes. Porque ya sabrás que, del mismo modo que la categoría de los restaurantes se mide por su número de tenedores...

—¡Claro que lo sé, moñona! ¿Crees que soy primeriza?

—Gracias al «Abortour» estoy en una clínica de súper-lujo, muy céntrica y moderna, que se llama Angelitos al Cielo.

—¡Qué bicoca! Voy a tomar nota para la próxima vez, porque por lo que me cuentas tiene ventajas.

—Tiene muchísimas, Cachita, créeme. Yo he venido con mi marido, y en la clínica tenemos una habitación doble. Otra ventaja más: pagando un plus, mientras yo aborto, a él le operan del estómago, de la próstata, o de lo que quiera. Con lo cual no son dos los pájaros que matas de un solo tiro, sino tres.

—Pues la próxima vez me traigo a Paco, que tiene un riñón lleno de cálculos difícilísimos. Y mientras a mí me raspan, que a él le resuelvan los

cálculos.

—Ya verás como quedas tan contenta que repites. Además, si quieres tener más dinero para hacer compras en Londres, la Agencia Pons te concede lo que se llama un «abortcredit».

—¿Y eso qué es, Terele?

—Un crédito que te permite pagar el «Abortour» en cómodos plazos durante nueve meses. ¿Te das cuenta?: ¡todo el tiempo que dura un embarazo completo, para pagar la ventaja de no estar embarazada! Con tantas facilidades, como comprenderás, yo no me molesto en exigirle a mi marido que practique el *coitus interruptus*, o como se diga. ¿Que el *coitus* produce *niños*? Pues mi marido y yo nos apuntamos a un «Abortour». Y con lo que nos ahorramos en jerseys, que aquí la lana está baratísima, nos pagamos las intervenciones y unas buenas vacaciones.

—Pues se lo voy a decir a Paco, que ya me ha advertido lo que piensa hacer si sigo arruinándole con viajecitos a Londres cada dos por tres: «Te prometo que me capo, como me llamo Paco.»

—Pues díselo: con la Agencia Pons, da gusto. Y si nos ponemos de acuerdo un grupo de amigas para abortar juntas, sale más barato aún.

—¿Es posible?

—Como lo oyes: entonces te aplican la tarifa de grupo, que tiene un descuento del treinta por ciento. La tarifa se llama R.C., que significa «Raspado Colectivo».

Un nuevo chaparrón obliga a las dos amigas a entrar en los grandes almacenes, donde seguirán charlando y comprando. Terele explica a Cachita otra de las múltiples ventajas del «Abortour»:

—El programa te deja dos días libres para hacer compras: uno antes de la operación, y otro después.

—Lo que yo digo —concluye Cachita—: matas varios pájaros de un solo tiro.

La disputa inconcebible

EL MOSTRADOR ES ANCHO, de madera oscura, parecido a la barra de cualquier bar. Junto al mostrador hay dos hombres que recuerdan, por su tremenda desproporción física, a David y Goliat. Aunque en este caso la desproporción es todavía mayor que en el ejemplo bíblico, ya que David era mucho más joven que este mequetrefe y Goliat menos corpulento que el mozarrón de este cuento.

El mequetrefe, pese a su mequetrefez, lleva un rato provocando y apostrofando al gigante frente a la estupefacción de todos los presentes. Porque la disputa se viene desarrollando de una forma que resulta inconcebible para cualquier espectador imparcial.

—Usted es un hortera asqueroso —dice el mequetrefe con vocecilla atiplada, apoyándose en el mostrador para empinarse y aproximar su rostro al de su contrincante.

—Pues sí —admite el gigantón con humildad rayana en el servilismo—: soy, efectivamente, un hortera asqueroso.

—Y si yo le digo que además de asqueroso es usted un sinvergüenza, tendrá que aguantarse.

—Desde luego que me aguantaré.

—Porque no puede negarme que es usted un cobarde.

—Cuando usted lo dice...

—¡Lo digo y usted no me contradiga!

—No, señor.

El mequetrefe se crece ante la pasividad del gigantón. Los presentes piensan que ni David, tan joven y corajudo provocó con tanta audacia y descaro a Goliat. Y eso que David estaba armado de una honda; que, sin ser una metralleta precisamente, alguna pupa podía causar. Pero este mequetrefe insólito, de coraje inigualable, no lleva arma de ninguna clase. Lo cual eleva su valentía a un rango heroico cuando se encara de nuevo con el gigantón para espetarle:

—Su cobardía es tan grande como su cuerpo. Me atrevo a asegurar que si le escupo en la cara, encajará el escupitajo con la misma pasividad que mis insultos. ¿Tengo razón o no?

—Por supuesto que la tiene —asegura el gigantón mordiéndose los labios tan ligeramente, que nadie se percata de esta leve reacción.

—Pero no le escupiré —dice el mequetrefe, desdeñoso—, porque yo no malgasto mi saliva en seres despreciables.

—Es usted muy dueño de hacer lo que le plazca.

—¡Pues claro que lo soy, no faltaba más! —se encocora el mequetrefe—. Si quisiera, podría destruir este establecimiento que está lleno de ladrones y de hampones.

—Nadie lo duda —concede el grandote, apretando los puños de un modo tan imperceptible que ninguno de los presentes llega a verlo.

—¡A mí no me levante la voz! —chilla el mequetrefe, enfadado y amenazador.

—Perdóneme —balbucea el gigante en un susurro apenas audible.

—¡No sólo no le perdono, sino que voy a cagarme en la leche que mamó!

—Si eso le sirve de desahogo...

Los presentes no dan crédito a sus ojos ni a sus oídos. ¿Será posible que semejante alfeñique se atreva a llegar tan lejos? ¿Será posible que la poderosa musculatura del gigante no se contraiga y se dispare de un modo fulminante para aplastar al osado?

Estas y otras preguntas parecidas que se hacen los asombrados presentes, no tardan en tener una asombrosa respuesta: ¡el mequetrefe cumple su amenaza, y se caga limpiamente —es un decir— en la leche que mamó su contrincante! ¡Y el acoquinado gigantón no sale de su acoquinamiento! Es el propio mequetrefe, victorioso, quien pone fin a esta inconcebible disputa diciéndole al gigantón:

—En la seguridad de que tendría que darme la razón, le diría que es usted un hijo de perra. Pero como no me queda tiempo porque tengo que marcharme, sólo le diré que se quite de mi vista porque me parece que está usted deseando irse a tomar por el culo. ¿Verdad que no me equivoco?

—No, señor —se apresura a admitir el gigantón.

—¿No me niega entonces que es usted un mariconazo repugnante?

—¡Por favor, caballero! ¿Cómo voy a atreverme a discutir una afirmación hecha por usted?

Cuando por fin el mequetrefe abandona el establecimiento, el gigantón se dirige a los otros dependientes que despachan junto a él detrás del mostrador:

—Aunque a veces resulte difícil —les dice suspirando—, no hay más remedio que sostener el lema de esta tienda: el cliente siempre tiene razón.

OceanofPDF.com

El divorcista español

—¡QUINCE EN UN MES! —se pavonea el abogado Rogelio Cardoso—. De las cuales nueve en trámite, y seis ya resueltas favorablemente.

—Eres un genio —le dice admirada Yolanda, su mujer.

Rogelio se sirve un nuevo café. Le agrada prolongar la sobremesa, en su hermosa casa, de esta jornada triunfal.

—Un genio, no —rebaja con falsa modestia—. Conozco mi oficio. Lo conozco mejor que nadie, eso sí, y encuentro el camino para ganar las causas que se me confían. Camino nada fácil y a veces muy tortuoso, mientras seamos el único país del continente europeo donde el divorcio no existe todavía. Pero puedo enorgullecerme de ser el abogado español que más anulaciones matrimoniales ha conseguido; que más infelices ha librado de un yugo insoportable.

—Si a eso no le llamas ser genial... —le adula Yolanda.

—Es cuestión de conocer las leyes y sus correspondientes trampas. Porque si no existieran esas puertecillas de escape por las que yo me cuelo, ¡cuántos matrimonios desgraciados tendrían que seguir aguantándose toda la vida, sin poder recobrar la libertad!

—A mí, sin embargo, me ha costado trabajo acostumbrarme a la idea de que el matrimonio en España se puede anular —confiesa Yolanda.

—Porque tú, como todas las españolas que hoy tienen más de cuarenta años, te educaste en colegio de monjas y bajo un régimen que tenía también una anticuada moral monjil. En un ambiente tan retrógrado, la indisolubilidad era un dogma que no admitía discusión. Pero los tiempos han cambiado.

—¡Y de qué manera! —suspira la mujer.

—Por fortuna —continúa Rogelio—, nuestra mentalidad es ahora más elástica y flexible. De Europa nos llegan vientos refrescantes, que ventilan nuestras mentes de fanatismos y supersticiones. La sociedad moderna no

puede seguir atada por cadenas medievales. Una unión que arrastra a dos seres civilizados a la catástrofe, no puede ser indisoluble.

—Lo fue para nuestros abuelos, e incluso para nuestros padres.

—A costa de sacrificios monstruosos —explica Rogelio—. Me consta que mis propios padres, sin ir más lejos, sufrieron lo indecible por no haber tenido la audacia de disolver su matrimonio que les hizo desgraciadísimos. Malograron sus vidas por fingir, de cara a los demás, una unión que había dejado de existir entre ellos. Y sin necesidad de alejarnos demasiado, allí tienes el caso de tus abuelos.

—Mis abuelos fueron muy felices —afirma Yolanda.

—Cuando ya eran viejecitos. Pero recuerda lo que hizo tu abuelo en su juventud: le dijo a tu abuela que se iba a la guerra de Cuba, y lo que hizo en realidad fue irse a vivir con una bailarina cubana.

—Eso fue un pecadillo juvenil.

—Que duró hasta la vejez, porque tardó veinte años en volver junto a tu abuela. Lo que demuestra que la indisolubilidad fue siempre una monstruosidad. Sostenida en la mayoría de los casos a base de hipocresía. Pero la generación actual ha dicho basta a esos sacrificios estériles, y busca salidas a la cárcel matrimonial anticipándose a la ley del divorcio. Yo, y otros abogados como yo, formamos la avanzadilla de esa ley que no puede tardar en ser aprobada. Prueba de ello es que los especialistas en anulaciones, única vía para lograr la libertad mientras no exista el divorcio, no damos abasto.

—Sin embargo —objeta Yolanda—, a mí me parece que los hombres españoles sois demasiado conservadores para que esos modernismos tengan éxito.

—Si llamas conservadores a los retrógrados, es evidente que existe un sector que trata de mantener el país anclado en el pasado, respetando unas costumbres desfasadas y anacrónicas. Pero hay un sector mucho más amplio, de mentalidad abierta, que desea llevar anclas y poner rumbo a las corrientes europeas.

—¡Qué bien hablas!

—Pues esto no es nada. Si me oyeras en los tribunales...

—Eres muy convincente —admite Yolanda—, pero dudo que se consiga en España esa europeización en materia matrimonial.

—¿Por qué no? —pregunta Rogelio, irritado por la resistencia de su mujer a aceptar su tesis—. ¿No es acaso una prueba concluyente el aumento incesante de las parejas que acuden a mí en busca de la libertad?

—Que unos cuantos matrimonios quieran divorciarse, no significa que el divorcio pueda ser implantado aquí con el aplauso general. Por mucho que haya evolucionado nuestra sociedad, el hombre español sigue siendo el mismo de los dramas calderonianos.

—No digas tonterías —rechaza Rogelio, tajante—. Ese español feroz en cuestiones de celos, de honra y de honor, ya no existe. Acabemos de una vez con esos tópicos estúpidos que deforman nuestra imagen verdadera: ni todos los españoles somos toreros, ni tampoco personajes de Calderón. Hemos llegado a ser un pueblo ponderado, con un coeficiente de cultura suficiente para resolver nuestros problemas sin cometer desmanes ni adoptar posturas desmesuradas. Si un cónyuge deja de sentirse unido al otro, puede obtener la liberación de un modo civilizado. Dialogando las dos partes con mesura, sin aspavientos ni levantar la voz, pueden ponerse de acuerdo para conseguir la ruptura del absurdo vínculo que les ata. Hoy no hay razones, ni reacciones, que conduzcan a una pareja a representar escenas de drama antiguo. Así, serenamente, es como enfoco yo las causas de anulación en las que actúo como experto. Y así es como logro llevarlas a feliz término, sin violencias ni salidas de tono.

—Pues me alegro —dice Yolanda.

—También yo. Es alentador observar los progresos que va haciendo la mentalidad nacional en todos los campos, para alcanzar niveles de convivencia cada vez más altos.

—Alentador y tranquilizador también. Porque si de veras tú has alcanzado ese nivel de madurez y comprensión en materia de anulaciones...

—Pues claro que lo he alcanzado de veras. No es sólo una actitud de cara a mi clientela para defender mi especialidad profesional. Además de abogado especializado en divorcios, soy un divorcista convencido.

—No sabes la alegría que me das y el miedo que me quitas.

—¿Por qué? —pregunta Rogelio, extrañado—. ¿Qué quieres decir?

—Ahora podré decírtelo con claridad —dice Yolanda contenta, como aliviada—. Antes necesitaba convencerme de eso que acabas de explicarme: que no eres sólo partidario del divorcio de cara a tu clientela, sino a todos los niveles. Y necesitaba este convencimiento para poder decirte, sin miedo y sin rodeos, que me consideres desde este momento como una cliente más.

—¿Cómo? —enarca las cejas el abogado—. ¿Una cliente tú? ¿Por qué?

—Porque quiero divorciarme.

Hay un gesto de perplejidad en el rostro de Rogelio, que se resuelve en una sonrisa incrédula.

—Vamos, mujer, no digas disparates.

—No es ningún disparate —insiste Yolanda, y lo repite muy seria—: quiero divorciarme. O anularme, que viene a ser igual.

—Déjate de bromas.

—¿Por qué crees que es una broma?

—Porque tú estás casada conmigo.

—¿Y qué? —razona ella—. Para lograr una anulación, lo único que tú necesitas es que la persona que acuda a ti esté casada. Siempre has dicho, y lo has demostrado, que un abogado experto siempre encuentra el camino para conseguir una anulación matrimonial, sean quienes sean los componentes del matrimonio. ¿Es verdad o no?

—Sí —tiene que reconocer Rogelio.

—Pues el hecho de que tú seas uno de los cónyuges, no hace que este caso sea distinto a los demás.

—¿Cómo no va a ser distinto? —protesta él—. Suponiendo que hablaras en serio, tendrías que tener en cuenta ante todo que eres mi mujer.

—Aclárame eso, hazme el favor.

—Me parece que está clarísimo.

—¿Quieres decir que admites el divorcio de todas las mujeres, menos el de la tuya?

—¡Naturalmente!

—Entonces eres un hipócrita. Todo tu europeísmo y tu divorcismo son cuentos.

—No, señora —se defiende el abogado—. Soy europeísta y divorcista. Creo que un matrimonio debe ser anulado civilizadamente, de común acuerdo y sin estridencias, cuando exista algún motivo que justifique su anulación. Pero esta regla mía, divorcista y nada cuentista, no puedo aplicártela a ti. Por la sencilla razón de que tú eres una esposa feliz.

—¡Ja! —exclama Yolanda.

—¿Qué significa ese «ja»?

—Que me río yo de mi felicidad.

—Como broma, ya estuvo bien —trata de cortar Rogelio, enfadado—. Te has pasado de la raya.

—Aún no, pero voy a pasarme ahora mismo —anuncia ella, enfadándose también—. Porque por miedo a esa raya que tú me pones siempre para frenarme, no te dije nunca lo que voy a decirte ahora: que nuestro matrimonio es un fracaso desde hace varios años; que nos aguantamos mutuamente por inercia y rutina, pero sin pizca de amor.

—¡Qué absurdo!

—Absurdo te parece que me atreva a decírtelo, pero tú sabes que es verdad. Somos como la mayoría de esos matrimonios a los que tú consigues la anulación. Yo, como un montón de esposas españolas, sigo junto a mi marido porque me proporciona una casa cómoda y dinero suficiente para vivir bien. Y mi marido sigue a mi lado por idéntico motivo: por pura comodidad, porque es agradable tener alguien que organice su casa mientras él trabaja; porque es higiénico dormir con una mujer sana y limpia, que ya no excita pero que no contagia tampoco ninguna enfermedad; porque a veces apetece hacer el amor, que ya no es amor desde hace mucho tiempo sino débito matrimonial.

—¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—Me he vuelto sincera, como cualquiera de esas esposas europeas de las que tú eres tan partidario. Y reconoce que así, como acabo de decírtelo, vivimos tú y yo.

—Así, mujer —explica Rogelio tratando de ser razonable—, viven casi todos los matrimonios que llevan muchos años casados. Pasada la fogosidad de los primeros tiempos, el ardor amoroso se transforma en rutina cariñosa. Porque no se le puede pedir a ningún matrimonio maduro que se comporte

como una parejita recién casada. Toda pasión inicial se serena con los años, y la convivencia matrimonial se transforma en tranquilidad, en comodidad.

—Pero eso no es felicidad.

—Es lo más parecido y lo único que puede ofrecer un matrimonio prolongado —continúa Rogelio—. Que tu amor por mí se haya atenuado, e incluso apagado, es lógico. También lo es que en nuestras relaciones haya cierta monotonía e incluso algo de aburrimiento. Pero todo eso es perfectamente normal. No hay ninguna base para que un abogado pueda conseguirte la anulación.

—¿Qué base se necesita para conseguirla?

—Un motivo concreto: incompatibilidad manifiesta que pueda probarse, malos tratos que dejen lesiones que puedan verse...

—¿Y si uno de los cónyuges desea casarse con otra persona? ¿Sería un motivo suficiente?

—Pues no. Desearlo solamente no basta, porque ese deseo es muy natural en todos los matrimonios. ¿A quién no le gustaría cambiar su pareja ya usada y envejecida por otra nueva? Si el simple deseo de ese cambio bastara para obtener el divorcio, divorciarse sería demasiado fácil y no harían falta expertos como yo para obtenerlo. Una causa de anulación, repito, tiene que basarse en algún motivo real.

—¿Serviría la infidelidad?

—Ése sí que es un motivo fulminante —admite el abogado—. El adulterio facilita las cosas una barbaridad. Si tú fueras, por ejemplo, una mujer adúltera...

—Lo soy.

Yolanda lo ha dicho claramente, pero a Rogelio le parece que no lo ha entendido bien. Y pregunta:

—¿Cómo?... ¿Qué has dicho?

—Que podrás conseguirme la anulación sin dificultad, puesto que soy adúltera y puedo probarlo. A un divorcista tan abierto y civilizado como tú hay que hablarle con franqueza. Tú me has dicho textualmente que los tiempos han cambiado, que ya no somos personajes de Calderón y que los matrimonios mal avenidos deben deshacerse sin violencia ni estridencias...

—Déjate de chorradas —corta Rogelio, tragando saliva con cierta dificultad—. ¿Qué has querido decir con eso de que eres adúltera?

—Que ése puede ser el motivo para que me consigas el divorcio.

—¡Quiero una explicación más concreta! —se exaspera él.

—Pues aquí la tienes —dice Yolanda tranquila y civilizadamente—: he conocido a un hombre del que me he enamorado. Tú debes comprender mejor que nadie que tengo derecho a rehacer mi vida...

—¿Quién es ese hombre? —vuelve a cortar Rogelio con una voz que parece haber enronquecido súbitamente.

—Tú no le conoces. Ya te lo presentaré cuando me divorcie de ti y me case con él...

—¡Cállate! —corta Rogelio una vez más, mientras su rostro empieza a adquirir un curioso tono rojizo—. ¿Me has engañado con ese hombre?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que existe un motivo real para que podamos liberarnos...

—¡Contesta a mi pregunta! ¿Me has engañado con él?

—¿Qué importa ese detalle?

—¡Detalle! —ruge el abogado, cuya rojez facial aumenta por momentos—. ¡Llamas detalle a mi honor, a mi honra...!

No puede decir más, porque la ira le ahoga y le ciega. Iracundo, con la furia del macho ibérico herido mortalmente en su dignidad, Rogelio se abalanza sobre su mujer. Y mientras la aprieta el cuello con ambas manos, declama con énfasis estremecedor de personaje calderoniano:

—¡O mía, o de nadie!

OceanofPDF.com

¡Claro que puedo!

COMO QUE SOY SIMPÁTICO y dicharachero, dicho sea con la debida modestia, gracias a mi simpatía y a mis dicharachos tengo amiguete en todas partes. Y un amiguete mío, que es académico de la Lengua, me lo ha dicho muchas veces:

—Siempre que queda un sillón vacante en la Academia, aparece tu nombre en las listas de candidatos para ocuparlo. No aparece con mucha unanimidad, desde luego, pero sí con bastante frecuencia. Siempre también cuentas con mi apoyo en las votaciones, porque para algo somos amiguete. Pero nunca sale tu candidatura, porque nunca faltan tampoco votos contra ti. Incluso abundan más de lo que cabría desear. Me dirás que no es justo, puesto que tu obra es ya considerable y muy leída en todo el mundo de habla hispánica. Sabemos que te leen desde los sefarditas de Turquía hasta los gauchos de la Patagonia. Sabemos que las ventas de tus libros se calculan en millones de ejemplares.

»Pero por la misma razón que tienes amiguete, tienes igualmente enemiguete. Y aunque algunos académicos te votan gustosos, hay otros más numerosos que te vetan furiosos.

—¿Por qué? —pregunto yo a mi amiguete, que me contesta con un suspiro impregnado de tristeza:

—Porque consideran que tu presencia en la solemnidad de nuestras sesiones, sería tan anacrónica como la de un payaso en un funeral.

»—¿Cómo podemos admitir en esta casa tan seria a un escritor que todo se lo toma a broma? —razonan tus enemiguete—. El idioma hay que emplearlo para escribir cosas importantes y aleccionadoras. El idioma es un vehículo de la cultura y no un juguete para pasar el rato. La Academia sólo debe admitir escritores cultos que hayan escrito volúmenes históricos, o geográficos, o tratados sobre temas trascendentales: las costumbres de los insectos, los estudios de los filólogos, el desarrollo de las papaveráceas... Hemos admitido también algún literato, pero teniendo en cuenta su calidad

y no su popularidad. Y es evidente que más calidades literarias tienen los autores minoritarios que los multitudinarios.

—Eso es muy discutible —opino yo, interrumpiendo de nuevo a mi amiguete.

—Lo es, desde luego, si tienes de la Academia un concepto amplio y moderno. Pero si respetas su anticuada estrechez, tienes que darles la razón a tus enemiguete: entendiendo por calidad literaria la perfección en el manejo de la gramática y la riqueza del léxico, mejor escribe un filólogo desconocido que un novelista famoso. Ciertamente que las páginas del novelista se tragan sin sentir y que en cambio los párrafos del filólogo resultan intragables. Pero para esos académicos que no ven más allá del Diccionario, el mejor escritor es el que mejor conoce y utiliza esa Biblia del idioma. ¿Qué concepto crees que pueden tener de ti, que te burlas de la erudición y que presumes de escribir con una sencillez y una llaneza rayanas en la chocarrería? ¿Cómo pueden mancillar su purismo y exquisitez admitiendo en su santuario a un descarado que en los títulos de sus libros saca ombligos, almejas y meadas?

—Comprendo el punto de vista de esos ilustres ancianos —le replico a mi amiguete—, pero puedes decirles con todos mis respetos que están equivocados; que aunque yo les parezca un escritor frívolo, despreocupado e incluso cínico, poseo una cultura de mucho bigote; que si me echan a pelear con un filólogo, le daré un baño que le dejará tiritando; y que el uniforme de académico me sentaría de maravilla, porque soy alto y tengo buena facha.

»Puedes decirles también que me sobra talento y capacidad para escribir como a ellos les gusta, con una erudición tan vasta y un léxico tan rico que les dejaría turulatos. ¡Pues claro que puedo!

»Y para demostrárselo llévalos esta muestra del estilo que a ellos les gusta, y que yo domino como el más consumado de todos los estilistas. Me figuro que después de leer esta muestra cambiarán de opinión. Casi puedo asegurar que en la próxima vacante me levantarán su veto y me darán su voto. Que lean con atención y juzguen con objetividad:

PAISAJE HISPÁNICO

Gorjea en la enramada un pizpireto cucurín (gorrión con pintas de origen peruano). En la acequia rebosante quiebra el cristal del agua el morro de un bóvido sediento.

Un zagalón chichimeca (indio de la América Central perteneciente a la familia de los Menéndez) pone los atalajes al carromato de la mestiza Chingadita. En la corraliza caracolean los pencos, ansiosos de devorar el altiplano. El caudalejo de un regato que baja de los Andes, al despeñarse por un roquedal cercano, se rompe en hilachas de una cascadilla que el sol dora e irisa.

Chingadita sale al porche, con majeza de jaca enjaezada. Adorna sus carnes prietas con las galas más fardonas de su ajuar: pollera de lana, de la variedad chanchi trujana, y sarape recamado de perlonas caribeñas. Fino botín de tripa trenzada ciñe su tobillo hasta el mollete de la pantorra, que queda desnudo y apetitoso, incitando a la mirada procaz y al mordisco feroz. Refuerza la incitación el perfume que emana de sus axilas tibias, hecho con esencia de jacarandas y cuchipandas.

Tan galana y rechula está Chingadita, que el zagalón chichimeca deja de atalajar para rugir:

—¡Mojones!

Es la exclamación de la entraña vernácula, propia de carromateros indios. Y muy propia también, con ligerísima variante inicial, de carreteros hispánicos.

La mestiza, lagartona, se cimbreo cual junco lacustre para lagartear al carromatero. Éste, lagarteado, se excita hasta el punto de tirarle los tejos. Le tira varios, pero la excitación le impide afinar la puntería. Y los tejos, de arcilla cocida, se estrellan en el pavimento a los pies de la mestiza.

Chingadita rompe a reír con acento de su tierra juareña, pues nació en Juárez y todos los juareños ríen así:

—¡Jua, jua, jua!

Y con las carcajadas frescas, húmedas, se le meneo la crencha de su cabello endrino. También al zagalón se le meneo, pero no la crencha sino la sangre chichimeca. Y hay un temor en sus pulsos calientes cuando la mestiza, con la boca llena de risas que parecen cerezas, le acucia y le azuza:

—¿Vienes a echar un fosquete?

La promesa del fosquete (especie de dado o taba de origen guatemalteco, que se echa al suelo en determinados juegos de azar centroamericanos) encalabrina al zagalón. Pero frena su encalabrinamiento para espetar a la zalamera:

—No seas putona (calificativo que aplícase en algunas tribus amazónicas a ciertas mujeres que pecan de ligeramente provocativas).

Parsimoniosamente, con un espumarajo de rabia asomándole por la comisura de los labios como una colilla, el zagalón sigue atalajando el carromato. Chingadita, con un mohín de indiferencia encogiéndole la tersura de sus hombros morenos, entra en el porche y lo cierra de un porchazo. El cucurín sigue gorjeando y la cascada sigue cascando.

Nada ha ocurrido, en suma, que distraiga al espectador y merme la belleza de esta página literaria infinitamente mema; pero suficiente para probar la capacidad estilística de su autor, y la admirable riqueza de su léxico.

Nuevo periodismo

DESENFADADO, SÍ, SEÑOR, y pasándose muchas veces en el desenfado para desenfadarse totalmente del largo enfado que padeció.

Hay que decir lo que se quedó en el tintero, que fue casi todo, y así estaba el tintero de gordo, que daba pena verlo, reventando de cosas que no podían decirse. Hay que cantarle a la democracia, tralalá, tralalá, y cagarse en la dictadura, tururú, tururú. Y soltarle cuatro frescas al lucero del alba, que antes hasta los luceros eran intocables, y si los tocabas te daban calambre.

El nuevo periodismo corre alegremente como un niño por un sendero campestre, riendo y canturreando, dando patadas a las piedras y zurriagazos con una varita a las flores. Lo hace sin mala intención, para desfogar su libertad recobrada.

Tienen que salir todos los periódicos y las revistas que no salieron antes porque no había papel, ni permiso, ni ganas de que salieran. Y salen a barullo, a todo color, a toda audacia, a forrarse con un negocio que antes era casi exclusivamente estatal y que ahora es de todos. Y ahora da gloria ver los quioscos desbordantes de publicaciones, que se amontonan y asfixian al quiosquero que no puede exhibirlas todas, que ni siquiera puede aprenderse los títulos de todas ellas. Da gloria ver tantas cabeceras llamativas, y tantas teteras excitantes. Hay prensa de cintura para arriba, para cultos e intelectuales, y de cintura para abajo para maniáticos sexuales.

Hay evidentemente demasiada prensa, pero sólo por algún tiempo, hasta que empiece a verse que no todo el monte es orégano, que sigue habiendo muchos analfabetos en el país y muchos que lo siguen siendo aunque sepan leer.

Mueren al poco tiempo de nacer bastantes publicaciones, llevándose algunos millones y muchas ilusiones. Sobreviven las que logran sujetar la atención del público con enfoques originales, con secciones nuevas tratadas en un lenguaje nuevo también. Este nuevo lenguaje del periodismo es más suelto, más en mangas de camisa y sin corbata, con una puntuación menos rígida, como si los correctores de pruebas y de estilo estuvieran de vacaciones. Ya no hay «sujetos de la oración», como en la vieja y pomposa gramática, sino «individuos de la frase».

Hay que darle al estilo desenfado, despreocupación, quitar puntos y comas, paréntesis, apartes, aproximar lo que se escribe a la forma de hablar, con vacilaciones y repeticiones, para que suene fresco y espontáneo.

Entre las nuevas secciones del periodismo actual, figuran en primer lugar las que destacan en «negritas» los nombres propios. En todo periódico o revista que presuma de moderno, no puede faltar una sección así.

Se logra de este modo que el lector, dando al texto una ojeada superficial, vea en el acto de qué personajes habla la sección. Si los nombres destacados en «negritas» le interesan, la lee; y si no, la pasa de largo. Cuando el lector es un personaje, se comprende que sólo se molesta en leerla cuando ve que le destacan a él.

El tono de estas secciones es también desenfadado y cachondo, pues la ventaja de la democracia es que los periodistas te pueden poner a parir sin que te puedas querellar. En realidad puedes querellarte si quieres, pero quedas mal si lo haces porque lo democrático es aceptar las críticas, y al que no las acepta le llaman fascista. El miedo a ser considerado reaccionario si se reacciona airadamente contra un ataque en la prensa, amplía los márgenes del periodista actual para atacar a todo quisque. Y si el quisque es político, el margen para atacarle es mayor todavía.

Más que por lo que ellos dicen, los ministros de ahora se diferencian de los de antes por lo que puede decirse de ellos. Si ellos siguen empleando viejos latiguillos, la prensa puede atizarles nuevos latigazos.

Es de suponer que el político actual es en el fondo tan quisquilloso como el antiguo, y que los ataques a su conducta le cabrean lo mismo que a sus antecesores en el Poder; pero el actual tiene que aguantarse el cabreo, disimularlo con una sonrisa de conejo, encajarlo como el boxeador encaja el puñetazo que se le cuela al bajar la guardia. Porque los tiempos han cambiado, sí, señor, y ahora no se puede encarcelar a un periodista por haber dicho que un ministro es feo, o cursi, o que hace las cosas mal. Periodistas y tábanos son plagas molestas que deben soportar estoicamente los políticos y los caballos.

Está de moda también la sección periodística en forma de diario, cuanto más íntimo mejor, en la que su autor cuenta lo que le pasa, lo que ve, lo que piensa, y lo que le sale de las narices. Cuenta también, mencionándolos con las consabidas «*negritas*», sus encuentros con personajes en actos privados o públicos.

El éxito de esta sección estriba en contarlo todo un poco cínicamente, cachondeándose de los sucesos y de las personas, porque ahora no hay materia que no pueda ser cachondeable. Ahora el cachondeo es libre, sí señor, y no como antes que todo eran respetabilidades, y rigideces, y taconazos, y triunfalismos.

Ahora se lleva la falta de respeto, porque los españoles estábamos hartos de tener que respetarlo todo. Y en este tipo de sección burlona, el periodista le saca la lengua a la respetabilidad y le hace pedorretas al énfasis.

Estas secciones tienen más impacto que valor periodístico verdadero, porque la verdad es que resulta muy fácil escribir con desenfado a sabiendas de que nadie se atreverá a enfadarse. Y no es difícil tampoco mantener diariamente erguidas estas columnas, que poco más o menos vienen a decir cosas así:

«Tomando una copichuela en Pipi's, el bar de *Quica Tomate* que nunca me cobra porque la cito a barullo en esta columna, veo a *Jorge Valle*. ¡Qué verde era mi *Valle* en la última crisis ministerial, y qué maduro está ahora para que *Suárez* le nombre ministro en la próxima! Se le nota madurez, porque en Pipi's le rodean y le adulan peces gordos: *Teodoro Salmón*, *Antonio Mero* y un par de merluzos. Desde la barra me saluda *Nacho Torrente*, que acaba de ganar unas oposiciones al Cuerpo de Exiliados: le ha entregado al editor *José Miguel Parrondo* un libro que se titula con dos narices “Pues a mí Franco me caía bien”. ¡Te la has jugado, *Nacho*, o mejor dicho macho! Almuerzo en una pocilga cuyo nombre no cito, porque el dueño es un cerdo que me cobra. Me han invitado a almorzar los banqueros *Elías Bolondrón* y *Jaime Alcuza*, que dan coba a la prensa por lo que pueda venir. A los postres, ambos me han prometido hacerse socialistas en cuanto *Felipe González* use corbatas de *Pierre Cardin*.

Todo es posible en España. Lo que nunca dijo *Carlos Marx*, pero lo digo yo, es que aquí se puede ser socialista de dos maneras: leyendo “*El Capital*” o teniéndolo. Tomo café en la terraza de Tucán, en la que no me saluda *Bernardo Frigosa*. Me explica su amigo *Poldito Rodapié* que esta frialdad se debe a que en uno de mis últimos artículos me cagué en su padre. ¡Pues vaya tío picajoso, jolines! ¡Negarme el saludo por una cagadita de nada! Me está pareciendo a mí que el tal *Frigosa* es un poco azulillo. Compró un periódico para ver con quién me meto mañana, y leo el discurso en el Congreso de *Matías Camastro*. Frases blandorras y empalagosas que recuerdan a *Emilio Castelar*, que en paz descanse. Es lógico que la oratoria de un *Camastro* produzca sueño. Para despabilarme acudo a la exposición del Grupo Fálico, compuesto por *Falete Camp*, *Chicho Poyales* y *Carletto della Minina*. La sala, más que una exposición de pintura, parece un “sex-shop”. El crítico de arte *Samuel Pradillo*, tan agudo que siempre pincha, me define en dos palabras las obras expuestas: “Chorradas y gilipollecés”. Por

la noche, en la taberna del *Tío Cucufate*, me saluda el *Marqués de Pedralejo* que no para de lamer culos para que le asciendan a duque. Mucho más tarde, en la alta madrugada, tomo la última copichuela en un antro asqueroso de la Costa Fleming que me cobra una barbaridad. Y me acuesto con *Natacha “la Riojana”*, una putita cuyo nombre destaco en “negrita” porque me deja pagarla en letras a noventa días.»

Como estos audaces «diarios» no bastan para mantener al lector atado a las columnas del periódico, se recurre a otro truco muy generalizado también: repartir por todas las páginas pequeños recuadros en tipos gruesos, con noticias sensacionalistas y minieditoriales incisivos. Puede decirse, y yo lo digo, que la fórmula del nuevo periodismo español es ésta:

$$\frac{\textit{Animalada}}{\textit{Teta}} * \frac{\textit{Teta}}{\textit{Animalada}} = 50.000 \textit{ ejemplares de tirada}$$

No es mucho, ya lo sé, pero eso es todo.

OceanofPDF.com

Regreso de un largo viaje por el extranjero

HE TARDADO DIEZ MINUTOS en deshacer mi maleta, pero tardaré varios días en deshacer mi cabeza. La traigo llena, rebosante de cosas que vi, todas revueltas en un caótico barullo, catedrales, monumentos, ciudades enteras con todos sus habitantes y sus guardias de la porra... Y muchos ríos, enredados unos con otros como una trenza postiza despeinada...

Tengo que poner en orden este inmenso follón geográfico y monumental que fui metiendo apresuradamente en la memoria, pero ¿por dónde empezar? En cuanto cierro los ojos y destapo los recuerdos, se me caen encima varias iglesias románicas y algunas góticas, estatuas ecuestres con generales que pinchan porque tienen siempre una espada desenvainada, obeliscos que pinchan también porque acaban en punta...

Es urgente que lo ordene todo mientras los colores están vivos y los contornos intactos, porque el tiempo borra los recuerdos rápidamente, y si te descuidas te encuentras con que ya no te acuerdas de nada, y que has tirado por la ventana el dinero que empleaste en viajar.

Veamos primero este puñado de catedrales, que son las que más abultan, pero cuidado porque en el puñado se me cuela una mezquita que de dónde coño será. De Estambul probablemente, aunque también vi alguna muy parecida en El Cairo. Me da lo mismo porque al fin y al cabo todas las mezquitas son iguales: acericos cursilones, decoradísimos, con minaretes clavados como alfileres.

¿A ver? La ciudad que rodea esta catedral parece Milán, aunque también me huele a Colonia. Y estas puñeteras gárgolas, ¿son de Nuestra Señora de París, o de San Esteban de Viena? Ésa es otra: el montón de San Estébanes que hay por todas partes: en Belgrado, en Zagreb, en Sofía... Y casi todos estos templos son góticos, para que el jaleo sea mayor.

Las iglesias románicas se distinguen en seguida por lo ruinosas que están, y las bizantinas son inconfundibles con sus cúpulas como graciosos sombreritos de cotillón en cartulina dorada.

Cuando acabe de ordenar las catedrales, empezaré con los monumentos. ¡Vaya lío de alegorías en bronce, de reyes en mármol, de tumbas con soldados desconocidos y sepulcros con generales conocidísimos! Los separo con facilidad de las estatuas que representan obreros y campesinos, porque ya se sabe que estas esculturas proletarias sólo se ven en Bulgaria, en Rumania, en países más o menos soviéticos.

Decido olvidar todos los recuerdos con menos de dos siglos de antigüedad, para reducir el número de piezas en mi colección. Sacrificaré del todo, despiadadamente, el abundantísimo material que proporciona en todas partes el siglo XIX, que no vale la pena recordar porque está como quien dice a la vuelta de la esquina. Toda la pacotilla, por muy neoclásica que sea, al cesto del olvido. Que me perdonen los artistas del romanticismo, pero necesito espacio para cosas de más enjundia y valor histórico.

Sólo con ruinas griegas, tengo para llenar hasta los topes cinco salas de mi museo mental. Y no digamos con Egipto, que hacía los recuerdos tan grandes y espectaculares como el mismísimo Hollywood.

Los recuerdos egipcios, además de inolvidables, son también inconfundibles a la hora de ordenarlos en la memoria. Ya se sabe que las pirámides son de allí, y no de Londres ni de Moscú. Ya se sabe que también son de allí los Ramsés, los faraones en general, y esa señora tan famosa que tenía nombre de cólico: Nefertitis. Ya se sabe que igualmente era egipcia esa escritura en forma de charada de periódico infantil, en la que «día» se escribe pintando un sol, «noche» pintando una luna y «gente» pintando muchos monigotes de perfil.

Digo por eso que con Egipto da gusto, que uno sabe siempre dónde vio a Tutankamón y los dibujitos de los jeroglíficos, cosa que no pasa con reyes de otros países ni con alfabetos de otras lenguas. Porque ése es otro lío gordo: los alfabetos de idiomas exóticos que no los entiende ni la madre que los parió, que a veces no parecen ni alfabetos siquiera sino garabatos hechos al buen tuntún. Cuando rebusco en la memoria los recuerdos de este largo viaje, encuentro por los rincones letras sueltas que parecen rotas, pero que son en realidad cirílicas.

Creo recordar que en alguna parte de Bulgaria un gracioso llamado Cirilo inventó un estúpido e innecesario alfabeto para contribuir a la

confusión universal. Éramos pocas las escrituras en esta Torre de Babel, y parió Cirilo. Como si ya no tuviéramos bastante con los chinos, cuyas letras parecen cachitos de los palillos que emplean para comer el arroz. Y con los árabes, que no escriben con letras sino con dibujos para bordar cenefas y puntillas.

Mejor tirar al cesto del olvido todas estas letrujas incomprensibles; y las cuatro palabras de cada lengua exótica que se aprenden de mala manera y con pésima pronunciación para pedir cerveza en un bar; y el nombre de la moneda de cada país, puesto que llámese dinar, leva o piastra, todos los tenderos del mundo hablan en dólares.

Al deshacer la enredada trenza de los ríos, tírense también al olvido los afluentes. Sólo riazos como el Nilo, el Danubio o el Ganges merecen ser recordados. De Europa sólo guardaré el recuerdo del Danubio, que como da tantísimas vueltas te lo encuentras a la vuelta de cada esquina. Además, como un río es igual a otro, recordando uno los recuerdas todos.

Cuando termine de ordenar mis recuerdos, podré utilizarlos en el futuro. Será un material enriquecedor de mis conversaciones y mis escritos. Ésa es al fin y al cabo la única finalidad de viajar: contarles a los demás que se ha viajado. Me imagino que a los demás eso les importa un rábano, pero así es la vida. No se sabe bien por qué, pero una persona es más admirable en razón directa al número de kilómetros que ha recorrido por el extranjero. Y para gozar de esta admiración, es indispensable que la gente sepa que se ha viajado.

De aquí la conveniencia de conservar las memorias viajeras en orden y a punto, listas para enjaretarlas tanto en el diálogo como en los artículos. Hay que aprovechar cualquier ocasión que se presente, y crear las ocasiones en el caso de que no llegaran a presentarse.

—Esto me recuerda —dice el viajero ante el chorro de un grifo abierto — el viaje que hice a las cataratas del Niágara...

Un solo pájaro es pretexto suficiente para hablar de las palomas que se vieron en la plaza de San Marcos. Al arroz de una paella, le sobra poder evocador para endilgar todos los recuerdos de un viaje a China. Y a un Perico se le puede decir tranquilamente:

—Tu nombre me recuerda la basílica de San Pedro...

Como escritor, no necesitaré pretextos de ninguna clase para exhibir mi cultura viajera: en cuanto no se me ocurra una idea original, me luzco contando mi visita a una catedral. Pero no podré recurrir a ese truco tan cómodo, mientras no ordene mi cabeza y ponga cada recuerdo en su sitio. Y no sé cuándo acabaré. Porque además de los edificios, de las estatuas y de los ríos, tengo que ordenar también todos los montes que traigo en la memoria. ¡Menudo barullo! ¿Cómo voy a arreglármelas para distinguir un cárpató de un balcán, o un alpe de un apenino?

Viajar será muy distinguido, pero no hay analgésico capaz de curar el dolor de cabeza que produce.

OceanofPDF.com

Hallazgo en el jardín

HACE UNA MAÑANA ESPLÉNDIDA. No es ninguna novedad, porque el tiempo en este rincón de la costa mediterránea es de una esplendidez constante. Ésa fue una de las razones por las que elegí este emplazamiento para construir mi casa.

Una razón entre otras muchas, pues exigí condiciones excepcionales al lugar de mi elección y sólo aquí encontré reunidas todas mis exigencias: clima templado con sol garantizado, belleza del paisaje, tierra fértil, agua abundante...

Fui exigente también con la flora y la fauna de la región: la flora tenía que ser variada para permitirme tener un jardín florido, y la fauna en cambio debía ser escasa, sin insectos molestos ni turistas ruidosos.

Puedo decir que soy un hombre afortunado, por haber hallado este pedazo de paraíso en el que pienso pasar el resto de mi vida. Me hice una casa cómoda, y ahora me estoy haciendo un jardín sensacional. Para un enamorado de la Naturaleza como yo, la jardinería es un pasatiempo apasionante. Parece mentira la cantidad de belleza que puede crearse en unos metros cuadrados de tierra con unos cuantos puñados de semillas.

Esta mañana voy a preparar el último trozo de terreno que me queda en estado salvaje. La preparación consiste en cavar y remover la tierra, para convertirla en un macizo en el que plantaré petunias.

Hacer un jardín es como pintar un cuadro. Del mismo modo que el pintor estudia un lienzo para distribuir los colores, el jardinero debe estudiar el terreno para plantar las flores. Tanto en pintura como en jardinería, el verdadero artista tiene que buscar la armonía del colorido y las combinaciones cromáticas más adecuadas para cubrir la superficie de la que dispone. Eso hago yo, con bastante buen gusto por cierto, y puedo jactarme de estar consiguiendo uno de los jardines más bonitos de toda la región. Y como estoy a punto de terminar mi obra, canturreo alegremente mientras trabajo.

El trabajo no es duro porque la tierra es blanda, y no tengo que esforzarme demasiado para hincar en ella el azadón. A veces tropiezo con alguna piedra, pero son pequeñas y no entorpecen el ritmo de mi excavación.

Sigo cavando y canturreando, sin detenerme, hasta que el metal de mi herramienta choca con una piedra más gruesa que las demás. Es un estorbo que debo eliminar. Profundizo a su alrededor para sacar la piedra con más facilidad, y calculo que viene a tener el tamaño de una cabeza.

Quito después la tierra removida que la cubre, y me quedo perplejo al comprobar la increíble exactitud de mi cálculo: la piedra no sólo tiene el tamaño de una cabeza, sino que *es una cabeza*.

Me arrodillo y la saco de la tierra con cierta dificultad, porque es de mármol y pesa bastante. Después de limpiarla con mi pañuelo, la contemplo con emoción. No soy experto en arqueología, pero tampoco soy tan inculto como para no darme cuenta de la importancia del hallazgo.

He visto muchas estatuas en los museos que se dedican a esas cosas, y puedo asegurar que esta cabeza es tan antigua como cualquiera de las que vi. Incluso tiene rota la nariz. Lo cual es una prueba de su antigüedad, pues ya se sabe que el tiempo es muy bestia y a todas las estatuas les rompe las narices.

Tampoco me cabe duda de que la cabeza es romana, ya que por su perfil y por su peinado me recuerda a los personajes de las películas que se hacen sobre Julio César. Y no sólo por eso, sino porque esta región estuvo ocupada por Roma cuando Cristo era un chaval, según explican los folletos locales que se reparten a los turistas.

Además, cuanto más detenidamente contemplo mi hallazgo, más me convenzo de que tiene carita de emperador. Desnarigado y todo, hay nobleza en su perfil y firmeza en su mirada.

Mi emoción aumenta a medida que me voy percatando de la magnitud de mi descubrimiento. Porque esta cabeza es sin duda el aperitivo que precede a un pantagruélico banquete arqueológico. Debajo de esta cabeza estará el cuerpo de la estatua, y debajo de la estatua el pedestal. Y como los monumentos suelen colocarse en mitad de las plazas, es muy probable que acabe de descubrir el punto más céntrico de un valiosísimo poblado

romano. No tendría nada de particular que los romanos fueran tan inteligentes como yo, y eligiesen para establecerse hace veinte siglos el mismo sitio que yo he elegido ahora. Si ahora es todavía un lugar paradisiaco, es de suponer que entonces sería un paraíso completo.

Pienso por lo tanto que excavando a partir de esta estatua central, se descubrirá primero la plaza y después las casas circundantes. Las excavaciones se extenderán por las calles adyacentes del poblado, hasta dejar todas las ruinas al aire libre como en Pompeya. Y vendrán a visitarlas turistas del mundo entero, que se quedarán boquiabiertos al contemplar lo listos que eran los romanos.

Todo este fregado empezará en cuanto la Dirección General de Bellas Artes y el Patronato Artístico Nacional se enteren de que he encontrado esta cabeza con carita de emperador. El Estado, como es lógico, expropiará todos estos terrenos a precios estatales, y tanto mi jardín como mi casa desaparecerán en las excavaciones.

De manera que cojo la cabeza, y vuelvo a enterrarla en el sitio donde la encontré. Y la cubro con una gruesa capa de tierra en la que plantaré petunias. Y sigo mis trabajos de jardinería en esta mañana espléndida, canturreando alegremente.

A modo de epílogo

CARA A CARA CON ÁLVARO DE LAIGLESIA
(Entrevista publicada en la revista «Lui»)

LUI. ¿Cómo ha visto la censura de prensa durante los últimos treinta y cinco años?

LAIGLESIA. Como director de *La Codorniz*, la censura empieza para mí en junio de 1941, cuando iniciamos su publicación. Hasta noviembre de 1975 no termina esa larga etapa. Teóricamente, para muchos, la censura se había suavizado en 1966 con la ley Fraga; pero esto es muy relativo. Se puede considerar etapa de censura todo el régimen franquista, y alivio de censura lo que podríamos llamar fin del franquismo.

LUI. ¿Qué director general de prensa ha sido el peor?

LAIGLESIA. Todos han sido malos porque tenían la obligación de mantener la censura. He padecido esa censura hasta últimamente. El mismo ministro de Información, León Herrera, por presión de su colega de Educación y Ciencia, Cruz Martínez Esteruelas, me suspendió *La Codorniz* durante tres meses el año pasado.

LUI. En la historia de *La Codorniz*, ¿cuántas sanciones ha habido?

LAIGLESIA. Suspensiones dos, pero multas las ha habido en cantidad y expedientes numerosísimos. Una de las suspensiones, de cuatro meses, fue en la época de Carrero Blanco y siendo ministro Sánchez Bella. Me hicieron un expediente según el cual había cometido 105 faltas... ¡nada más! Ésa fue la época siniestra de Sánchez Bella. Luego, la otra suspensión fue de tres meses y, como la anterior, con multa para el director de un cuarto de millón de pesetas... Esta última se debía a un artículo que disgustó a Cruz Martínez Esteruelas que, como se sabe, ahora hace «política».

LUI. ¿Qué dificultades fueron las mayores con la censura: las de temas políticos o sociales?

LAIGLESIA. Pues mira: no se podía hablar de política, ni de religión, ni de las Fuerzas Armadas, ni del erotismo, ni de la moral. A mí se me debía levantar un monumento por haber hecho una revista de humor durante treinta y cinco años con un cauce tan exiguo. Yo busqué, con todo mi equipo, un humor de evasión, un humor del absurdo, un humor que soslayaba nada menos que todos esos temas en los cuales, naturalmente, se basa el humor del mundo entero. Si al humor se le quita la política, el erotismo, las costumbres, la picaresca, la crítica social, pues no le queda nada. La censura fue nefasta para el humor, pero lo ha sido también para el arte en general. Esto se alivia muy recientemente, al entrar en una etapa en la que las revistas decimos casi todo lo que queremos.

LUI. A *La Codorniz* se le han atribuido muchas cosas que nunca dijo en sus páginas. ¿Es cierto eso?

LAIGLESIA. A *La Codorniz*, como a Quevedo en su época, se le han atribuido muchas cosas que nunca dijo. Una de ellas fue el parte meteorológico que decía «Reina un fresco general procedente de Galicia»... Otra, algo así como: «Almohadín es a almohadón lo que cojín es a X; nos importa tres X que nos corten la edición.» Había muchos bulos que la gente atribuía a *La Codorniz*.

LUI. ¿Cuáles han sido, a lo largo de estos siete lustros, los temas que tuvieron más gracia y, a la vez, atraieron más las iras de la censura?

LAIGLESIA. Probablemente unas parodias que hicimos de la prensa nacional —*Pueblo*, *ABC*, *Arriba*, *Ya*—. Se enfadaban mucho los periódicos, y más aún si eran del Movimiento. Éstos se enfadaban muchísimo. En lo referente a la línea erótica, los dibujos eran tachados sistemáticamente en cuanto en alguno subían los trajes de baño de la rodilla. Tengo archivados dibujos de Herreros —que no se puede decir que fuese pornógrafo— en los que la censura me marcaba las dimensiones que tenían que llevar los trajes. No solamente modificaban los dibujos, sino que también tachaban los textos. Por ejemplo: la

palabra «hígado» se consideraba pornográfica. La censura ha sido realmente feroz. Marcaba líneas rojas para señalar en los dibujos los escotes permitidos. Teníamos un retocador exclusivamente dedicado a arreglar dibujos a gusto de la censura. Mangas largas en los dibujos; y hasta en el caso de boxeadores o luchadores de grecorromana de los que dábamos fotografías, había que pintarles camisetas. Repito: ha sido atroz. No hay precedentes en la Historia de España. La primera teta que se publicó en el país fue asombrosa, porque realmente antes no sólo no se podía llegar a la teta, sino que ¡no se podía llegar ni a la clavícula! En otro contexto, que León Herrera me cierre por una alusión a Martínez Esteruelas... Me hace un poco de gracia que haya figuras del pasado que pretendan ser figuras del futuro.

LUI. ¿Crees que se ha correspondido la realidad con los vaticinios catastrofistas que se hacían antes sobre si el español estaba o no preparado para el erotismo, la crítica o cualquier otra materia antes vedada?

LAIGLESIA. Creo que el destape en revistas, cine o teatro se podía haber hecho hace veinte años. El español no ha cambiado y la forma de gobernar tampoco. Lo fundamental sigue igual: los organismos y las instituciones son idénticos. Únicamente se ha permitido al pueblo español que se solace con unas tetas y con unos culos en la prensa y el teatro; pero hasta ahora, en el momento en que hablo, las cosas no han variado sustancialmente. Estamos en un escalón de tránsito pero ni el país ni su gobierno han cambiado. Se gobierna como hace treinta años, exactamente igual: existen las mismas instituciones, el mismo Consejo del Reino, el mismo Consejo Nacional, las mismas Cortes, las mismas ternas... Ahora, únicamente, el sistema actual permite que la gente vea un teatro más abierto, un cine con más tolerancia (...) pero la reforma aún no se ha producido. Se ha buscado una válvula de escape en el desnudo y en la crítica de la prensa, y el país no se ha desmadrado por eso. Esto se hubiera podido hacer muchos años antes. Esto es un pequeño escalón y hay que llegar a libertades europeas (...) Creo que la

transformación de España es mucho más importante que lo que se está haciendo hasta ahora, que es sólo superficial.

LUI. ¿En tus libros tuviste dificultades con la censura?

LAIGLESIA. Menos que en la prensa, porque antiguamente había una especie de legislación tácita que consideraba que los libros se leían muy poco. ¡Qué más daba! Se podían decir más cosas en un libro que en un periódico. Era problema de precio. Tú podías leer las obras completas de Anatole France si tenías las quinientas pesetas de entonces para comprarlas. Se permitían cosas en obras encuadernadas en piel porque costaban muy caras. En libros situados entre 150 y 200 pesetas existía otro margen de tolerancia. A medida que se abarataba el medio de difusión, la censura era más fuerte. En un periódico diario, que costaba entonces dos pesetas, te dejaban decir menos cosas que en un libro que costaba 200. En la radio se podía decir muy poco porque es gratuita. Tú enchufabas la radio y no te dejaban decir nada. En el periódico un poco más, porque costaba dos pesetas. Y en obras completas te dejaban decir lo que quisieras porque, con sus precios, se suponía que no las leía ni Dios.

LUI. ¿Cuántos libros estimas que se han publicado bajo tu firma en los últimos treinta y cinco años?

LAIGLESIA. Cerca de tres millones con 37 títulos, hasta ahora. Se me daban tajos, pero la censura no era tan fuerte como en la revista. Una de las cosas que hacían los editores era mentir hacia abajo en las tiradas. Si declarabas que ibas a imprimir tres mil ejemplares, levantabas menos recelos que si anunciabas cincuenta mil.

* * *

LUI. Te han hecho muchos reproches en tu vida. Entre los más destacados es que hablas muy engolado. ¿Qué opinas de ello?

LAIGLESIA. Dios me dio una voz, y...

LUI. ... la Tabacalera la desarrolló.

LAIGLESIA. No es eso. Pero prefiero que me haya dado esta voz, y no la atiplada de un maricón. Hubiese sido más triste.

LUI. Otro reproche que te han hecho es que eres un escritor de derechas.

LAIGLESIA. Yo, como escritor, no soy ni derechista ni izquierdista. Soy simplemente humorista. El humorista no puede tener una posición política determinada porque automáticamente limitaría la órbita de su humor. Hay humor en las derechas, en las izquierdas, y en el centro no digamos. La misión del humorista es ver el humor que hay en toda la vida nacional: a derecha, a izquierda, arriba y abajo. Me parece muy gracioso el humor que hay en la monarquía: los mantos de armiño, las genuflexiones cortesanas... Y en la extrema izquierda, con sus puños en alto y sus rabietas... Hay humor en todas partes y éste tiene que ser mi objetivo. Nunca tendré una postura política determinada...

* * *

LUI. ¿Crees que cuando se normalicen las cosas volverá a aflorar el humorismo a nuestras páginas?

LAIGLESIA. Sí. Normalizada la vida política, las gentes saldrán tranquilamente a la calle; las familias se irán a tomar el aperitivo, y a misa los domingos; luego comprarán sus revistas para leerlas tranquilamente en su casa. Es decir: cuando vuelve la paz y la serenidad es cuando realmente los países vuelven a tener el sentido del humor. Los pueblos donde hay más humor son los que, digamos, están mejor resueltos políticamente. Pero en momentos de inquietud política, de inquietud social, las gentes no están para mucho humor. El humorista tiene entonces menos garra y menos gancho que un momento de paz y tranquilidad.

LUI. ¿Consideras que en el carácter español existe más ironía que humor, o más sarcasmo?

LAIGLESIA. El español es más bien satírico que humorista. Los países, a medida que se van desarrollando y que la gente vive mejor, están más capacitados para entender el humor. Digamos que Chesterton no está al alcance de un granjero o un albañil. Hay un humor más basto, más

chocarrero, más facilón que está, naturalmente, más al alcance de mentalidades menos desarrolladas. Yo he procurado siempre hacer «la revista más audaz para el lector más inteligente». Evidentemente, el número de lectores inteligentes es todavía reducido. Quisiera ampliarlo con el tiempo. Cuando el país alcance unas cotas de vivir mejor, de hacerlo con más holgura y con mayor nivel de rentas, estará más preparado para entender el humor. Eso es lógico. Una gente que vive bien tiene una preparación superior y está más capacitada para entender a Bergson, Bernard Shaw, Sacha Guitry o a Chesterton. Ese humor fino y sutil no está al alcance de una gente semianalfabeta que acaba de aprender a leer anteayer.

LUI. ¿Consideras que tú te encuentras en el punto de los que viven bien, dado que eres conocido como *bon vivant*?

LAIGLESIA. No. Yo soy un humorista muy directo que procura aproximarse a las clases populares. Yo no trato de hacer un humor de élite. En el momento de elegir una palabra me decido por la más fácil. Sin ser populachero, aspiro a ser popular. En este país donde se lee poco, llegar a cerca de tres millones de libros significa que he intentado aproximarme al pueblo. Es decir: si hubiese buscado el humor de élite, hubiese vendido 300.000 ejemplares. Yo no me refino. Tampoco me adoceno, pero procuro que mi humor se entienda en todas partes. No trato de hacer lo que hacía Eugenio d'Ors que escribía un artículo y se lo daba a su cocinera; y si ella lo entendía, él decía: «Vamos a intentar hacerlo más confuso.» Yo he intentado lo contrario que Eugenio d'Ors: cuando algo no se entendía bien, he procurado clarificarlo.

* * *

LUI. ¿Qué ha representado el humor en la cultura contemporánea española?

LAIGLESIA. Realmente, en España no ha habido prensa; no ha habido casi literatura durante estos años. No nos engañemos. No se puede hablar de un régimen que haya sido protector de las Ciencias y de las Artes. No. Si mostráramos al mundo lo que hemos producido durante estos últimos

cuarenta años, sería un palmarés bastante pobre y bastante triste. Mi postura de humorista es intentar olvidar esa época en la que tenía que luchar incesantemente, dar unos rodeos increíbles para poder decir algo. Creo que el humor, la literatura, la prensa, el arte en general, necesitan libertad prácticamente absoluta. Esta libertad total, tampoco creo que produzca grandes cataclismos. El que se pueda hablar de todas las cosas no significa que el país se vaya a trastornar. La prueba es que hace meses se habla de todo a todos los niveles, y no pasa nada. Nada ha cambiado, como decía antes, pero se puede escribir y hablar de las cosas alegre y libremente. Lo mejor que podemos hacer todos los españoles es correr un tupido velo sobre esta etapa pasada; que quizá haya sido necesaria, yo no lo sé. Olvidemos esta época que ha sido triste, dramática, olvidable. Lo bonito es que podamos ser libres, que podamos escribir, pintar a partir de ahora. Olvidemos esa etapa triste en que la mujer no tenía ni piernas, ni pechos, ni caderas, ni nada. Eran tarugos cubiertos de ropa por todas partes: ni formas, ni sexo. Es bonito que pueda salir ahora *Lui*. Yo no soy partidario de la chocarrería y de la ordinariez, pero hay revistas de buen gusto. Los que hemos luchado por abrir un poco las ventanas y hacer algo de humor en España recordábamos al propio José Antonio Primo de Rivera que hablaba de una España «faldicorta y alegre». Yo quise decir una vez en RTVE que José Antonio Primo de Rivera había sido precursor de la minifalda porque había dicho esa frase, y me lo cortaron. Yo he visto encíclicas del Papa mutiladas. Me las han enseñado en el diario *Ya*.

* * *

LUI. ¿Crees que la clase política española que has podido conocer está dispuesta a aceptar la crítica humorística con *fair play*?

LAIGLESIA. Pues no, porque la clase política que he conocido, que ahora quiere seguir vigente y que antes cerraba *La Codorniz* y ahora pretende seguir vinculada al futuro... Naturalmente, a mí no me interesan. Los que me censuraban, me cerraban, me multaban, no pretenderán que ahora tenga confianza en ellos y en sus palabras. Yo, ni les voto, ni aliento al

pueblo español a que les vote tampoco. Esos equipos políticos no son válidos ya.

LUI. ¿No hay nadie que se salve de esa quema?

LAIGLESIA. Yo intentaría buscar nuevos equipos entre gente nueva que surja ahora, preparada, educada. Los del pasado, la gente quemada, no tienen leña para el futuro. Son cenizas.

LUI. ¿Qué opinas del desnudo?

LAIGLESIA. Creo que revistas con chicas bien desnudas, bellas y bien fotografiadas, sin procacidades, no ofenden a nadie. Volvemos al clasicismo griego, al desnudo limpio. Lo bello es admisible, como es inadmisibile el erotismo barato que se ha estado publicando en revistas que ya han salido. Caerán por su propio peso. La belleza del desnudo no se debe ocultar.

LUI. ¿Te vuelves en la calle si ves una chica sensacional?

LAIGLESIA. ¡Naturalmente! Y a veces, cuando tengo que ir a algún sitio, procuro seguir a una chavala guapa porque eso me ayuda a andar.

* * *

LUI. ¿Qué añadirías o quitarías a la mujer para perfeccionarla?

LAIGLESIA. Evitaría las mujeres gordas, las mujeres culibajas, las celulíticas. Crearía un modelo perfecto. La mujer española ha mejorado mucho. Es una cuestión de alimentación, de proteínas.

LUI. ¿Y en mentalidad, cómo está la mujer española?

LAIGLESIA. La mujer española es la dueña del país. El «cabeza de familia» es el que se lleva los quebraderos «de cabeza». El «ama de casa» es —ya se dice— «el ama» del cotarro. La mujer en España vive muy bien. No tiene muchos motivos de queja. La base de su vida familiar es buena. Controla. Gobierna (...) En España no se vive de espaldas a la mujer. La postura del español no es de indiferencia, como sucede en un país nórdico donde se dice: «Bueno, la mujer es igual a

nosotros.» El español mima, cuida, quiere a la mujer, se mata por ella... y a veces la mata por pasión. Pero también es bonito.

LUI. La institución de «la querida», ¿crees que está desapareciendo?

LAIGLESIA. Debe desaparecer. El país llegará al divorcio; lo que es mejor para la mujer; y para el marido, que no tendrá que sostener a dos mujeres.

LUI. Has escrito varios libros que han tenido de protagonista a «la fulana». ¿Crees que la fulana española ha evolucionado?

LAIGLESIA. Ha subido sus precios. Se ha colocado a precios internacionales. Hace muy bien la pobre chica. Por mucho que se ha legislado contra ellas en todos los países, siguen existiendo. Creo que debe ser controlado el fenómeno de la prostitución para evitar riesgos y defenderlas mejor. La O.N.U. ha intentado erradicar la prostitución. Ahora bien: si no lo ha conseguido, es mejor tener las cosas bajo control.

* * *

LUI. ¿Te consideras un escritor capitalista?

LAIGLESIA. Hombre (...) Lo sería si estuviese viviendo en el Mediterráneo, paseándome con mi yate y desembarcando en Cannes, donde me aguardaría un magnífico Rolls-Royce (...) Soy quizá un capitalista frustrado porque me gustan las cosas buenas y bellas; pero no hay quien las compagine con el estar atado a la máquina de escribir (...)

(1977. Año de gracia. De muchísima gracia.)



ÁLVARO DE LAIGLESIA (Sebastián, 1922 - Manchester, 1981). Escritor español. Prolífico autor de narraciones humorísticas, fue director del semanario satírico *La Codorniz*. Partiendo precisamente de una idea suya, M. Mihura fundó *La Codorniz* (1944-1977), cuyo lema fue «el humor más audaz para el lector más inteligente». En esta publicación colaboraron autores como W. Fernández Flórez, R. Gómez de la Serna y J. Poncela. Álvaro de Laiglesia destacó como novelista gracias a grandes éxitos populares como *Una mosca en la sopa* (1944), *Todos los ombligos son redondos* (1956), *Yo soy Fulana de Tal* (1963), *Fulanita y sus menganos* (1965), y *Una larga y cálida meada* (1975). En sus libros logró extraer los rasgos humorísticos de los puntos débiles de la actualidad social de la época, incluidos los más serios o escabrosos. En el ámbito teatral escribió varias comedias y colaboró con Miguel Mihura en *El caso de la mujer asesinadita* (1946).

OceanofPDF.com